

UNA GAVIOTA BLANCA VOLARÁ

UNA GAVIOTA BLANCA VOLARÁ

MARIO MUNGUÍA

INDICE

La mañana de un sueño	11
Un vuelo hacia el Caribe	19
Una gaviota blanca volará	27
Una postal en La Habana	33
A la orilla del mar	39
Una luna en la noche	45
Tu amor, un sueño	51
Una leyenda viva	59
Ring, México	65
Un español en México	71
Ring, España	77
Una mexicana en Madrid	81
Sí / no	91
No	95
Una bandera en el mundo	99
El cielo en Santamar	103
Sí	109

A
Silvia:
por su
amor
a las
letras.

Tenía que ser La Habana,
allí te encontré...

JUAN GELMAN

Un nuevo libro,
un nuevo día,
otra nueva ciudad,
más veranos, más flores,
aquel perpetuo mar
y yo, ahora, sobre piedra pulida
busco tus labios,
busco tus ojos.

NANCY MOREJÓN

LA MAÑANA DE UN SUEÑO

Con el último cobro de su salario Raquel Jiménez Terrazas, limpiapisos del mes, el viernes por la noche y ya entre las sábanas de su cama, decidió tomarse un día libre a la mañana siguiente; ella deseaba salir de la rutina, recuperar energías y el lunes reanudar motivada otra agotadora jornada en el banco. “¿A dónde iré?”, inquirió para sí. El destino de esta mujer no sería París ni Roma, quizá Cancún o Chetumal a diferencia de su antigua patrona Isabel Parra, dueña mayoritaria de *Cosméticos Luz*, para quien laboró por un tiempo con el mismo oficio. Por ahora lo importante era descansar, por lo que dormiría y mañana al despertar planearía mejor su viaje.

A la mañana siguiente, el día lo empezó muy temprano. “Hoy, este sábado sólo es para mí”, se dijo en voz alta cuando se levantó de la cama, mientras entraba a la regadera. Después del baño Raquel era la misma, sin embargo, frente al espejo se asombró de ser una con el cuerpo desnudo y luego de ser otra ya vestida; de ser una desnuda a sus ojos en la privacidad de su recámara y al reflejo de la luna de la cómoda y de ser otra vestida ante otros ojos en el ámbito familiar y en los recintos públicos. “La ropa hace distinta a la mujer”, murmuró en voz baja. “Lo leí en alguna parte y hasta ahora me doy cuenta de que es cierto”, agregó reafirmando que descubriría un nuevo saber. Por fin se puso ropa interior, jeans color café, blusa cremita, tenis y una chamarra rompeviento en vez del uniforme azul marino deslavado que usaba diario en el trabajo.

De su recámara Raquel bajó, alegre y ágil, a la cocina para desayunar con su madre y durante la conversación con ella igual se percató de algo no tan sutil: oía, sentía, sabía y vivía las voces y las palabras de doña Graciela T. de Jiménez.

--¿Cómo estás?

Raquel estaba cautiva a esa cascada de sonidos...

--¿Dormiste bien?

Ella seguía atenta a esa caída lenta y estruendosa de fonemas...

--¿Qué soñaste?

Así supo, admirada, que la voz también le permitía ser...

“Yo soñé con tu abuelo, murió hace un lustro y todavía lo sueño; anoche venía con tu padre a dormir a la casa”, añadió su mamá. Raquel aún no salía de su embeleso provocado por la maravillosa lluvia del lenguaje en los labios de Graciela. “No lo recuerdo muy bien, pero creo que soñé con alguien parecida a mí y en el banco hasta creían que era yo”, le comentó Raquel. “¿Qué dices, hija? Tú y tus sueños”, respondió su madre. “Tú y los tuyos”, le reviró la hija. Enseguida hablaron de los últimos sucesos y su posible viaje turístico, a la vez que una pequeña maleta café estaba cerca de la puerta para el momento de que ella partiera a disfrutar de un día de asueto a cualquier sitio de descanso aún por definir.

–Mamá, hoy me voy de viaje.

--¿Y adónde es tu viaje?

--Quisiera ir a Cuba, pero mejor iré a Cancún.

--¿Vas a faltar al banco?

--No, tengo el día libre. Hoy no asistiré al banco por ser la mejor trabajadora del mes.

--¡Nunca me lo hubiera imaginado!

--Sí, el gerente llamó desde el lunes a una agencia de servicios solicitando a un trabajador eventual que me sustituye por hoy en la labor de limpieza en el banco. Según él, dicha agencia puede suplir a un trabajador en cualquier oficio, incluido el de presidente. Además, me dijo: “mereces el día de descanso por tu esmero durante todo el año”, dándome una palmadita en la espalda.

--¿En serio? ¡No lo puedo creer!

--Es verdad--. Afirmó su hija y le mostró el nombramiento de la intendente del mes.

Con el rostro de satisfacción de la madre y los ojos de admiración de la hija, un silencio cubrió la dicha de las dos. Raquel concluyó el desayuno –jugo de naranja, fruta, té y pan tostado con mermelada de manzana– y con una sonrisa se despidió de Graciela, ¡mua!, dándole un beso en la mejilla. “Hasta luego”, expresó la madre. “Chao”, respondió la hija. Luego ella tomó su maleta café y salió del departamento 2 de la casa duplex, ubicada en la calle de Sor Juana Inés de la Cruz 24.

A pleno sol de la mañana sabatina, Raquel vio el reloj de pulsera que llevaba en la mano izquierda e inquieta buscó el arribo de un taxi que la trasladase al aeropuerto internacional de la ciudad de México, cavilando, sin querer, sobre una sensación repentina del devenir: “¿qué será el tiempo?”, pensó. Aparentemente ella conocía el “tiempo”, lo había vivido siempre desde que tuvo la razón y, aún más, a partir de su nacimiento. Ahí estaba para demostrarlo un álbum fotográfico suyo guardado en la pequeña cómoda color vino de su recámara, en el que uno a uno se registraban los años cumplidos por ella, vientiún abriles. “¿El tiempo escapa y no lo atrapa una ni con el pensamiento?”, fue su pregunta y su duda. “Aunque el hombre lleva una cuenta exacta del tiempo desde la época más remota de la historia a través de un instrumento como el reloj de arena, entre otros, hasta el cronómetro más sofisticado fabricado casi al inicio del nuevo milenio”, repitió mentalmente este guión de un spot documental muy visto por ella en el televisor del banco.

En la esquina de la avenida de su domicilio en Rivera de San Cosme, un taxi ecológico se detuvo a la llamada de su mano agitada en el aire. “¿Adónde la llevo?”, inquirió el chofer. “Al aeropuerto internacional, por favor”, indicó ella ya sentada en el interior del auto. El auto de alquiler tomó el camino más corto hacia allá. “El tiempo existe o no?, ¿es real o imaginario?, ¿puede ser explicado?”, leía Raquel en un libro que llevaba en su maleta. “El tiempo no puede ser explicado sin una referencia con la realidad”, continuó la lectura. “Necesita de instrumentos, registros y sucesos de tipo psicológico, físico y biológico, etc., que nos ayuden a medir y comprender este complejo fenómeno de la naturaleza y la existencia humana”, leyó para sí. Pero si había que contarle a alguien los pormenores del tiempo no era a Raquel, ella pasaba por un

momento de sensibilidad especial: “Cuando yo era niña e iba a la escuela primaria, a escasos siete u ocho años, soñaba con ser maestra de grande y entonces jugaba a educar a mis compañeros y amigas en el salón. No era muy inteligente ni la sabia de la clase, o la sabelotodo entre mis hermanos; aunque si tenía mis buenos conocimientos de cada disciplina. Ya en la secundaria me salí de la escuela cuando cursaba el segundo año, pues tuve la necesidad de trabajar y hallé en *Cosméticos Lux* el empleo que me permitió ayudar a mis padres con los gastos de la familia. Ahora trabajo en el banco y casi termino la preparatoria abierta. Después quiero ir a la universidad y un día no lejano quiero ser periodista. Por eso conseguí un trabajo mejor, en *Cosméticos Lux* rolaba turnos y a veces me tocaba la limpieza en la noche; en el banco sólo hago el aseo de día. Allá el pago era menos y acá el salario es un poco más. Ahora ya no pertenezco a un sindicato como ocurría allá, sino que estoy contratada por *Brillamás*, una empresa privada para el servicio de limpieza; allá acudía cada sábado y acá hoy tengo la tarde libre para estudiar en casa o ir al colegio a presentar el examen de alguna materia”, así concluyó su corta reflexión acerca del tiempo. Con estos recuerdos y el atisbo de una visión futurista Raquel registró en su mente las imágenes del tiempo y el espacio de la ciudad a la velocidad con la que iba el taxi. “¿Yo voy o la ciudad viene?, ¿ambas cosas a la vez?, ¿el carro es el único que se mueve? ¿o todo ocurre en mi mente?”, reflexionó con la mirada a través de la ventanilla del auto.

Las personas y las cosas de la urbe una a una se alejaban de su vista: un transeúnte y una florista, un restaurante y una tienda, un anuncio y un puesto de periódicos, un semáforo y un policía, una esquina y un muchacho tragafuego, una cuadra y en la contraesquina un vendedor de refrescos que pasaba frente a ella, mientras el auto continuaba su marcha y sólo hasta pararse el taxi ecológico, Raquel volvería a ver las cosas fijas o sin la ilusión óptica del movimiento o desplazamiento de individuos y objetos en la acera de las calles debido a la velocidad del vehículo. Con ese vértigo del viaje del taxi ella vio en el camellón de una avenida la imagen de dos seres del asfalto, una menor de doce años y un adolescente de catorce o quince; se hallaban sentados juntos sobre el tronco de un árbol, chemeando cada uno con la mona en las manos pegadas a la boca y aspirando el tóxico del inhalante. “Han de ser novios”, murmuró quedito y los supuso una pareja enamorada en un rasgo sobresaliente de su vida callejera y de existir en la soledad, el frío, el hambre y la orfandad. Al lado de la pareja, los conductores de dos grandes ríos de automóviles iban de ida y vuelta, testigos e indiferentes a lo que ocurría a su alrededor; en tanto los adolescentes descansaban frente a su diminuta casa de cartón mojado y sucio, mismo que tenía el tamaño de un arbusto, y cerca de ellos vio a otros niños y jóvenes con la misma condición de vivir en la calle de un país y un mundo sin padres y casi sin pan para ellos; y atrás de la pareja estaba echado su perro, compañero fiel de sus aventuras y desgracias, cuidándolos con su propia vida y su diferente historia.

El taxi siguió su rumbo. En la radio recién prendida por el taxista, Raquel escuchó la noticia de la huelga estudiantil y la ley del rector Francisco Barnés que corría como agua de río inundando los días, las aulas, los campos universitarios, las jornadas

culturales, las tareas científicas, los proyectos de investigación y el sueño de muchos a cursar la universidad, por más pocos que lleguen a ser estos soñadores. “¿Y si cierran la universidad?, ¿pueden hacerlo?, ¿la educación es o era un derecho?, ¿las cuotas voluntarias o no hay que pagarlas todos?, ¿una carrera universitaria es o era gratuita?, ¿podré pagar mis estudios en la UNAM?, ¿tendré que ir a otra institución de educación superior? En fin, como están las cosas no se sabe”, se dijo a sí misma y ahora no leía ningún libro filosófico o pedagógico, y ni siquiera releía su diario personal. Estas preguntas eran apenas las deshojadas notas del libreto de una universidad a un paso de la calle, sin un tiempo y un lugar aún prometedores a sus aspirantes y típico de un país con un gran título de globalizador.

El taxista hizo alto en la acera del aeropuerto. Ella pagó el viaje, descendió del coche y se dirigió a la sala de vuelos nacionales. Ahí buscó de inmediato un viaje de avión. Sin la reservación del boleto, el trámite de su salida a Cancún le fue difícil. No se desanimó, indagó sobre un lugar sobrante en el vuelo de algún avión y de última hora halló que un viajero quería devolver un boleto a Cancún y sin más ni más ella lo compró. Tras una breve espera, la llamaron a abordar el avión y luego en la nave todos los pasajeros estaban listos para volar. Raquel ya relajada, con un sitio seguro en el avión para ir a Cancún, sacó una revista de modas de la maleta y la empezó a hojear. Junto a ella un par de señoras —amigas, vecinas, compañeras de trabajo en una oficina de gobierno y ambas cerca de la jubilación—, platicaban sobre un asunto oficial, una calamidad, un error de diciembre, otro mito genial: “Es increíble —decía la dama del abrigo negro—, hoy amanecí con una deuda de ciento cincuenta mil pesos más y no tengo con qué pagar”. “Me imagino que te refieres al peor desfalco financiero del país. ¿Es así?”, espetó la dama del abrigo blanco. “Para los bancos y los banqueros sí hay dinero, para los demás no —continuó la primera dama—. Con esto me siento ciento cincuenta años más vieja y eso que no soy tan joven”. “Me lo imagino ni en tres generaciones pagaremos el %&/· susodicho rescate bancario”, opinó la segunda dama. Raquel no pasó desapercibidos los comentarios referidos al tema por las damas de los abrigos; aunque, llena de perplejidad, evitó despejar sus dudas, preguntándoles a ellas.

Por una espera no rutinaria en el despegue de la aeronave, a los pasajeros les sirvieron una bebida, Raquel pidió un té. Pasados unos minutos cerró los ojos y se durmió en un santiamén, debido a una costumbre que tenía desde niña que heredó de su madre. “Damas y caballeros —anunció la azafata del avión a los pasajeros— hoy en la ciudad de México el sol es una preciosidad, no se espera lluvia ni hay brizna de smog, tampoco habrá una fumarola del volcán Popocatepetl, el eclipse no será hoy y con un poco de suerte no nos temblará; pero en Cancún la lluvia amaneció con un chipichipi a aguacero y de cerrada tormenta se ha vuelto temible huracán en el mar, cuyo viento inusitado azota fuertemente la orilla de la costa, sin una segura posibilidad de que nuestro avión pueda descender en el aeropuerto. Por lo cual se suspenden los vuelos a Cancún hasta próximo aviso”.

Raquel despertó de improviso, casi sin oír lo dicho por la azafata. Los pocos

minutos que había dormido en el cómodo asiento, la hicieron soñar. Se vio a la sombra de un tejado de palma, sentada a la mesa de un rústico restaurante turístico platicando con un apuesto joven español procedente de su tierra; bajo el esplendor del sol en una hermosa playa veraniega, a la orilla de un claro cielo azul y de un océano azul intenso y a lo lejos se veía un horizonte limpio de nubes blancas. Se vio a sus veintiún años vestida con un traje de baño de dos piezas de color azul cielo estampado con flores blancas que resaltaba su piel y hacía juego con una sombrilla de sol recargada en su silla y un sombrero blanco que protegía su cabello del aire. Se vio como es risueña, inteligente, platicadora, alta, delgada, pelo café castaño rizado, nariz respingada, hoyitos en las mejillas, segura de sí misma y capaz de conquistar a un enamorado en nombre del amor. Se vio absorta de estar allí entrevistada por Osvaldo Santamar Ibañez mirando su mirada, oyendo sus palabras, apreciando sus ideas, sus anhelos y sus años y muy discreta observando su figura varonil. Él le hablaba de verla en México, ella de corresponder e ir a España. Pero esto era sólo un sueño.

Los pasajeros desalojaron el avión en cuestión de minutos y tras ellos Raquel iba arrastrando los tenis en el suelo, todos regresaron a la sala principal del aeropuerto como si hubieran recibido un balde de agua fría en su vuelo, en su día y sus ilusiones de viajeros. Pero más ella por su sueño. “¿Y Osvaldo?”, sería su inquietud el resto del sábado. Ante la suspensión del viaje a Cancún varios pasajeros desistieron del mismo y canjearon sus boletos por dinero en efectivo o el cambio de itinerario hacia otro lugar de descanso. Raquel y otros vacacionistas esperaron un tiempo prudente para asegurar al domingo siguiente una salida con destino a Cancún, en el caso de que el clima mejorara por aquellos lares del sureste mexicano. No obstante, la empresa comunicó a los viajeros un nuevo anuncio: “Les informamos a todas las personas interesadas en viajar a Cancún que allá el clima empeoró. Por este motivo de fuerza mayor, los viajes de los dos o tres días siguientes no se realizarán, dado lo imprevisto del devastador huracán”.

Para Raquel seguir allí, era inútil. Llevaba media mañana con la idea de insistir en su viaje a Cancún y no se movía de la sala principal del aeropuerto, deseando que ocurriera un milagro que no se dio.

–¿Y Osvaldo?–, se preguntó Raquel mientras caminaba afuera del aeropuerto y, entre el barullo de la gente, no salía de sí.

--Él me espera en Cancún y yo aquí, sin poder ir a allá--, se dijo inquieta y agregó --si no viajo a la playa no lo conoceré nunca--, y tomó un taxi al centro de la ciudad.

En el camino a su casa no se percató del niño-payasito que hacía malabares en una esquina para atraer la atención de los conductores y recibir una moneda a cambio de sus suertes de equilibrista, mientras los autos estaban detenidos en el cruce por la luz roja del semáforo. La niña más pequeña pasó por la ventanilla del taxi y pidió una moneda, el chofer hizo una negativa con un ademán de mano, que la niña entendió rápidamente y siguió avanzando entre los demás automóviles. El taxi prosiguió su rumbo con la luz verde del semáforo. En el Zócalo Raquel bajó del taxi y dio una vuelta en el centro. El sol resplandecía con más fiereza. Las palomas revoloteaban en bandadas

de la Catedral a la plaza, volando entre el paso de los paseantes a las cornisas del campanario y de los flashes de las cámaras fotográficas a lo alto del nítido cielo azul, que también era el escenario de sus vuelos cotidianos donde ejecutaban sus revuelos otras tantas decenas de palomas, festivas de subir a lo alto y descender al suelo tan cerca de las pisadas y huellas de los humanos. Más adelante, bajo el asta de la bandera patria Raquel observó el campamento de una muchedumbre citadina alistando una caravana de visitantes solidarios de la Selva Lacandona: “intelectuales de primer nivel, mujeres en lucha por sus derechos, trabajadores de viejo cuño, maestros disidentes, jovencitas convencidas, chavos banda rebeldes, políticos activistas, artistas involucrados, estudiantes con o sin universidad y todos los presentes propensos a vivir la esperanza, a darle un rostro a la libertad, a expresar la voz de un viejo derecho incumplido, a buscar hoy lo que anuncia el mañana y a unir su ser a la existencia de un nuevo sueño de patria”. Cuando cruzó a pie la plaza hacia un sitio donde comer a Raquel le pareció oír todo eso de uno de los altoparlantes del estrado del festival de música, teatro, danza, pintura, poseía, video, graffiti, volantes y de una gran escultura social por la paz y la dignidad de Chiapas y los mexicanos. Más tarde curioseó en las tiendas y los puestos informales y adquirió chucherías llevando una que otra cosa para cenar.

Después en casa Raquel pasó la noche viendo un programa de televisión. Mientras Graciela T. de Jiménez, sentada en un sillón, sorprendida, alegre y consoladora, oía a su hija reír con su mejor amiga al platicarle por teléfono lo que le sucedió en el aeropuerto. Al colgar Raquel el auricular, su mamá se le acercó, la abrazó y una vez más le dijo “así es la vida hija”. “En serio mamá, tú lo sabes. Si viajara a Cancún, conocería a Osvaldo”, le mencionó Raquel. La madre sólo sonreía. Los sueños de su hija en más de una ocasión se habían vuelto realidad; desde joven una y niña la otra, ambas lo sabían y eran incontables las veces que una simple revelación onírica de Raquel cobró vida de una manera casi semejante a como lo había soñado.

Vino la cena y en la sobremesa con la familia reunida –sus padres Graciela Terrazas, Ángel Jiménez Uribe y sus hermanos Adolfo, Rogelio y Javier– Raquel reía de lo sucedido y nadie le creía: “el día libre perdido irremediablemente, el vuelo pospuesto por causa de fuerza mayor, el santo tormentón siguió en Cancún esa noche, el merecido descanso en la playa sólo fue un sueño y cuando me dormí en el asiento del avión en el aeropuerto, un príncipe me esperaba en Cancún y yo en México sin poder volar a allá debido al mal tiempo. ¿Qué más me falta?”, repitió y nadie le contestaba. Para ese momento nadie aguantaba la risa al oír la historia de Raquel y también rieron contagiados por sus risas y el alivio de ella al platicar que quiso ir, fue y no llegó a Cancún. “Al fin la vida se había hecho para reír y sin risa no había vida”, pensó ella. Después ya serenos y con el último sorbo a la taza de café sus padres y sus hermanos se despidieron de ella, y para consolarla Graciela le dijo: “Otra vez será”. Terminado su té de limón con crema Raquel se fue a dormir. Al rato Ángel Jiménez y Graciela T., desde la sala vieron como la recámara de su hija se quedó en penumbra.

El lunes por la mañana Raquel acudió al banco. Afuera de las oficinas una nueva intendente había iniciado ya las labores de limpieza, tras enjabonar uno de los cristales

de los amplios ventanales rociándole chorros de agua, procedía a secarlo con un jalador pequeño. “¡Hola, qué hacendosa!”, se dirigió Raquel a la persona que la sustituyó por un día en el empleo. “¡Hola!”, contestó sonriente la intendente y detuvo por un momento sus diversos menesteres colocando en el suelo su juego de utensilios: la cubeta de agua, la botella de jabón, la franela roja, la jerga desgastada, el cepillo, la jícara y el jalador de mano. Raquel intuía que algo pasaba con su plaza, sino no estaría otra trabajadora en su lugar, por lo que a la expectativa miró de frente a su suplente y aguardó sorprendida una respuesta satisfactoria. La suplente de intendencia hizo un esfuerzo por responder la expectativa silenciosa de su interlocutora:

--Está bien, no me veas de esa manera. Me hice pasar por ti de nueva cuenta.

--¿Y...?

--Me parezco tanto a ti, que decidí sustituirte en tu trabajo en el banco.

Ciertamente nadie podría distinguir entre Raquel y su doble. Al verlas juntas, una era muy parecida a la otra. ¿Quién era Raquel?, ¿Quién era la suplente? Sólo ellas lo sabían.

--¿Y tu presencia aquí qué tiene que ver conmigo?

--Es muy largo de contar. En pocas palabras, me salí del anterior trabajo. Era divertido, sobre todo si surgía una situación o problema que resolvía en lugar de la otra persona, pero antes trabajaba para una empresa y ahora lo hago por mi cuenta. Por eso te sustituyo en el banco a partir de hoy. Aunque no ganaré más, aquí me será mucho más fácil chambear en tu lugar.

Dentro del banco, uno de los empleados con una señal de mano llamó a la suplente de intendencia para que acudiera con él, aprovechando que Raquel estaba casi de perfil y no podía descubrirlo. La otra Raquel tomó sus utensilios de aseo y entró sigilosa a las oficinas bancarias; en pocos segundos, anduvo sobre sus propios pasos, reabrió la puerta del banco y se asomó afuera para darle una tarjeta suya a la despedida del mes, y le dijo “adiós”. Raquel curiosa leyó al instante sus breves líneas: “Agencia de Dobles solicita personal interesado en trabajar en prestigiada empresa. Ofrecemos buen sueldo y prestaciones superiores a las de la ley. Llame de inmediato. Tel. 52 700 461”. Raquel sonrió, dio media vuelta y se fue. Pues la suplente sólo era otro más de sus sueños.

UN VUELO AL CARIBE

Raquel Jiménez Terrazas después de su fallida incursión en el banco, volvió por la tarde noche a su casa, cerró la puerta del departamento, colgó las llaves en el perchero y cansada fue a sentarse en el sillón de la pequeña sala de madera decorada en tono café claro y cojines color crema con flores blancas estampadas. El ajetreo de la calle la mantenía fatigada. La casa no estaba sola, pero la salita lucía desierta y esa soledad pudo admirar la nueva pintura no conocida de Carlos Velázquez Henríquez: un desnudo femenino iluminado por la luz de una ventana lateral, plasmado en un llamativo tono dorado que exhibe un rostro de mujer viendo hacia la izquierda, con el cuerpo recargado hacia atrás, sin brazos ni piernas, y además sin prenda alguna que le cubra el negro bello púbico que reviste su evidente sexo. De improviso escuchó: “¿eres tú, hija?”, inquirió su madre procedente de su recámara. “Sí, soy yo”, respondió Raquel volteando hacia ella. “Te dejaron un recado de parte del banco en la mañana”, le comunicó Graciela Terrazas de Jiménez y se sentó a su lado en el sofá. “¿Qué recado?”, mencionó la hija mirándola de frente. “Soy muy semejante a mí madre”, pensó. “Habló el gerente diciendo que todo había sido una broma y espera que mañana vayas a trabajar al banco”. Y agregó, “¿qué sucedió en el banco, Raquel, ¿por qué llamó el gerente a la casa?, ¿qué broma te hicieron?”. Graciela tenía todavía por lo menos una pregunta más, pero iba a esperar que su hija le contara lo sucedido en el banco. Algo le había contado ya el gerente, aunque no le entendió o no quiso entenderle cuando le dio el recado por teléfono. “Nada mamá, no pasó nada”, le dijo Raquel muy displicentemente. “La única diferencia en nuestro parecido es la edad, si no seríamos iguales”, concluyó en silencio. “¿Entonces por qué te hablaron a la casa?”, interrogó su madre. “Si no fuera por los años, nadie sabría que somos madre e hija; la vida es muy sabia en lo que hace”, pensó de nuevo. “¿Te acuerdas del sueño que te conté el sábado pasado?”, su hija le preguntó sorprendida. “¿Qué sueño?”, expresó con duda e hizo una pausa para pensar y darle tiempo a Raquel de contestar, aunque se respondió ella misma. “Ah, tu sueño; sí me acuerdo, no me digas que se hizo realidad”. “Si mi madre tuviera mi edad, creerían que somos gemelas”, se dijo a sí misma sin hablar. “Así es, ¿ves?, te dije que una persona muy parecida a mí iría al banco a trabajar en mi lugar y eso sucedió hoy. Yo me quedé perpleja al verla, pero como era uno de mis sueños, feliz me retiré del banco. Después ya no supe nada hasta ahorita. ¿A ti qué te contaron?”, platicó Raquel y le preguntó a su madre. “¿Y qué vas a hacer? ¿No aclaraste las cosas? ¿No les dijiste que tú eras Raquel y que la otra no eras tú?”, le reviró su madre. “¿Cómo es posible que dos personas sean iguales?”, reflexionó otra vez. “No, no les dije nada; ni voy a decirles nada. La otra se quedará en el banco por mí mientras yo regreso al trabajo. Pero ¿a ti qué te contaron?”, respondió e interrogó a su mamá. “Tus amigos del banco se disculparon contigo, dicen que todo fue una broma”. “¿Ah sí, una broma? ¡Y qué broma!”. “Bueno, me dijeron que a la muchacha que te sustituyó el sábado pasado en tus labores de limpieza en el banco, le pidieron que se arreglara lo más parecida a ti y según me has dicho, lo logró muy

bien”. “Así es, mamá; si la vieras, te darías cuenta que frente a ti está otra “Raquel” que no soy yo”. “¿Pero ella y yo somos idénticas o sólo nos parecemos?”, pensó. “Esa fue la broma. Querían jugar contigo a sorprenderte, haciéndose pasar a otra persona por ti y si tú hacías alguna aclaración, el mismo gerente te retiraría del banco para que no suplantaras a Raquel Jiménez T., que estaba ahí, en el banco, cumpliendo con su trabajo”. “¿Todas las personas tienen un doble o son únicas?”, se interrogó sin hablar. “¡Ah, ya veol”, dijo la hija. “¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Irás al banco mañana?”. “No lo sé, me gustaría seguir con la broma. Pero ¿cómo puedo hacerlo? Para llevar a cabo lo que estoy pensando, tendría que hablar primero con la otra “Raquel”, por si ella pudiera sustituirme en el banco unos días más”. “¿Y el trabajo, lo vas a perder?”. “No”. “¿De qué se trata entonces?”. “No sé, trato de devolverles la broma”. “¿Para qué?”. “Ella se parece a mí en serio”. “¿Y...?”. “Bueno, pues la otra “Raquel” bien puede ir al banco a trabajar todos los días; mientras yo me dedico a descansar una temporada hasta el día que les haga saber que la otra no es Raquel, que Raquel soy yo. Tal y como ellos pretendieron que yo lo creyera. Pero no pudieron porque a mí no me preocupó que otra persona, mi doble, me sustituyera y ocupara mi lugar otro día en el trabajo”. “¿Y para qué?”. “Para que vean en realidad que una broma puede ser muy cierta”. “¿Y después?”. “Después me retiraré del banco, buscaré otra chamba e iré a trabajar a otro lugar”. “No entiendo; pero, en fin, es tu plan. ¿A ver cómo te sale? Espero no te metas en problemas”. “No lo creo; la broma la empezaron ellos, yo sólo voy a continuarla”. “¿Y cómo le harás para que la otra persona te sustituya?”. “¿Ya veré cómo le hago? Mañana hablaré con ella; espero. Ya veremos como salen las cosas. ¿Y tú –refiriéndose a su madre--, qué piensas?”. “¡Qué todo esto es un enredo!”. “¿Y tú –su mamá dirigiéndose a Raquel--, qué vas a hacer?”. “Creo que ya me toca un cambio”. “¿Qué?”. “No lo sé; sólo creo que es hora de emprender un cambio en mi vida”. “Tan joven y ya quieres cambiar tu vida”. “Exacto, primero dejaré el trabajo en el banco para tomarme unas vacaciones y después veré qué hacer”. “Sea lo que sea, estaré contigo”. “¡Gracias mami! Quiero empezar a vivir mi vida”. “¡Ya lo creo!, alguna vez yo también pensé lo mismo”. Ambas se dieron un abrazo y un beso, ¡mua!. Enseguida Raquel subió las escaleras hacia su recámara y Graciela se dirigió a la cocina a lavar la loza. Hasta cierto punto esto sería el preludio de una próxima despedida que ocurriría un viernes del penúltimo año del siglo pasado.

El martes en la mañana Raquel volvió a ver a Andrea Lara Sosa, abordándola unos pasos antes de la entrada al banco con la suerte de que ninguno de sus compañeros de trabajo las viese conversar para ponerse de acuerdo. A Raquel le interesaba que Andrea Lara siguiera acudiendo al banco a trabajar en su lugar. Andrea Lara S., por su parte, había acudido al banco como lo había hecho el sábado, es decir, con su propia personalidad; aunque eso no le garantizaba que pudiera ser muy distinta a Raquel. Cada una se reconocía hasta cierto punto en la otra. El parecido entre ambas era más bien una rara casualidad de la vida, pues Raquel y Andrea no tenían el más mínimo parentesco, se desconocían mutuamente y por alguna razón fue el banco el que las relacionó en su situación de ser una “gemela” de la otra.

--¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? Soy Raquel, nos conocimos ayer.
--¡Ah, hola! Tú eres la muchacha que trabaja en el banco.
--La misma. ¿Tú quién eres?
--Andrea Lara Sosa y estoy en tu lugar en el banco todavía por el día de hoy. ¿No hay problema por eso?
--Mucho mejor para mí y quizás para ti.
--¿Y para mí por qué?
--De eso quiero hablarte, ¿por qué no hablamos en este café?
--Nada más rapidito porque tengo prisa; a las ocho de la mañana debe empezar la limpieza en las oficinas del banco.
Raquel y Andrea pasaron al café y se sentaron en una mesa.
--¡Bienvenidas! Desean ordenar.
--Gustas tomar algo.
--No. Gracias.
--Pedimos un café.
--Café solo, por favor.
--Andrea, me gustaría que tú ocuparas mi lugar de manera temporal en el banco.
--¿Y eso para qué? A mi sólo me contrataron por el día de ayer, pero como no se supo si vendrías a trabajar al banco, también me pidieron que viniera hoy.
--Tendrías un trabajo y un sueldo fijos.
--La idea no me parece del todo; aunque me quedaré en tu lugar para divertirme con tus compañeros, hasta que sepan que no soy tú o mientras me cae otro trabajo, o ya no me interese sustituirte.
--De acuerdo, ese es mi propósito.
--No me queda claro, ¿para qué deseas que trabaje en tu lugar?
--Lo que me interesa es devolverles a mis compañeros la broma que me hicieron contigo, pero ahora la broma corre por mi cuenta y por la tuya.
--Su café.
--Gracias.
--Sólo espero que no nos descubran, porque sino no sabría lo que pueda ocurrir.
--No, nadie va a sospechar; desde el primer día que te sustituí, los conocidos tuyos se referían a mí como si fuera Raquel.
--Para terminar de ponernos de acuerdo en este asunto, te veo la siguiente semana o mejor te hablo, ¿Me das tu número telefónico?
--Aquí lo tienes –dándole una tarjeta–; me voy, me hablas –dijo y salió del café.
Raquel se quedó sentada en la mesa, saboreando una deliciosa taza de café que le supo a gloria anticipando el desenlace de la revancha ante sus compañeros de trabajo.

Andrea Lara Sosa no tuvo el menor inconveniente en hacerse pasar unos días más por su casi doble Raquel Jiménez T., y no sufrió una sola dificultad al suplantarla a la entrada en el banco ni durante su jornada de limpieza de las oficinas, ni en su dedicación a dejar impecables pisos, escritorios, ventanillas, vidrios y puertas; tampoco

en su manera de hablar, en el trato a la gente y la actitud positiva y favorable con sus compañeros y compañeras de oficina. Aún más, a las cuatro semanas por poco obtiene de nuevo el reconocimiento a la intendente del mes –y de merecerlo durante un año el banco la hubiera premiado con un día libre–, si no fuera porque días antes, –de cumplir el primer mes– sería el cumpleaños de su ahora amiga del alma Raquel Jiménez y en esa ocasión se sabría que ella era y es Andrea Lara Sosa. Posteriormente Raquel le comentaría que en el tercer jueves del mes de julio, después de las horas de servicio bancario todos sus compañeros concurrirían a un bar a celebrar con ella su santo o sus veinte primaveras. Ahí precisamente “Raquel” y Raquel estarían ambas presentes, una para despedirse de compañeros de trabajo y excusarse de que la intención de volver a sustituir a ésta habría sido, sobre todo, para devolverle la broma que anteriormente ellos le habían hecho a su amiga. Mientras se cumplía la fecha Raquel se dedicó a indagar sobre la carrera que le gustaría estudiar en la universidad; para entonces había terminada con éxito la preparatoria y con un certificado en mano se disponía ir a la carrera de comunicación o a la de mercadotecnia, así que había que ver requisitos, trámites, papeleo, pagos, posibilidad de entrar o de escoger otra carrera, etc. Claro que uno de esos días se dio una vuelta por el banco para saber cómo iban las cosas con su amiga y de paso conocer a su familia en su casa. Ese día las dos hablaron de viajar a algún lugar del Caribe, de volar en avión y pasarse ocho días en la playa, visitando otro pueblo, conociendo otras personas y conviviendo con ellas. Andrea Lara S., para su fortuna, tenía una familia con una posición económica asegurada, a sus veinticuatro años ya había estudiado arte, teatro, poesía y trabajaba en una agencia de doblaje tanto para la televisión como el cine, sus papeles eran pequeños pero su actuación era memorable. Le gustaba divertirse con sus representaciones que iban desde asumir el rol de una funcionaria hasta ser la Celestina pasando por una estrella musical de moda. Hasta ahora no había sustituido en la vida real a una joven estudiante con la aspiración de ser una futura profesionista y sufrir apuros económicos, para sobresalir como hija de una familia de clase media dedicada al trabajo de limpieza en un banco. Sin embargo, ahí empezó la broma, a Andrea Lara le gustaba parecerse mucho a las personas que sustituía y en el caso de Raquel Jiménez lo logró el lunes que regresó al banco, caracterizando a una doble casi tan exacta que causó un gran revuelo desde el primer día entre los empleados; de modo que a sus compañeros el parecido entre ambas les pareció la oportunidad para jugarle a Raquel una pequeña broma.

Tiempo después, en la casa de su amiga Raquel, situada de pie en el centro de la sala, observaba los cuadros a colores y en blanco y negro de las fotografías de la familia de Andrea y a través de un amplio ventanal veía el cuidado jardín y la fuente en el rosal.

–¡Hola, mucho gusto en conocerte!

–Usted es la mamá de Andrea.

–Me llamo Angela Sosa de Lara.

–Yo soy Raquel Jiménez Terrazas.

–¡Ah, ya se presentaron!

–¿Le puedo preguntar una cosa, cómo me reconoció?

–A una madre no se le puede engañar, tenemos un sentido interno que nos dice con quien hablamos y tú no eres Andrea.

–¿Hacemos una prueba, nos arreglamos igual y nos dices quién es una y quién es la otra?

–No, porque podría confundirme.

–Cierto, cuando yo llegué a la entrada de la casa, el padre de Andrea salía de aquí y creyó que yo era su hija.

–Suele pasar, ¿y qué tal, cómo van las cosas?

–Todo bien mami, hoy vamos a salir juntas y a ponernos de acuerdo para viajar en las próximas vacaciones.

–Excelente idea; ya necesitas un descanso, ese trabajo en el banco te ha de tener toda agobiada. ¿O no?

–Sí, es un poco rutinario, si no fuera por Raquel que hace más divertido este drama de no ser yo, si no otra que no soy yo.

–No sigas, me enredas con tu trabalenguas. ¿Y al novio no le hacen lo mismo de presentarse una por otra?

–No señora; nosotras somos muy serias.

–Y yo madre, soy una profesional.

–Ya no sigan; me van a convencer.

–Chao, ¡mua!

–Hasta luego, señora.

–¡Ándale linda, que les vaya bien!

El día del festejo, el personal del banco a las ocho pm acudió a un restaurante bar de la zona para celebrar con una cena el cumpleaños de Raquel Jiménez; el evento transcurrió con una tranquilidad y placer inolvidables, acompañado de la música de un tradicional trío romántico. Después de las mañanitas y rodeada de todos sus compañeros y compañeras alrededor de la mesa, Andrea Lara escuchaba las palabras del gerente:

–No hace falta decir la importancia que para nosotros tiene esta fecha, tampoco es necesario mencionar el mérito de Raquel en nuestra responsabilidad cotidiana de la empresa, por esas y otras razones te felicito y deseo que continúes celebrando en casa con tu familia.

–¡Felicidades Raquel!, sonó el coro de sus acompañantes.

–¡Gracias, gracias a todos! Quiero decirles algo...

No la dejaron hablar, los presentes la colmaron de besos, abrazos, regalos, palabras de estímulo y reconocimiento, además de tomarle la foto, le pidieron soplara las velitas del pastel de chocolate y les obsequiara una deliciosa rebanada de pastel.

–¡Que los abra, que los abras! –refiriéndose a los regalos.

–¡Que lo muerda, que lo muerda! –aludiendo al pastel.

–Quiero decirles...

–Al final, Raquel, al final.

Andrea Lara no atinó a hablar, únicamente optó por repartir y comer el pastel.

Momento que la verdadera Raquel Jiménez aprovechó para presentarse ante los invitados. Cuando el gerente y sus compañeros la vieron ir hacia ellos, enmudecieron sorprendidos de ver a Raquel y les entró la duda acerca de cuál de las dos era su compañera y cuál no. No pudieron externar palabra antes de que Raquel hablará con ellos:

–¡Buenas noches! ¿Qué celebramos?

Casi todos se quedaron impávidos, excepto Andrea Lara.

–Esto es lo que quería decirles, no soy Raquel...

–Raquel soy yo.

–El gerente y compañía guardaron más silencio.

–...cuando vi el cariño que sentían por ella, me di cuenta de que debía decirles que soy Andrea Lara S., pero no me dejaron y no hay disculpa.

El silencio del gerente y su equipo de trabajo continuaba sin romperse y no sabían si apenarse o pasar desapercibidos ante los parroquianos, que estaban muy sorprendidos por lo que ocurría.

No eran gemelas, pero a cualquiera le sería difícil afirmar cuál era Raquel. A simple vista la fisonomía de ambas no era distinta, la estatura, el cabello y el peinado no se diferenciaban mucho, además en esta ocasión especial vestían igual, su andar había sido acompasado para que fuera similar y el habla impostada de Andrea emitía el timbre de Raquel. La vuelta que daban las dos ante los comensales evidenciaba personalidades idénticas; y, aunque Raquel y Andrea no eran del todo iguales, lo parecían por lo menos al sentido común de más de uno de sus conocidos.

–Les parece si seguimos celebrando –propuso Andrea.

–¡De acuerdo! –Expresó el gerente.

–¡Felicidades! –dijeron todos.

Vinieron de nuevo los abrazos, los besos y los deseos de mejores días y en el brindis de rigor se rompió el hielo frente a este suceso no imaginado que como un bumerang lanzado al aire retornaba a su punto de partida, y golpeando por sorpresa al lanzador del mismo. Al rato sus compañeros se fueron despidiendo de Raquel con un “hasta luego”, un “hasta mañana”, un “que descanses” y un “gracias” recíproco, a la vez que uno a uno reconocía en su amiga el ingenio de la broma que les jugó. Pues hasta ahora había logrado que ellos pensaran que Andrea era ella. Terminado el evento, Raquel y Andrea salieron del lugar cargadas de regalos, afuera del restaurante pidieron un taxi y Raquel ayudó a Andrea a subir en el vehículo todos los regalos recibidos. Al final del recorrido ambas se bajaron en el departamento de aquella y dado la carga de paquetes de cumpleaños ninguna de las dos pensó que estaban a punto de causar a los familiares de ella una sorpresa semejante a la que habían provocado en sus hasta entonces compañeros del banco.

–¡Buenas noches! –Dijo Raquel a su hermano Adolfo que salía del estudio y se instalaba en la salita.

–¡Buenas...! –contestó él y agregó–, ¿cómo te fue?

–¡Bien! –Comentó ella y subió a su recámara a dejar los obsequios, unos instantes

antes de ella había subido Andrea, pero de esto él no se dio cuenta.

Segundos después Andrea bajó de la recámara de su amiga y al cruzar la sala saludó al hermano de Raquel:

–¡Buenas noches! –dijo y se dirigió a la puerta del departamento.

Se quedó perplejo y alcanzó a decirle:

–¡Buenas...! ¿Qué, ya te vas?

–Sí, ¿por...? –y agregó–; nos vemos –aludiendo a Raquel.

–Pero si acabas de llegar –le enfatizó

–¡Qué te vaya bien! –respondió Raquel despidiéndola con una mano en el aire.

Andrea se fue y el desconcierto de él fue mayor.

–¿Eh, de qué se trata, y ella quién es; me puedes decir? –interrogó su hermano.

–¡Ella es mi doble, ya la viste! –le confirmó a su hermano y volvió a la recámara tan rápido como pudo.

“¿Podría haber en el mundo una doble de su hermana?” Fue una de las cosas que Adolfo pensó y no necesitó respuesta puesto que ella acababa de salir por la puerta de su casa, así que era mejor aceptar la realidad que negarla o creer que no, que nadie podría ser tan parecida a Raquel.

Un mes después, Raquel Jiménez Terrazas entró a la universidad y en su primer día de clases con sus documentos en la mano, avanzaba por los pasillos y jardines de las instalaciones del campus Acatlán. Fue a recoger en una de las ventanillas de atención a los estudiantes la credencial y la tira de materias que la acreditaban como nueva alumna de la carrera de periodismo. Realizado el trámite respectivo se dirigió a su salón. La clase de introducción al oficio de comunicadora estaba atiborrada de condiscípulos, por lo que decidió ocupar uno de los pocos asientos que halló vacíos al final del salón. Las ideas que oía sobre la profesión de la carrera escogida le daban vuelta en la cabeza como si estuviera inmersa en un mundo novedoso de saberes y a la vez desconocido, atrayente y temible en el que la opción era ser una comunicadora confiable, sagaz y convencida de su oficio de informar de manera veraz, fundada y oportuna; perfil que lograrían ella y sus noveles compañeros tras arduos años de estudio constante y dedicado, bajo la pesada y satisfactoria tarea de quemarse las pestañas casi todos los días; sin un descanso prolongado ni una tregua esporádica para cumplir con su sacrificado deber de universitaria, hasta convertirse en una futura periodista mexicana altamente competente en el ámbito internacional. En esta primera sesión ella casi imaginó recibir posteriormente su título y un no menos merecido galardón por su primera proeza mediática. ¡Plop! Reaccionó de su fugaz escape de la clase provocada por una ligera imaginación acerca de su probable porvenir académico y se puso atenta a la andanada de preguntas de sus compañeros al maestro, quien hizo un paréntesis para escuchar los comentarios, aclarar las dudas y responder las inquietudes teóricas del grupo. Minutos después concluyó la clase y Raquel se fue sola a la cafetería a tomarse un refrigerio. No obstante el inicio de su primer semestre en la universidad Raquel hacía los preparativos de su viaje al Caribe, mismo que haría acompañada de Andrea Lara.

UNA GAVIOTA BLANCA VOLARÁ

Un barco comercial cubano salía en plan de viaje de placer de turistas cubanos y foráneos en dirección desconocida rumbo a la Europa posmoderna, cuando *El Columbus* –otro y no el de *El tambor de hojalata*– llegaba navegando despacio al puerto de Cuba. Atrás quedaba la travesía marítima del viaje por la ruta de Cristóbal Colón realizada hace quinientos años, según lo anunciado por la empresa turística española, en una de las tantas noches y los días de navegación recreativa que en un show estelar representaba la odisea del descubrimiento de América, el arribo a la isla Guananí o San Salvador y por fin atracó la nave en la tierra del cocodrilo del Caribe.

–¿Por qué hablar de Cristóbal Colón –preguntó Osvaldo Santamar Ibañez la noche previa, a su llegada a la isla, cuando veían en escena una representación sobre el descubrimiento de América.

–Eso le ocurre a cualquier imperio que lo fue y España también recuerda su grandeza a través de efemérides que se aferran a su pasado y ante futuros inciertos que todavía no son capaces de construir –dijo su primo Nicandro Robledo S.

–A ver, despacito, sino no comprendo –atajó Osvaldo Santamar.

–Para ser más preciso –abundó el primo–: España fue una poderosa nación sobre la tierra que levantó un vasto imperio a manos del reinado o la monarquía de Carlos V. Éste monarca llegó a decir que en su reino no se ponía el sol porque cuando amanecía en la tierra de Cervantes, atardecía del otro lado del orbe y si la mañana despuntaba en América, la noche caía sobre Castilla. Pero eso no fue todo, no había otro país que tuviera el poder de estos señores feudales, cuya hegemonía prácticamente aumentó con el descubrimiento del llamado Nuevo Mundo tras el primer viaje del almirante Cristóbal Colón por el oeste hacia la India, para probar que la tierra era y es ‘redonda’. A este encuentro de Europa con el ‘paraíso’ siguió la brutal, infame y desalmada guerra de conquista de casi todos los habitantes originarios en el continente nombrado América que llevó a cabo Hernán Cortés, entre otros mercenarios. Dicha conquista de España sobre las grandes civilizaciones de la época fue justificada por el anatema seudofilosófico de que los nativos no eran hombres sino animales, bestias o seres inferiores sin razón y alma y entonces la España medieval se atribuyó la legitimidad de someterlos bajo el fuego de las armas de los conquistadores y la cruzada evangelical de una iglesia conquistadora, cuyo Papa Alejandro VI –como uno de los grandes poderes de la tierra y en representación de la voluntad divina– bendijo y otorgó a las coronas española y portuguesa una carta de derecho de propiedad de las nuevas tierras descubiertas, dándoles una parte a España y otra a Portugal. Así que recibidos los territorios descubiertos, cristianizados los pobladores y asumidos sus bienes naturales como botín del poder de su conquista, la corona de España gobernó los pueblos no sólo de México sino además de la mayoría de los pueblos sometidos posteriormente en el centro y sur del continente para establecer, sin derecho ajeno y con consentimiento propio, una serie de colonias por trescientos años, hasta que éstas en los albores del

XIX decidieron luchar por su libertad y su independencia. Más tarde dichos países libres y soberanos de nuevo cayeron en los dominios imperialistas de la incipiente potencia norteamericana. Claro que para erigir su imperio España derrumbó poderes locales, pisoteó leyes de gobierno, emprendió matanzas a diestra y siniestra de pueblos inermes, destruyó culturas, los despojó de sus creencias y bienes materiales, los adoctrinó involuntariamente al cristianismo y supuestamente los condujo a la civilización europea; todo ello para convertir a España –lo quisieran o no los antiguos pueblos de América– en el amo y dueño de más de la mitad de los pueblos y las tierras americanas, imponiendo por doquier gobiernos virreinales, leyes coloniales, decidiendo economías, creando privilegios sociales, estableciendo encomiendas y encomenderos que se enriquecieron como nunca y explotando como nadie el trabajo de los encomendados, e induciendo a la barbarie a los colonizados y al modo de vida y trabajo impuesto por los colonizadores, todo para bien y fortuna de los reyes de España y de los fieles súbditos españoles y virreinales. No obstante, por aquellos años y esos hechos resaltó el pensamiento y el humanismo de letrados y frailes que hablaron y escribieron en nombre de los conquistados sobre su derecho y su libre albedrío para ser, vivir y mandarse como lo habían hecho hasta entonces: en España uno fue Francisco de Vitoria, jurista insigne, que vio en el despojo de América la causa más injusta que pueblos hubieran vivido antes y de manera clara y valiente lo señaló a los poderes de la época, a los reyes Fernando e Isabel y al Papa Alejandro VI, poniendo sus conocimientos y su oficio al servicio de los pueblos conquistados –un poco antes de que el gran soñador de patrias *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha* pusiera su espada a la defensa de los humildes y humillados de todos los tiempos–; y en Nueva España el otro fue fray Bartolomé de las Casas, quien sostenía que los habitantes mexicanos eran seres racionales y con alma, por ende capaces de cultivarse en el estudio de las letras y la creación de las artes de todo tipo casi igual o más que como cualquier otro hombre o mujer del planeta. Pero a pesar de esta noble defensa social de los colonizados y de estos bellos pensamientos filosóficos renacentistas, el dominio imperial continuó hasta que los colonizados dijeron ¡basta! de norte a sur de América. Otra de las potencias que compitió con el esplendor español fue Portugal, nación que dominó particularmente las tierras del Brasil emprendiendo una lucha de conquista y colonización semejante a la española, porque para las potencias europeas en el siglo XVI era –y como es para actuales naciones neocolonialistas en el siglo XXI– tanta la sed de dominio de nuevas tierras, sojuzgamiento de pueblos y saqueo de riquezas naturales que no hubo poder que los detuviera en su afán imperialista en América.

El uuuuulular de la sirena de una nave isleña saludaba amistosa el trasatlántico español visitante, *El Columbus*, cuya bandera ondeaba en lo alto de un mástil, mientras dejaba atrás una estela blanca en el mar y una afluyente movable de olitas, olitas, olitas a la orilla de su enorme casco. El mediodía relucía con un cielo despejado, un leve soplo de aire en la cara de los marinos y los pasajeros y un calor abrazador que, por lo menos, quemaría la piel de los turistas extranjeros hasta la caída del fresco de la noche. De

pronto un júbilo encendido brotó en los rostros de éstos ante la mágica presencia de la isla en medio del océano. En el paisaje recién contemplado por propios y extraños una gaviota blanca recreaba la vista, venía en el mismo barco, era la mascota del capitán Santos Galicia Estrada. Éste era un viejo conocedor de los mares que cuando vio por primera vez a la gaviota blanca posarse y andar en la cubierta de su nave, de inmediato supo que la ave ya no se iría de su vida, que con él visitaría los mares del sur sin necesidad de volar y comería sin el trabajo de pescar; en una palabra, ella sería una compañera inseparable en cada viaje y una prudente consejera ante su silencio o su charla.

—¿Usted cree en el destino? —Le preguntó a Osvaldo Santamar, el capitán Santos Galicia E. Quien estaba de pie en el barandal de la proa conversando un tanto taciturno con el capitán y siguiendo con cierto interés los giros en el vuelo festivo de la gaviota blanca por el arribo a Cuba. A la vez el visitante español veía con mayor asombro el gentío que vislumbraba en el muelle del puerto y sus alrededores.

—No es que no crea en el destino; es que no sé si exista —dijo el viajero desarmado por la pregunta inesperada a bocajarro sobre el posible devenir.

—¿Y usted si cree en el destino, capitán? —Interrogó a su vez el viajero.

—No lo voy a negar —expresó el capitán y agregó—, el destino a veces viaja con nosotros. El capitán Santos Galicia entonces miró hacia la gaviota blanca que todavía volaba en el cielo azul como si fuera suyo. Con dicha ave Osvaldo Santamar alguna tarde, noche o madrugada también llegó a conversar y no precisamente de gaviotas sino de amores, al amparo de una luna creciente brillando en el infinito, bajo una noche callada y sobre un océano fresco que invitaba a su alma a contarle a la gaviota blanca las añoranzas de sus sentimientos.

—¿Ve esa gaviota blanca que sobrevuela arriba de nuestras cabezas?

—Sí.

—Pues una hechicera alguna vez me previno que este buque llegaría a buen puerto siempre que la gaviota estuviera a mi lado.

—¿Y, capitán?

—Así ha ocurrido hasta ahora, salvo la ocasión que la gaviota blanca se alejó del barco una mañana durante un viaje a Portugal; esa vez el fondo de la nave empezó a hacer agua, aparentemente sin ningún motivo, y no nos fuimos a pique, pues la gaviota blanca regresó al barco mucho antes de un posible hundimiento en el Cabo de Buenaventura. Claro, nadie de nosotros corría peligro; contábamos con las suficientes lanchas para llegar a tierra firme y cuando llegamos nos dimos cuenta que la ave iba a bordo. Entre los pasajeros nadie se dio cuenta del percance, sólo la tripulación y creó que también la gaviota blanca.

—¿No fue una coincidencia que se salvaran, capitán?

—No puedo afirmarlo; sólo sé que estoy vivo. En otras palabras presentí lo mismo que la hechicera, cuando vi la gaviota blanca pisar el barco, entendí que éste sería su arrecife y en él navegaría de polizón en cada viaje.

—¿Entonces con ella regresa a España, Capitán?

–No; ella viaja en el barco conmigo.

Ambos siguieron observando con avidez su llegada a la isla de Martí. En el muelle ciudadanos, provincianos marineros y turistas deambulaban de aquí para allá con un paso seguro o incierto, según el caso de ser local o extranjero, hacia un sitio seguro, una hora y un suceso previsto. No así Osvaldo Santamar que miraba una flota de embarcaciones internacionales, una hilera de bergantines de regular tamaño y unas decenas más de barquitas pequeñas como parte del bullicio de este puerto fraternal del Caribe, sin suponer o imaginar siquiera un acontecimiento inesperado en su vida.

Osvaldo Santamar a sus veintiséis años no era un atleta ni un campeón físico, pero sí fornido, atrayente, alto, blanco, pelo ondulado, ojos de color café castaños claros, simpático, despierto y trabajador. Los músculos de sus brazos se los había hecho en el faenín del arte de producir un buen vino, cargando personalmente toneles vacíos tras el embotellado del producto y toneles llenos en el momento de fermentar el mosto. Actividad que había hecho desde adolescente, pues colaboraba en la pequeña hacienda vinícola propiedad de su padre, Emilio Santamar Fuentes, el cual había heredado dicha empresa familiar a la muerte del abuelo paterno de Osvaldo. A las seis de la mañana Osvaldo ya de pie, comenzaba el día con un buen baño de agua templada tal y como su padre lo había acostumbrado desde pequeño; a las siete am iniciaba sus labores de inspeccionar los campos de viñedos destinados a la elaboración de vinos de placentero sabor al paladar y agradable aroma al olfato –los mejores en toda la comarca por su calidad y aceptación entre los lugareños–. Los vinos derivados de la uva original de esta tierra llevan el inestimable nombre de su apellido y el del poblado de Santamar; desde cuyo puerto una mulata de plata pretendió contarle a Osvaldo su futuro a la hora de embarcar, pero él no aceptó. A las once a.m. Osvaldo acudía al almuerzo casero junto con sus padres y después atendía, al lado de don Emilio Santamar F., los asuntos administrativos de la empresa de vinos *La Fuente* y posteriormente acompañado de su primo Nicandro Robledo se dedicaba a gestionar las campañas comerciales de sus productos en las cercanías de la localidad. A eso de la una o las dos p.m. regresaba a la hacienda a continuar con las rutinas de supervisión en los talleres de fabricación de los vinos en cada uno de los procesos de preparación, selección y prueba de calidad de cada vino; y ya a las seis o siete de la noche, después de la comida, salía a disfrutar de un merecido descanso al centro del poblado, a compartir con sus primos o amigos la charla y la chanza en torno a las novedades populares y a enamorar muchachas españolas o a ser enamorado por ellas. Así su carácter y su disciplina los adquirió en esa vida cotidiana, familiar y pueblerina en la que el gusto por viajar lo llevó de España a otras partes de Europa y ahora a conocer una bella isla de El Caribe; pues, sin pensarlo dos veces, se fue a Cuba atraído por lo que decían de esa tierra, de su pueblo y de su historia. Un día Osvaldo, el promotor de los vinos exquisitos de su singular provincia de origen, alistó sus maletas y entre abrazos y besos se despidió de sus padres con el aviso de que no era él sino su alma lo que lo llevaba fuera de España. Por su parte, su madre Teresa Ibáñez de S., con un vuelco en el corazón, le dijo: “regresa cuando quieras”, con

un poquito de temor de no volverlo a ver a su lado y él le contestó seguro que volvería a la casa de sus padres y a trabajar en la hacienda vinícola porque él era como ellos: un hombre que amaba su tierra por más que el mundo fuera más hermoso que la vida en Santamar. Esto fue algo que Osvaldo le contó al capitán durante varias pláticas que sostuvieron los dos para pasar la travesía del viaje, y una parte de lo dicho lo narró un momento antes de su descenso a tierra cubana.

El viaje a Cuba prometía tanto para el que no había venido como para quien ya la conocía anteriormente, según el capitán Santos Galicia que tenía años de atracar en la isla y que por mero joby llegó a rodearla a puro empuje de velas para así disfrutar más de sus aguas y sus playas.

–¡Hasta pronto! –sentenció el capitán.

–¡Nos vemos en Santamar! –reviró el vinicultor.

Vino luego un apretón de manos de uno a otro, un guiño de Santos Galicia y una sonrisa franca de Osvaldo Santamar. El capitán se encaminó hacia la cabina de mando y nuestro personaje enfiló hacia su camarote. La mayor parte del pasaje había descendido ya al muelle, ahora Osvaldo iba por sus cosas mientras Nicandro ya lo esperaba para bajar y con una maleta al hombro avanzaba con paso animado hacia la pasarela del barco, sonreía y bromeaba con aquél, diciéndole: “no te tardes para ir a la aduana del puerto”.

Antes de que Osvaldo entrara a su camarote para recoger sus cosas, se encontró en la puerta del mismo con la adivina que había visto numerables ocasiones en el viaje, como si algo tuvieran que decirse los dos. Selene Torres Urquiza era la mulata de plata que él había visto al principio del viaje en el puerto de Santamar, una mujer con su propia historia digna de un buen pasaje novelesco que por ahora no tendremos oportunidad de relatar, dada la premura de ella de contarle a él lo que ella ya sabe acerca de su vida y el deseo de él de escucharle a ella pronunciar lo que en una luna más vivirá. Precisamente, para Osvaldo la sentencia del capitán Santos Galicia tenía que ver con la presencia de esta mujer vidente cubana española, la cual conoció durante una de sus conversaciones con aquél en el restaurante bar del barco. Entonces Selene Torres U., la clarividente, le dio un beso al capitán en la mejilla y saludó a Osvaldo con una mirada y una sonrisa más que joviales y a su primo Nicandro lo hizo con menos soltura. Esta muchacha –dijo el capitán– es una entrañable amiga desde niña como cuando su madre también hechicera viajaba conmigo en *El Columbus* y me predecía la fortuna; Selene Torres es española y cubana, tiene la magia, el don o el poder de ver lo que la mayoría de los ojos no ven y ni siquiera perciben aún viéndolo enfrente. Osvaldo alcanzó a mirarla rápidamente, pero no reaccionó al encanto de su influencia femenina de anticipar el porvenir de quien le pidiera le hablara de su vida. Más bien a Osvaldo le llamó la atención el físico, sus atractivos sensuales y la cadencia felina de ir de un lado a otro tan rápido como si escapara a la vista de los presentes para mantener su misterio. En esa ocasión, Osvaldo prefirió dedicar su atención un poco más las bellezas del ballet, la música, el canto, los temas y los tragos de la sobremesa durante la cena de bienvenida al inicio de la partida de la nave a Cuba, que atender a su encuentro con la adivina

Selene. Muy diferente fue cuando Osvaldo y la clarividente de casualidad se encontraron solos, los dos, frente al camarote de aquél; a él le gustaba mirarla al verla pasar, lo que ella hizo varias veces antes: una ocasión pasó delante de la ventanilla de su camarote, descalza y corriendo ágil como gacela, con su falda larga ondeando al aire y resaltado su cuerpo delgado y alto; una segunda vez vio por varios minutos su bello rostro a través de un espejo en la mesa del bar, mientras ella estaba de espalda a él y ella no podía verlo; y una tercera más durante uno de los espectáculos de la noche, en uno de los bailes del salón no sólo la miró a los ojos por unos instantes, sino que la oyó decir algo y reír de él y la tocó con las manos pegadas a su cintura al compás de la música afroantillana y bailando con ella una rumba para él desconocida. Pero ahora, Selene con sus ojos verdes claros le sostuvo la mirada a Osvaldo, quién tímidamente veía con cierto recelo o duda a la gitana. “¿En verdad adivinará la suerte? –pensaba Osvaldo como dice mi amigo el capitán–, ¿es una forma de ganarse la vida?, ¿ella es una clarividente, una maga, una hechicera?, ¿querré que me lea las cartas, que me revele algún secreto de mi vida personal o familiar? ¿o simplemente que me diga algo sobre mi viaje fuera de Santamar?”. “¿Ansía saber su destino sobre, el amor, la vida o la suerte, caballero? –le preguntó Selene. Osvaldo extendió la palma de su mano lentamente a la vista de la adivina, mientras ella lo observaba cautivada de su porte y por ello le sonrió admirada de su desconcierto momentáneo. La clarividente cubana española no sacó ningún juego de naipes como se acostumbra en casos como éstos, no procedió a leerle los asientos de la taza de café, que Osvaldo podría ir a traer a un rincón de su camarote, Selene tampoco auscultó su mano ofrecida por él a su mirada adivinatoria; ella únicamente lo vio con mayor detenimiento a sus ojos cafés claros y le sonrió otra vez complaciente, alzó su mano derecha y la puso a la altura del pecho de Osvaldo, colocando en el centro del mismo su dedo índice y concentrando su mirada en este punto de energía revelador de las cualidades y el destino de cada ser humano, y por uno o dos instantes cerró los ojos y los abrió para enseguida decirle: “pronto conocerás aquí en la isla a quien más buscas desde hace tiempo”. Para Osvaldo no hubo la menor vacilación acerca de quien le hablaba la mulata de plata, se trataba probablemente de la chica de la que él se enamoraría y sonrió para sí con una chispa de brillo en sus ojos castaños. Y preguntó sin querer, titubeante, “¿cómo sé de quién me habla?”. “Lo sabrás tú mismo –afirmó la adivina– sin que nadie te lo diga y a pesar de las miles de chicas que hay en la isla: una gaviota blanca volará cuando la veas y platiques con ella”. Selene volvió a sonreír y, tocándolo con la mano derecha su mejilla izquierda, se despidió de él con el acento cubano: “ya lo verá, chico”. Por alguna razón vino a la mente de Osvaldo el recuerdo de lo dicho por su madre Teresa Ibáñez de Santamar antes de salir de la hacienda: “presiento que allá te vas a enamorar, me lo dice el corazón”. Entonces no supo que pensar de este pequeño trato con su destino, desde su inquietud personal para viajar fuera de su tierra, en la conversación con el capitán Santos Galicia, en la revelación de Selene y en el sentir del corazón de su madre Teresa. ¿Qué podría depararle el destino a Osvaldo Santamar?

POSTAL EN LA HABANA

Tres pasajeros bajaron por la pasarela del barco *El Columbus* hasta el muelle del puerto. Al pisar tierra firme simultáneamente voltearon a ver al capitán Santos Galicia Estrada, que vestía un traje blanco impecable y estaba parado a la entrada de la nave.

–¡Adiós, capitán! –dijeron al unísono.

–¡Hasta luego! –contestó el capitán agitando su mano al aire.

El capitán Santos Galicia observó unos instantes más a los tres viajeros: Selene Torres Urquiza lucía un vestido largo de color vino, una pequeña maleta café en la mano y usaba unas pequeñas y gastadas sandalias de piel beige; Nicandro Robledo S. iba con un pantalón, una camisa informal y ambas prendas eran de color verde esmeralda; mientras Osvaldo Santamar Ibañez llevaba un pantalón café claro y una camisa amarilla con motas blancas y los dos primos cargaban una maleta negra sobre su espalda. A unos pasos del barco se detuvieron los tres para despedirse y el capitán ya no los vio.

–¿Te veré una vez más? –interrogó Osvaldo a Selene.

–Estoy segura que podremos vernos, mas si soy invitada –respondió la chica.

–Lo eres –le dijo él.

–Lo sé –expresó ella.

Osvaldo Santamar y Selene Torres se tomaron de las manos, se vieron a los ojos y se despidieron: ella le dio un beso en la mejilla a Osvaldo y enseguida se despidió de mano de Nicandro Robledo. Selene echó un vistazo alrededor de la aduana de La Habana, enrumbó sus graciles pasos hacia la salida y afuera se perdió entre la gente dirigiéndose a su barrio. La mirada de Osvaldo y Nicandro la siguió por unos segundos cuando salía de las oficinas de la aduana, luego nuestros amigos se acercaron a una de las ventanillas a tramitar y documentar su breve estadía en la isla de Martí; sin que ni uno ni otro se preguntase por qué la gitana no presentaba en la aduana sus cartas credenciales procedentes de España. Osvaldo y Nicandro bromeaban felices como el viento del hecho insólito de dar sus primeros pasos en América y de la fortuna de haber conocido a Selene, ya casi la veían como una amiga de la infancia, pues de un simple decir de Osvaldo a su primo “vamos al Caribe”, surgía esta aventura en Cuba.

A la salida del puerto de La Habana abordaron el autobús que los llevaría al hotel Meliá Cohiba, en el interior del transporte Nicandro llamó la atención de Osvaldo hacia un monumental mural destinado a los visitantes y en el que se leía un mensaje similar al que la joven edecán que los acompañaba en el viaje decía: “¡Bienvenidos a Cuba! La isla de la revolución del '59. Hace cuarenta años surgió en este país una nación socialista, con este modo de vida se fundó un nuevo Estado y se realizaron importantes cambios sociales, económicos, políticos y culturales a favor de la sociedad. Aquí la comunidad cubana tiene como fin el hombre y a la mujer; ambos son coactores de una historia que privilegia los ideales martianos de justicia, libertad, igualdad y bienestar para todos los cubanos y las cubanas, los cuales aspiran a hacer suyo el valor de la

dignidad humana individual y colectiva. Aún hoy a nivel internacional y entre numerosos países del Tercer Mundo, la isla destaca en el campo de la salud, la educación, la ciencia, el deporte, la medicina y el trabajo destinados al desarrollo humano y no a satisfacer un interés pecuniario, esto es, se consagra el principio de la vida frente a la vorágine del lucro capitalista que socava una existencia digna para el hombre. Este logro se ha mantenido en Cuba pese a la prolongada crisis económica interna y el embargo impuesto por el bloqueo yanqui. Disfruten de su estadía entre nosotros”. El pasaje venido de Europa pudo escuchar estas palabras de parte de la edecán del autobús turístico cubano y, después de referir los principales atractivos servicios de la isla, rubricó el mensaje con una amable sonrisa. La calle se veía embellecida por la orilla del intenso océano azul de una bahía que convocaba a mirarla con ojos llenos de curiosidad y atraídos por la frescura de la brisa caribeña que regocijaba el corazón de los pasajeros; y esto era apenas el comienzo de las vacaciones de Osvaldo y Nicandro en la isla de Martí.

Adelante en un sitio de El Malecón, a través de la ventanilla del autobús, Osvaldo apreció una postal de La Habana: una semblanza única de la historia del balserito. En los ojos café castaños de Osvaldo se reflejó un cielo amotinado, una bandada de nubes blancas agitadas, una playa rebelada, un rumor de olas incontenidas, un firme reclamo de la brisa, una señal interminable de un faro, una escolta de delfines guiando una balsa a la deriva, un paso oportuno de pescadores, un eco escuchado más allá del horizonte, una carta universal al extranjero, una guitarra solidaria, un canto del alma, una muralla de manos, una fotografía de un escolar y la petición gigantesca de una multitud de la isla descrita en un solo nombre: e l i á n y el rostro de un abuelo, de una madre, de un hermano y de un hijo grabados en la arena con la invocación del regreso del menor de edad a su patria y a su hogar. De entre los turistas del autobús había quienes no se perdían una mirada de lo que acontecía en la avenida de El Malecón y algunos escuchaban con fija atención las palabras del locutor del informativo vespertino en la pantalla de los televisores colocados en el interior del vehículo: “El retoño había emigrado de la isla con su madre y su padrastro retando la benevolencia del Caribe, el clima y la seguridad de una barca que no llegó a la orilla de la playa florideña; la susodicha pareja pereció en las aguas y el niño naufrago salvó la vida al ser rescatado milagrosamente por la tripulación de un barco de pescadores que lo entregaron a la tripulación de un trasatlántico de la marina norteamericana en el altamar de Florida, un día de noviembre del último año del siglo pasado. Posteriormente la criatura pasó a vivir con su tío abuelo Lázaro González radicado en Miami. Mientras Juan González, el verdadero padre del niño, pedía el retorno de éste a casa y con él miles de niños y niñas, amigos y vecinos, jovencitas y adolescentes, madres y mujeres, hombres y ancianos, y religiosos y funcionarios clamaban la libertad y la vuelta de su compatriota a la isla y al lado de su familia. En Miami el clan de exiliados cubanos y diversos miembros en las esferas oficiales de la sociedad de *Benjamín Francklin* retenían indebidamente al balserito en suelo norteamericano en contra del derecho, la moral y la convivencia

internacional y aún contra su voluntad al retardar su regreso a Cuba después de que el servicio de inmigración estadounidense había reconocido la patria potestad de su legítimo padre y su derecho a ver de nuevo a su hijo en casa –tal y como lo hubieran querido las abuelas que *Cri Cri* recreó en sus canciones de amor por sus nietos”. Así remató el locutor de *TV Noticias* de Cuba la nota del día.

–¿Uno no sabe lo que le depara el destino? –dijo Osvaldo en voz alta.

Este suceso era también noticia de primera mano en las calles de Santamar. Ahora los comentarios e imágenes recientes del caso Elián dividían a viajeros, cubanos, exiliados, gringos y también a diferentes países del mundo: el destino sería lo que un niño o un hombre y una niña o una mujer pueden vivir: la libertad de un pueblo, el asedio a una isla, la hazaña de sobrevivir en el Caribe o la insospechada dicha de un amor en Santamar.

En la avenida los autos de una valiosa colección antigua cedían el paso a las bicicletas de los habaneros en tanto la pequeña isla se volvía de dimensiones desconocidas para los recién llegados. La ciudad tenía para ellos las playas de descanso, El Malecón, el tradicional restaurante La bodeguita de en medio, el centro nocturno El Tropicana, la Plaza y el Museo de la Revolución y un pueblo y una historia cubana por conocer en sus años de ideales y penas. Al llegar al hotel Meliá Cohiba Osvaldo y Nicandro tomaron un refresco en la fuente de sodas antes de hospedarse en su cuarto y acomodar sus cosas; luego de registrarse en la recepción subieron a su habitación a descansar un par de horas, más tarde se ducharon y dispusieron a salir a cenar en el restaurante del lugar.

A las siete pm un camarero del hotel llamó a la puerta de los dos españoles y Nicandro, sorprendido, salió a ver el por qué de la insistencia en el llamado.

–¿Qué desea? –Preguntó Nicandro.

–Una amiga suya los espera en el recibidor del bar –le comunicó el camarero y se marchó por el pasillo.

–¿Una amiga...? Pero si acabamos de llegar. ¿Quién podrá ser? –interrogó Osvaldo aún más sorprendido que su primo.

–¿Tú sabes algo, Osvaldo? –le dijo Nicandro con cierta admiración en el rostro?

–A ciencia cierta no lo sé; pero una amiga nuestra nos espera allá abajo –le comentó Osvaldo con un aire de satisfacción.

–¿Con qué no sea una broma? –profirió Nicandro.

–A de ser una sorpresa del hotel para sus huéspedes, no crees Nicandro? –bromeó un poco Osvaldo.

–¿Quién sabe? –mantuvo Nicandro el incertidumbre del aviso recibido.

–Para salir de dudas, ¿por qué no bajamos? –cerró Osvaldo el intercambio de preguntas y respuestas sobre dicho asunto.

Osvaldo tomó las llaves de la habitación y junto con su primo bajaron al restaurante, cuando entraron al bar los dos pusieron una cara de sorpresa al ver a Selene

al lado de una trovita cubana.

—¿Qué pasa chico, es que no me reconocen? —cuestionó la adivina.

—¡Selene! ¡Mira que verte tan pronto! ¿Cómo le hiciste para encontrarnos —le dijo Osvaldo a la cubana.

—No te asombres de mi presencia, chico, ¿a dónde podría ir un español, sino aquí? Además la isla es mía, la conozco como a la palma de mi mano, la mirada de mis ojos y los latidos de mi corazón —le respondió Selene.

—¿Pues qué te parece si festejamos este nuevo encuentro? —le dijo Osvaldo a su amiga.

—¿Cómo digas, caballero? A eso vine —afirmó Selene.

Los tres se sentaron a una mesa para disfrutar de una cena de bienvenida amenizada por la variedad musical de la trovita del bar.

—Nuestra siguiente canción es “Una respuesta de amor” —dijo el cantante:

“Este poema no es para ti / es para la mujer / Este poema no es para la mujer / es para ti / La mujer que vives / la mujer que forjas / la mujer que llevas / con una vida / con un amor / como una flor / en una noche de luz / sedienta de un nuevo día / Una flor no se compara contigo / tú semejas una flor / la vida no brilla sin la flor / tampoco luce sin ti / El amor es un pétalo de la vida / y es un pétalo de ti Tú eres la imagen de un sueño / que liberas en mí y en el vientre de ti misma / con una vida / con un amor / con una flor / en una noche de luz / sedienta de un nuevo día / Tú eres la noche / yo soy el día / tú eres una respuesta de amor / y yo soy una pregunta de tu poesía”.

Osvaldo y Nicandro sirvieron las copas y brindaron con Selene por ellos, por Cuba y la suerte de vivir esta aventura de una a otra frontera de su patria. Osvaldo se complacía con la compañía — de la guapa cubana y ésta lo miraba — descifrando su interés en ella.

—¡Salud! —dijo Osvaldo alzando su copa.

—¡Salud! —dijo Selene y chocó la copa de sus dos amigos.

—¡Salud! —dijo Nicandro mirando a una y a otro.

Durante la cena los comensales intercambiaron noticias recíprocas de su historia personal mientras la trovita — con la tonada de sus voces melodiosas y la melancolía de sus guitarras le ponía el ambiente festivo a la vida cotidiana de la isla de la leyenda viva.

—¿Qué te pareció la cena, Osvaldo?

—A gloria, ¿verdad Nicandro?

—¡De agasajo, tío!

—Y la variedad no se diga, ¡muy buena!

—Un canto sin igual, cada pueblo tiene su propia música.

—¿Y qué tendremos para mañana, Selene?

—¿Les parece la playa?

—Inmejorable, ¿nos acompañarás?

–Probablemente no, necesito atender unos asuntos en el día; pero en la tarde ya estaré desocupada para verlos de nuevo.

–¡Ni hablar!

–¿Qué le hacemos? Ustedes vienen a pasear y yo a trabajar.

–¿Oye y un día de estos no podrías darte una escapadita con nosotros para que nos lleves a conocer la isla?

–No, no creo, ciertos compromisos previos no me lo permitirían; quizá en otra ocasión.

Es viernes. La noche empieza y la música anima el ambiente. Los dos españoles beben un mojito y ella saborea un cafecito. Osvaldo y Selene hablan de Cuba sentados uno al frente de la otra. Ella le narra las peripecias de Fidel en la historia isleña: en pocas y sabías palabras le comenta la demanda de Fidel al dictador Batista, el encarcelamiento del líder revolucionario, el exilio en México, el viaje de México a Cuba en *El Granma*, la revolución del '59, la huida de Batista el primero de enero, la toma del poder por parte de Fidel, las reformas sociales, los avances humanos y culturales, el acoso imperialista, el socialismo, la ayuda de la URSS, la crisis de los misiles, la solidaridad internacional, el ideal de hacer la revolución más allá de Cuba, la caída del socialismo en el mundo, el período actual, los años de Fidel en el poder, el turismo revolucionario, la visita de un español llamado Osvaldo a Cuba y la admonitoria historia de vida de una pequeña y ahora joven adivina Selene. ¿De dónde una maga conoce la historia de su país? Y que no le pregunte Osvaldo algo de España porque también sabe de ésta. Además le contó de su barrio, de La Habana vieja, de la tradición del poder de adivinar, del mercado negro, de la necesidad del racionamiento, de los sueños de muchos por irse de Cuba y de la oportunidad de Selene de viajar a Europa y volver a la isla sin un carnet de turista posmoderna y el engorroso papeleo en la aduana, a pesar de no haberse abatido las antiguas fronteras nacionales. Le contó de su trabajo en el Museo de la Revolución, por el que sabe como una colegiala la historia de su hermosa isla, y le contó de su madre, de quien heredó su gracia adivinatoria y también su estancia en España, donde vive en Madrid de adivinarle la suerte a la gente. Haciéndole notar al visitante de que en Cuba les lee el porvenir a sus paisanos de manera gratuita, así como los trovadores tampoco tienen un interés pecuniario al tocarles sus canciones a los visitantes. Le habló de que Cuba merece otro futuro, pero que ella no podría adivinarlo porque los dioses no le dieron tanto poder, aunque considera que el imperio de los Estados Unidos no será eterno como para someter a los cubanos para siempre. Y que además otras naciones, otros pueblos, otros hombres amarán más la libertad y aprenderán a hablar por ellos y por los demás para que la gente y la humanidad sea respetada en sus razones y en sus derechos, antes que verse pisoteada por un imperio en turno por más poderoso que éste sea; o a que los poderosos pasen donde, cuando y como quiera por encima de los diversos pueblos del mundo para cometer sus tropelías a sociedades y gobiernos indefensos. Y le señaló que en esta hora de la globalización ninguna sociedad podría seguir siendo una isla ni siquiera Cuba por lo que aquí el poder se abría a una nueva mentalidad sin cambiar ni ceder en su vida social y humana.

A LA ORILLA DEL MAR

–¡Qué bonito es este mar! –pronunció Andrea Lara.

–¡Muy bonito! –reafirmó Raquel Jiménez.

–¡Es increíble este cielo! Sin smog, puro, transparente, hasta siento que me estallan los pulmones de tanto aire limpio –insistió Andrea.

–Es verdad, si no estuviera aquí, no lo creería; aunque me lo contaran, ¿y tú que no querías venir conmigo a Cuba? –replicó Raquel.

–No te preocupes, ya cambie de idea. ¿Lo qué no sé, es cómo le vas a hacer...? –lanzó Andrea.

–¿Para qué...? –Preguntó Raquel.

–...Porque de aquí ya no me voy; tú regresas sola a México.

–No me digas.

Las dos mexicanas se hospedaban en un segundo piso de un hotel en la Villa Panamericana, encantadas con esta maravilla de paisaje marino, desde el pretil de su habitación Andrea y Raquel veían absortas un vasto océano de un azul intenso frente a sus ojos. Tras ese breve cambio de impresiones, ambas se miraron al rostro y se rieron sonoramente de sus propios disparates al tiempo que fueron a la recámara a desempacar las maletas y acomodar sus pertenencias en el clóset de la habitación de ocupación doble; luego de acomodar su equipaje, pasaron a revisar la cocina, el baño, la salita y la zotehuela, así como se asomaron por la ventana de su cuarto para echarle un ojo al conjunto habitacional del sitio turístico. Y Contemplado el alrededor del lugar, decidieron descansar un rato en la salita de sillones de madera sencilla y tapiz amarillo con flores verdes, azules y naranjas, para desacalorarse un poco. Ahí continuaron la charla acerca de los primeros acontecimientos vívidos en la isla.

–¡No puedo creer lo que nos dijo un muchachito en la parada del autobús... –comentó Raquel.

–De la guagua –interrumpió Andrea.

–...que cuidáramos nuestra bolsa porque no la podrían robar!

–No, dijo que cuidáramos nuestra bolsa porque se podría perder o alguien llevársela.

–No, dijo que eso nos podría pasar, más si éramos extranjeras.

–Y cómo se daría cuenta de que no somos de aquí.

–¿Eso cualquiera lo sabría? Porque de que no somos, no somos y de que venimos de fuera, venimos, ¿o no?

–Pues sí, pero...

–¿Pero qué o querías que primero te robaran la bolsa y después te dieras cuenta?

–No, no, pero...

–Mejor prende el televisor. ¿Será como la de México o será distinta?

En la pantalla del televisor a color aparecía Fidel, aunque las dos mexicanas

sintonizaron otro canal y hallaron una de las telenovelas de factura cubana. El melodrama de los personajes atrajo su atención en cuestión de minutos: por el guión, la imagen, el tema y otros rasgos mediáticos la historia les parecía original; por los actores y las actrices, el ambiente de la isla, las vivencias humanas de los protagonistas, la actualidad de los sucesos y las emociones que mantenían en vilo al teleauditorio mayoritariamente adulto, el fondo era el mismo que en México, una televisión como un medio de entretenimiento casero. Claro a partir de una media hora de telenovela no se podría tener una valoración más fiel al papel de la televisión en Cuba. Empero de que los novelones televisivos eran parecidos, lo eran sin lugar a dudas. Y el comercial de la televisión no tenía paralelo: “Visite La Habana una ciudad única”.

–Y nosotras ya estamos en La Habana –se dijeron al mismo tiempo.

–¡Plop!

Apagaron el televisor y se pusieron de acuerdo para salir a comer, silenciosamente tomaron su bolso y salieron a andar por la calle para conocer la ciudad antes de que oscureciera; aunque eran nuevas en el hotel de la Villa Panamericana transitaban ahí como si ya fueran viejas conocidas de sus habitantes y de los turistas.

–Nos pide un taxi, por favor –solicitó Raquel al recepcionista.

–¡Claro chica, lo que tú me digas! Si desean esperar en la puerta, ahorita llega.

El auto de alquiler ya las esperaba a la salida del conjunto habitacional, al verlo las dos le hicieron una señal de abordarlo, el taxista con un ademán de mano les indicó que subieran.

–¿A dónde las llevo?

–A La Habana vieja, por favor –expresó Andrea.

–A un sitio en especial.

–A El Malecón.

Para ambas el paisaje urbano y costero constituían una verdadera novedad, situados ahora a orilla de El Malecón y frente al faro de El Morro, donde las había dejado el taxista y en el que días adelante Raquel conocería a un hombre importante en su vida. La Habana dorada por el sol de la tarde, era la viva imagen de una ciudad vieja anterior al siglo XX, pese a la construcción de modestos edificios modernos, prevalecían edificaciones y casonas antiguas. Estos edificios y casas tenían paredes blancas, amarillas y grisáceas y sus habitantes hasta cierto punto parecían llevar un tipo de vida más pueblerina que ciudadana, no sólo por su vestimenta sencilla sino también por sus costumbres cotidianas, familiares y de barrio; aunque sus ciudadanos tenían la ventaja de vivir en una de las urbes importantes del mundo y en una isla que rodeada de agua por todos lados hacia de la vida un milagro de la naturaleza y una proeza sin par del pueblo cubano.

Así en la Habana vieja, Raquel Jiménez y Andrea Lara empezaron a sentirse visitantes extrañas en las calles de la ciudad por el cuchicheo de los cubanos y las cubanas que a su paso veían sentados frente a la puerta de sus vecindades, charlando entre sí y disfrutando la tarde y la cotidianidad de la calle, y ante aquellos con quienes se cruzaban en su recorrido y esa extrañeza también se debía a la sensación de no saber

si detenerse o proseguir su camino a donde las condujeran sus desconcertados pasos. Y ni una ni otra sabían de antemano una ruta previa a andar y un sitio al cual llegar, por lo que optaron por entrar a comer en el primer restaurante que hallaron cuando vieron a un grupito de turistas extranjeros salir del lugar.

Mientras Raquel y Andrea comían uno de los jóvenes cubanos presentes en el restaurante se acercó a ellas para ofrecerles ayuda:

–¿De dónde vienen ustedes?

–De México.

–¿Mexicanas? ¡Miren qué gusto! Aquí en Cuba admiramos a México.

–Sí ya vimos nuestra bandera en una de las paredes del restaurante.

–Incluso en Cuba hay una casa dedicada al ex presidente mexicano don Benito Pablo Juárez García, ¿cuándo quieran visitarla, yo podría llevarlas?

–Por ahora no, muchas gracias.

–Si no tienen guía, yo las llevo a dónde ustedes me digan.

–Tú qué opinas.

–Estaría bien, solas no sabemos a dónde ir.

–Se sienta a comer con nosotras.

–Provecho, sólo las espero en aquel lado para llevarlas a conocer Cuba: sus museos, plazas y edificios, barrios y centros nocturnos, a dónde quieran ir.

Concluida la comida de nuestras amigas, Raquel y Andrea y el afable guía de turistas, Ricardo López Roa, se dirigieron al Museo de la Revolución: “en este sitio, decía, el joven cubano de dieciséis años, se hallan una serie de objetos, documentos y fotografías relativas a la historia de Cuba; vean el barco que está en la entrada del museo, es *El Granma*. En éste Fidel y tantos otros cubanos navegaron desde México a la isla para emprender la revolución que derrocaría el gobierno de Fulgencio Batista García; es un tesoro que todavía conservamos los cubanos para contar la historia. Más adentro, en las distintas salas, esta el recuento general de todos los acontecimientos ocurridos antes de la caída del dictador Batista.

–¡Mira!, te dije que era un caimán el que se veía desde el aire cuando el avión se acercaba a la isla.

–¡No es cierto, no hay ningún cocodrilo en el mapa!

–¿Y esta es la bandera cubana– preguntó Raquel al joven cubano.

–Efectivamente es nuestra bandera con una estrella blanca sobre un pequeño triángulo rojo formado de izquierda a derecha del pendón y que abarca una cuarta parte de las franjas azules y blancas extendidas de arriba abajo de la tela. ¿Es bonita? –le preguntó a Raquel.

–La bandera de uno siempre es bonita –contestó ella.

–Aquí están los testimonios gráficos de la incursión de los barbudos en la Sierra Maestra –prosiguió el guía–, son un muestra del apoyo popular que recibieron los revolucionarios. Sin el pueblo y el sacrificio de miles de cubanos y cubanas no se habría logrado la victoria de Fidel el año nuevo de 1959; aquí están las fotos del Che Guevara,

Camilo Cien Fuegos y otros luchadores, entre ellos Haydée Santamaría y Melba Hernández, mujeres que participaron en el combate a muerte contra la dictadura de Fulgencio. Miren las armas viejas, la ropa militar que aún se conserva, un cañoncito inservible, unas de las tantas balas que no se dispararon y los documentos importantes de la época: las proclamas de Fidel, sus ideales sociales de lucha y un texto de nuestra carta magna. Desde entonces no todos han estado con Fidel, pero los que están, están con él por lo que Cuba ha logrado para los cubanos: la libre determinación del pueblo y la independencia frente a los EU. Antes los gringos ejercían todo su poder sobre esta nación y hacían de los cubanos lo que querían. En esa época las riquezas y el bienestar era para unos cuantos capitalistas nacionales y sobre todo inversionistas gringos, en contraste la mayoría cubana soportaba la miseria y faltaba un gobierno que viera por los más necesitados. A partir de la revolución de enero las grandes conquistas sociales mejoraron los derechos, el bienestar y la vida de nuestros padres y después de las nuevas generaciones mediante un trabajo y un salario fijos, una alimentación, salud y educación aseguradas, aparte de la recreación artística o deportiva que podemos recibir, lo que hace un mejor porvenir para la familia y los hijos. Aquí en este país, en primer lugar se vio por el pueblo, pues el gobierno sirve a los cubanos. En el mundo se discute si somos democráticos; pero esto es un asunto político exclusivo de los cubanos, ¿para qué se quiere democracia en muchas naciones del planeta, si no tienen para vivir lo que tenemos los cubanos? Y en Cuba la democracia es poder elegir el gobierno que queremos, ese fue un principio de la revolución y bajo ese principio los cubanos seguiremos haciendo gobierno. Le guste o no al Tío Sam, porque lo que busca Washington no es la democracia, sino un gobierno títere que le devuelva a los gringos sus viejos privilegios y todo lo que ahora es de los cubanos desde el triunfo de Fidel. El gobierno actual nacionalizó el campo, la industria, los bancos, el ferrocarril, el petróleo, los medios y el mercado, desde entonces la sociedad en su conjunto prosperó de vivir agobiados en sus carencias más elementales hasta ver satisfechas sus necesidades más apremiantes. Bajo el capitalismo una minoría tiene segura su sobrevivencia y con el gobierno de Fidel la cosa cambió, con la revolución no hay cubano que no cuente con lo que requiere para vivir; excepto los ricos, los burgueses, los industriales, los terratenientes, los banqueros, los políticos, el clero, la milicia y otros grupitos allegados a la gente privilegiada de Cuba; así se elevaron a partir del '59 los niveles de vida del pueblo en muchos aspectos: la salud fue y es uno de los derechos que son de todos los isleños; la educación superior ha sido y es también una posibilidad para todos aquellos que desean acceder a ese ámbito de la cultura; la alimentación era una realidad en la mesa de nuestras familias –aunque el periodo de crisis por el que hoy cruza la sociedad cubana ha ido racionando los alimentos, debido a la escasez provocada por el bloqueo y la falta de ayuda que la exURSS proporcionaba antes de la caída del socialismo soviético. El empleo está garantizado, aquí cada quien tiene asegurado un trabajo y un salario decoroso que nos permite satisfacer las necesidades diarias; es obvio que no hay lujos ni grandes comodidades, pero disponemos de lo elemental para vivir, y además contamos con una casa amueblada de manera sencilla para nuestra familia, ¿cómo ven?

- ¡Qué historia, Ricardo! –dijo Raquel.
- No sé qué decir –aseveró Andrea.
- Creía que ustedes vivían igual que nosotros –expresó Raquel.
- Yo tampoco sabía que aquí se vivía de otra manera –añadió Andrea.
- Me alegra que sepan un poquito de nuestro país.
- ¿Ya han ido a bailar?
- ¿A bailar? –interrogaron ambas a la vez.
- ¿No? Pues ustedes me dicen si quieren ir y vamos al rato porque esta noche nosotros tocamos en El Tropicana.
- ¿Quiénes nosotros? –inquirió Raquel.
- Mis amigos y yo, los de la trovita del restaurante.
- ¿Qué es El Tropicana? –quiso saber Andrea.
- Es un centro nocturno, el más espectacular y conocido de la isla.
- Claro que si lo desean puedo conseguirles boletos para que vayan a El Tropicana cualquier otro día.
- Si llegamos a ir, nosotras compramos las entradas allá.
- Ustedes mandan, si vuelven al restaurante aquí las veo, mis amigos y yo tocamos y cantamos por las tardes casi diario.
- Pues muchas gracias por acompañarnos y explicarnos algo de Cuba.
- De nada y si gustan unas calles adelante –y señaló con la mano– está Copelia donde hay unos helados riquísimos, ya no las llevo porque ya nos toca continuar el show.
- Muy bien, a ver si regresamos.
- Hasta luego, aquí tienen mi dirección y teléfono por si necesitan algo.
- Nos vemos.

En Copelia Raquel y Andrea se detuvieron a saborear un helado, una uno de guananaba y otra uno de ron. Luego pasearon por las calles de La Habana vieja mirando curiosas edificios coloniales, casas viejas y calles que les recordaban por momentos al Distrito Federal. A su paso vieron gentes con su propia historia que contar como la del cantante y profesor del restaurante y admiraron modelos de viejos autos. Éstos andaban gracias al arte mecánico de sus dueños que les hacían las composturas mecánicas, alentados por la necesidad de que sus antigüedades motoras no pararan en una lucha simbólica de seguir adelante y de que a este país no lo para nada; porque si se detuviera la isla, pararía todo o casi todo, incluida la esperanza de resistir al bloqueo que intentaba e intenta someterla a los designios del imperialismo de la Casa Blanca: nuevo poder tiránico mundial que ya no quiere ser llamado imperio, porque la palabra parece –según teóricos y especialistas– está pasada de moda, ¡cosas del lenguaje! Y a nuestras viajeras también les llamó la atención el ir y venir de veloces bicicletas y andariegos ciclistas que cruzaban por las calles citadinas, pues por ahora ellas no tenían otra cosa más que mirar lo que sus ojos pudieran ver hasta llegar al sitio de taxis para volver a su hospedaje en la Villa Olímpica.

UNA LUNA EN LA NOCHE

La silueta negra de una pareja se veía bajo un círculo de luz proyectada desde el faro. El farero iluminaba el cielo, el mar y El Malecón al pie de La Habana vieja aguardando en esta noche el espectáculo único de la luna en la ciudad y sus alrededores. En el horizonte, el cielo azul se perdía paulatinamente en la tarde y el crepúsculo del sol anunciaba la llegada de una oscura noche. El mar se agitaba ruidosamente, sus olas y espuma se elevaban a cierta altura chocando en las rocas de la costa, deshaciéndose en segundos para ser arrastradas océano adentro por cada ola, ola, ola que volvía a altamar. El viento fresco soplaba en el rostro de los paseantes citadinos y forasteros que se daban cita aquí a la orilla de El Malecón: niños, parejas, jóvenes y ancianos llegaban andando, en bicicleta, automóvil o guagua para disfrutar de una blanca luna pronta a emerger de lo más hondo del océano para alcanzar lo más alto del cielo y observar con asombro de enamorados el esplendor y la belleza del eclipse lunar largamente anunciado días atrás.

La pareja de la silueta estaba recargada en el muro de El Malecón iluminada por su propio eclipse en medio de la tenue oscuridad. Raquel Jiménez Terrazos y Osvaldo Santamar Ibañez estaban ahí atraídos por su extranjería y el rumor popular de ver el sol robarse a la luna en una noche de amor. Él y ella se miraban dándole tiempo a su encuentro, a sus palabras, a sus sentimientos y a la aventura de descubrir una en el otro más que una simple compañía en esta isla y un encuentro fugaz en un viaje recreativo de varios días. Veían la senda de luz del faro, contando a su vez las estrellas que surgían de la lejanía del cielo y buscando en el mar helante el destino y la ruta de regreso a la tierra de donde ellos venían, y pasando en La Habana un momento cálido y muy agradable a la espera de un fenómeno sideral ocasionalmente visto, tal y como lo hacían otras tantas parejas cubanas y de visitantes del mundo.

Antes de que se diera el encuentro entre ambos, Raquel Jiménez había cruzado la avenida de El Malecón acompañada de su amiga Andrea Lara y a un paso de que pisaran la acera, la brisa jaló la mascada blanca que Raquel llevaba puesta en el cuello y la voló al arroyo vehicular. Frente al percance de las juveniles mexicanas un automóvil se detuvo para que ella pudiera recoger su prenda y por la ventanilla abierta Osvaldo con la mirada y un ademán de mano le indicó cortésmente lo hiciera. Era la gentiliza de un español con una joven en apuros. Raquel recogió la prenda, agradeciendo con la mirada al apuesto caballero que le había ofrecido su ayuda y ambas amigas continuaron su andar para aproximarse al cantil de El Malecón. En tanto Osvaldo Santamar y Nicandro Robledo descendieron del vehículo con la intención de entablar una platica con nuestras visitantes. Andrea hacía lo posible por colocar la mascada blanca en el cuello de su amiga, cuando los dos españoles se acercaron a ellas, Raquel al verlos expresó:

- Le agradezco mucho su ayuda.
- No tiene por qué; eso me permitió conocerte.
- Tienes razón.

–¿De paseo en Cuba?
 –Así es, ¿ustedes también?
 –Nosotros igual, mi nombre es Osvaldo Santamar Ibañez y este es mi primo...
 –Nicandro Robledo Santamar para servirles.
 –Andrea Lara Sosa, mucho gusto.
 –Raquel Jiménez Terrazas, encantada de conocerlos, ¿de dónde vienen?
 –De España.
 –¿Españoles? –preguntó con sorpresa Raquel.
 –Españoles –sentenció Osvaldo sonriendo y con una alegría al decir su nacionalidad. ¿Y ustedes?
 –Nosotras venimos de...
 –No les digas; déjalos que adivinen –interrumpió Raquel.
 –¿Tú crees que adivinen? –jugueteeó Andrea.
 –De eso se trata –afirmó Raquel.
 –A ver, europeas no son –dijo Osvaldo.
 –Australianas tampoco –bromeó Nicandro.
 –¿Crees que sean africanas? –cuestionó Osvaldo.
 –No –aludió Nicandro.
 –¿Te parecen asiáticas? –indagó Osvaldo a su primo.
 –Tampoco –contestó éste.
 –¿Americanas? –Dijo Osvaldo.
 –Sí –dijo Raquel
 –¿Ves? Sí pudimos –conversó Osvaldo con su primo felicitándose mutuamente por lograrlo.
 –Aún no –expresó Andrea–; todavía falta que digan de qué país venimos.
 –No, ya no adivinaremos si no nos dicen de dónde vienen; a nosotros nos basta saber que son americanas, a las europeas ya las conocemos y las demás no nos interesan por ahora. ¿O no, tío? –interrogó Osvaldo a Nicandro mirándolo frente a frente.
 Raquel y Andrea se miraron sorprendidas.
 –Te dije que no adivinarían –dijo Raquel.
 –Bueno, ya diles –refirió Andrea.
 –Somos mexicanas.
 –Me gustaría conocer México –dijo Osvaldo.
 Nicandro aprovechando el ambiente de bullicio, buscó en el auto unas bebidas y les preguntó a los tres:
 –¿Quieren un refresco?
 –Uno frío, por favor –aceptó Raquel.
 –El mío también –añadió su amiga.
 Nicandro sacó del carro las gaseosas y las puso en manos de los tres y todos pasaron lentamente por El Malecón. Luego en medio de la gente los cuatro se mantuvieron de pie mirando el horizonte marino.
 –Allá está España –volteó Osvaldo orientando su mano al norte del océano.

–Acá queda México –mencionó Raquel indicando con su mano a la izquierda del faro.

–¿Cuándo llegaron? –interrogó Osvaldo.

–Hace tres días –respondió Raquel.

–¿Qué te ha gustado de Cuba? –preguntó ella.

–Su deseo de una nueva vida para todos –contestó él.

–¿Y qué tal, están de vacaciones o viven aquí? –inquirió ella.

–Vinimos a pasar unos días a la isla –le confió él.

–¿Y ustedes..?

–Nosotras regresamos en unos días a México.

–¿Qué han hecho hasta ahora?

–Conocer la ciudad: ver museos, ir a la playa, comer en restaurantes, platicar con la gente, escuchar su música; en fin, aquí no para la vida.

–¿Y ustedes, a dónde han ido?

–Fuimos hoy a comer a La Bodeguita de enmedio. Es un restaurante tradicional en el barrio, a éste acuden los pobladores y los turistas extranjeros. Se come bien; eso si tienes que esperar una mesa para que te sientes y pidas lo que deseas comer. Ahí pedimos moros con cristianos, pescado, carne de cerdo, un mojito helado y un aromático café. La bebida de la casa es el mojito, un ron dulce, suave y pegador que al principio no sabe a vino, sino a una bebida dulce y refrescante; pero luego de un rato si no acostumbras beber con dos o tres mojitos tienes para sentirte mareado porque es muy fuerte y te emborrachas de inmediato. ¿A ti te gusta el vino?

–Únicamente para celebrar –afirmó ella–, ¿y a ti?

–Me gusta el vino, en especial el de mi tierra. Soy vinicultor, a eso me dedicó en España. ¿Tú a qué te dedicas?

–Estudio comunicación en la universidad –dijo ella y preguntó–, ¿de dónde eres?

–De Santamar.

–Como tu apellido.

–¿Y tú de que parte de México vienes?

–Del DF.

–Alguna vez te voy a invitar a Santamar.

–¡Gracias!

–¿Te gustaría ir?

–No sé, el nombre de tu pueblo se oye bonito; suena a mar, a barcos y a uva. No conozco España, quizá pueda ir a tu tierra.

–¿Cómo es México?

–Es una gran ciudad situada en el centro del país.

–¿Y cómo es Santamar?

–Es un pueblo casi a la orilla del mar, cerca del puerto y de decenas de barcos y cientos de agricultores, industrias y zonas turísticas. De ahí vengo, vine en barco a Cuba, flotando sobre el océano Atlántico, como si el viento fuera una vela que jala poco a poco la nave y a veces como si el agua lo moviera a una velocidad increíble con el

viento golpeando tu cara y desquitándose de algo que le hiciste. ¿Y ustedes viajaron en barco?

–No, nuestro viaje fue en avión y ocurrió entonces que la nave flotaba en el aire y era el Caribe que nos jalaba hasta aquí, como si una nube nos hiciera volar hasta depositarnos suavemente en la tierra cubana.

Osvaldo y Raquel se miraban atraídos y cuando no había palabras de por medio, su silencio era una pausa para observar el mar, el cielo y la luna blanca brillar en el cielo, temeraria, inocente y cautiva del sol y de la gente que llenaba la avenida del Malecón; en ese horizonte adornado de una tarde noche, clara y jaspeada de estrellas, la muchedumbre de paseantes y el griterío de almas de todas las edades se afanaban por admirar el momento exacto en que la luna se rendiría a los dominios absolutos del sol. Así corría el tiempo en horas, minutos y segundos desde el inicio del encuentro de nuestros personajes, en el que lo sucedido en el primer roce entre la luna mexicana y el sol español fue ocultado por la noche repentina creada por el movimiento estelar del sol y la luna, a tal grado que la nueva pareja nos ocultó también el eclipse total de esos dos astros. La tarde se oscureció aún más y únicamente la luz del faro nos permitió ver a la silueta de una pareja enamorada, a ella muy cerca del otro. Raquel Jiménez no soñaba ahora, vivía un sueño: sabía que en una próxima ocasión Osvaldo Santamar iría a su lado andando por la playa de la isla, dejando una huella en su corazón como lo había soñado en México. Mientras la luna de la noche resultaba para ellos un eclipse de amor: un “y si ella me quisiera”, y otro “y si yo lo quisiera a él”. Él estaba con ella intentando conquistarla; ella seguía con él dejándose conquistar. Él le preguntaba qué más le gustaba de Cuba, ella no podía decirle que encontrarlo a él. Pero ella estaba contenta, feliz de que un joven español tan apuesto como Osvaldo estuviera ahora a su lado. Él la veía hermosa, guapa, risueña, inteligente, platicadora. Ella lo contemplaba alto, fornido, atractivo, sensible y amable. Se conocieron nomás de verse en El Malecón viendo el momento estelar de un eclipse que los ligó a mirarse, hablarse y prestarse los binoculares, que él llevaba para apreciar mejor la luna, las estrellas y sus constelaciones; ocasión que les permitió hacer una cita para ir a la playa de Varadero y jugar a mojarse los pies al andar en el mar, a decir ella donde está España y referir él donde está México, a preguntarse los dos a los ojos si su corazón quería algo más que un cortejo para veranear, o a enamorarse sin más, con locura y pasión. ¡Plop! Dejó de soñar ella. ¡Plop!, dejó de creer él. Cuando el sol se ocultó tras la luna blanca, él la tomó de la mano y le dio un beso en los labios, ella le correspondió; cuando la luz de la tarde noche regresó entonces la miró a los ojos: ella le preguntó qué, él no respondió, y entonces se dieron otro beso que duró más que un eclipse lunar. La luna en El Malecón les oyó hablar de amor, el mar les aconsejaría saber un poco más de los dos y en silencio el cielo los arrulló de vuelta a la Villa Panamericana, entre la multitud de parejas invitadas por la maravilla del cielo que mostró a los ojos de muchos la tarde más oscura y la noche más iluminada. Raquel con una pequeña cámara le tomó una fotografía a la luna, Osvaldo le tomó una foto a Raquel y luego a Nicandro y Andrea frente al faro que iluminó a los cuatro. Osvaldo pasó la noche en vela y Raquel no pudo dormir. Los dos

pasaron despiertos un buen rato esa madrugada, pensando en el día siguiente para verse cerca de las once del día y besarse a la orilla del mar en la playa de Varadero. Ella imaginándose bajo el esplendor del sol, en un claro día azul frente a un océano sin noche ni luna, a la fresca sombra de un tejado de palma sin una sola nube alrededor y en la mesa de un rústico restaurante y platicando con él como una nueva pareja de enamorados. Él mirando su mirada, ella oyendo sus palabras y Osvaldo, quizás, repitiéndole los versos de un poema que había escuchado cantar en el restaurante del hotel Meliá Cohiba, la noche de ayer que la conoció:

NOCHE Y LUNA

*Cómo hablarle a la luna
sin la noche
Cómo mirar a la noche
sin la luna
Cómo hablar y mirarte
noche a noche
y te diga
luna a luna
lo que callo si te veo
lo que no digo si te encuentro
lo que no dice la luna
si a la luna se lo digo
lo que no habla la noche
si a la noche lo confío
Cómo mirarte y hablar
lo que la luna y la noche
saben de ti y de mí
y viceversa
lo que tu alma
y la mía no se dicen
lo que mi corazón
y el tuyo callan
Cómo decirte amor
lo que la luna y la noche
callan de ti y de mí
pero no tu alma
ni mi corazón*

TU AMOR, UN SUEÑO

El cálido clima de un agradable sol mañanero y una suave brisa fresca ambientaban el descanso y el encuentro de nuestros dos personajes en la fina playa de Varadero cuya vista abarcaba a diestra y siniestra un amplio litoral, al frente de los vacacionistas cubanos, europeos y mexicanos llegaban las marejadas de las heladas aguas del océano Atlántico y sobre la isla se disfrutaba de un cielo azul intenso e iluminado por una luz solar diáfana y reconfortante. A la espalda de un grupo de bañistas había uno de los prestigiados restaurantes bar del lugar, de fachada rústica, grande, pintada de blanco y por fuera adornada con un césped cortito y embellecido por sendas palmeras de considerable altura. En ese escenario transcurría el paseo de nuestros protagonistas y la encantadora entrevista de Raquel y Osvaldo bajo la amable sombra de una palapa hecha de troncos de madera café y viejas hojas de palma amarilla.

Habían llegado temprano para gozar más la mañana, antes de que la playa se colmara de visitantes y el fuerte calor del sol no permitiera pasar un placentero día. Raquel y Andrea vinieron por su cuenta en el transporte directo que salía de la Villa Panamericana y al llegar a Varadero se quedaron arrobadas por la belleza y el rumor del mar azul que se extendía frente a sus ojos, enseguida las dos se quitaron su par de sandalias y corrieron a la orilla del mar a refrescarse los pies y empaparse una a la otra y luego acudieron a los vestidores a ponerse su traje de baño. Raquel se puso un bikini azul claro con pequeñas flores blancas que hacía lucir más bella su piel blanca y llevaba una toalla grande también de color azul estampada con el dibujo de una gran tortuga negra nadando bajo el agua, que colocaría en la blanca arena entibiada por los rayos del sol, y Andrea portaba un bikini verde esmeralda con vivos horizontales de color amarillo en sus dos piezas, que le resaltaba su atractiva figura femenina de piel blanca; a sus espaldas las huellas de las sandalias de las pisadas de ambas se fueron marcando en la arena hasta el sitio en el que cómodamente se instalaron en la playa para tomar un baño de sol y una a otra se aplicaron un bronceador humectante para la protección de su piel, después se recostaron cada una en su respectiva toalla y se dispusieron a descansar. Mientras las mexicanas platicaban animadamente, llegaron Osvaldo y Nicandro a su lado.

–¡Buenos días! –dijeron los dos cuando estuvieron frente a ellas.

–¡Qué tal! –expresaron ambas al verlos y Raquel se sentó sobre su toalla.

–Te sientas – le dijo a Osvaldo indicándole con su mano derecha un lugar y él se acercó junto a ella.

–¿Cómo estás? –le dijo y la saludo con un beso y ella le correspondió.

–Me ayudas a levantarme –le pidió, sonriéndole Andrea, a Nicandro.

–Ah, sí; como no –le respondió aquel titubeante.

–¿Nadamos? –Mientras se sacudía la arena del cuerpo con las dos manos, Andrea invitó a Nicandro a ir al mar.

–¡Vamos! –aseveró Nicandro e iniciaron la marcha.

En tanto Raquel y Osvaldo, sonrientes y tomados de la mano, sentados frente al mar observaban una a una las olas trémulas y sonoras que llegaban a la orilla de la playa. El amor recién surgido entre ellos los colmaba de una dicha inigualable. “¿Qué haces?”, interrogó Osvaldo. Raquel dibujaba una letra O mayúscula de gran tamaño en la removible arena y la borraba pasando la palma de su mano derecha sobre el signo escrito con el dedo índice y repetía el trazo de la inicial del nombre de él. “Escribo tu nombre”, le contestaba ella y los dos sonreían, reían y se miraban cómplices y sorprendidos de la novedad mutua de empezar a conocerse, tutearse y descubrirse correspondidos en sus sentimientos. “Ven, vamos a la arena húmeda”, propuso Osvaldo y ambos se levantaron y caminaron a la orilla del mar, ahí se sentaron nuevamente. “Te voy a hacer un mapa de Santamar y de la hacienda de mis padres”, le dijo a Raquel y con un rápido y hábil juego de manos Osvaldo reunió un montón de arena mojada y la distribuyó geográficamente en lo que sería la supuesta superficie de su tierra natal y diseñó además un pequeño croquis del lugar en el que el trabajaba, para comentarle algunos detalles de la historia de su familia dedicada por décadas a la empresa vinícola donde laboraba desde adolescente.

Soplaba un viento suave y los cálidos rayos solares bañaban la piel brillante de sus cuerpos que observaban uno al otro, pues él era alto, fuerte y robusto y ella tenía una figura bonita, encantadora y sensual hasta que una atrevida ola los empapó a los dos, borrando de paso el dibujo de Osvaldo. Los dos no hicieron más que levantarse de la orilla del mar y regresar a la parte de la arena seca en la que se encontraban extendidas las toallas de Raquel y Andrea. Ambos procedieron a secarse la piel, cada uno con su respectiva prenda de baño, y a componerse un poco el cabello porque la mojada había sido completa y no se trataba de seguir desaliñados. “¿Te parece si bebemos algo?”, le sugirió Osvaldo a ella. “Para reponernos del susto que nos dio la ola, ¿no?”, afirmó e inquirió Raquel. “No tanto, pero la ola si nos cayó encima sin que nadie nos avisara ‘agua va’ y no pudimos retirarnos antes de la revolcada”, discursó el español. Los dos caminaron de la mano hasta la fresca sombra de una palapa, se sentaron a una mesa y pidieron dos bebidas, ella un piña colada y él una agua mineral que les trajeron minutos después, en tanto uno al otro conversaban de su vida personal, de sus actividades, inquietudes y de su encuentro poco usual o acostumbrado. Mientras llevaban a cabo esta entrevista, veían entrar al océano y salir a la playa a niños, adolescentes, mujeres, hombres y adultos mayores, Osvaldo entonces vio volar en el cielo azul a una gaviota blanca que se posó sobre el techo de la cabina de un barco de mediano calado, el cual efectuaba un recorrido turístico por la orilla de la isla, confirmándose lo dicho por la adivina Selene días atrás, que entre las muchísimas jóvenes de la isla, Raquel sería la chica especial que tendría que ver con él, por lo que en ese momento Osvaldo se atrevió a decirle lo que no le propuso anoche, cuando la conoció: “¿Quieres ser mi novia?”. Fue una declaración que rompió entre ellos cualquier posible barrera sentimental, ya que los sentimientos de amor eran ciertos e identificaban a los dos por encima de las transitorias circunstancias en las que vacacionaban en Cuba. Así que en esa proposición seria, él puso el alma y la vida por lo que sentía por ella y Raquel lo sabía desde la tarde de ayer

que lo conoció en El Malecón e intuyó durante la noche del eclipse de luna que él le hablaba con el corazón, porque ella misma se sentía inclinada a amarlo, por lo que muy cerca de él le dijo: “Sí”, enseguida cerró sus ojos y aproximó su boca a los labios de él para darle un beso, como lo había hecho anoche cuando Osvaldo quiso darle un beso que ella aceptó. Pero ahora la cuestión estribaba en iniciar un compromiso que iba más allá de lo que hasta entonces sabían uno del otro, superando la vivencia de un noviazgo pasajero que no se quedara en la isla como uno de sus tantos recuerdos vacacionales, cuando se despidieran uno del otro al salir de Cuba y regresaran cada uno a sus respectivos países de origen. Ciertamente su incipiente compromiso tenía algunas limitantes por resolver. Así que Raquel rememoró algunas de las cuestiones que ya había hablado con él el día anterior, “Vengo de México, allá vivo, vine a pasar unos días en la isla y regresó mañana al DF”. “¿Mañana?”, preguntó Osvaldo. “Más bien, esta madrugada a las 2 am”, agregó ella. “¡No puede ser, acabamos de conocerlos!”, externó extrañado él. Raquel comprendía bien lo que decía Osvaldo, cierto pesar cubrió su rostro y después de unos instantes ambos sonrieron sin creer la presente dificultad o lo que les ocurriría a partir de la noche de hoy. “¿Y no te puedes quedar unos días más y después nos vamos juntos a México?”, intentó él resolver la situación “No es posible, mi visa turística vence hoy y en casa me esperan mañana, después de mi llegada a las 6 am en el aeropuerto”, respondió ella. “Ni modo y yo tampoco podría irme contigo en el vuelo de hoy”, manifestó él. “Tampoco”, dijo ella y volvió a sonreír. “Saber lo de tu partida no es muy agradable, pero trataremos de pasar juntos lo mejor posible este día, ¿Te parece?”, aludió él. “De acuerdo”, afirmó ella. Luego Osvaldo guardó silencio por unos segundos. “¿En qué piensas?”, interrogó Raquel. “En lo que me contó una adivina que conocí en el viaje y de lo que me he dado cuenta apenas”, confirió él. “¿Qué cosa?”, inquirió ella. “Me dijo que en la isla iba a conocer a la mujer de mi vida”, aseveró él. “¿Y ya la encontraste?”, preguntó ella. “Ya, creo que ya”, expresó él tomándola de la mano y viéndola a sus ojos enternecidamente. “¿Y cómo lo sabes?”, cuestionó ella. “Lo sé por mí mismo, me lo dice lo que siento por ti; aunque la adivina me comentó que iba a saberlo cuando viera una gaviota blanca volar y esa ave está allá en la proa de aquel barco”, abundó él. “¿Cuál?”, indagó ella. “Aquella gaviota, ¿no la ves?”, aludió él. “No la distingo”, dijo ella. “Aunque no la veas, ahí está”, continuó él. “Y ahí estará”, se dijo Raquel a sí misma, que no necesitaba adivinas ni gaviotas para saber anticipadamente lo que en ciertas ocasiones le deparaba el destino y ahora ella guardó silencio sin platicarle a Osvaldo que de alguna manera ella había ido a Cuba, buscándolo a él tal y como en uno de sus sueños lo había visto un día de tantos, semanas atrás. Y lo que no supo Osvaldo fue que la gaviota blanca que en esta ocasión vio volar, era la misma gaviota del Capitán Santos Galicia que daba una vuelta por la ribera en su día de asueto antes de volver a España posteriormente.

Tras el acuerdo implícito de Raquel y Osvaldo de que al mal tiempo buena cara, dado que ella volaría en la noche a México, decidieron darse un baño en el mar azul, cuyo oleaje invitaba a sumergirse en sus tibias aguas, y ambos se metieron hasta un sitio cercano a la orilla de la playa en el que todavía andaban sobre la arena; el agua no

alcanzaba a taparlos de pies a cabeza, por lo que nadaron tranquilamente bajo la superficie marina y bucearon sin tanque de oxígeno, tomando suficiente aire en los pulmones para recorrer de la mano el fondo y admirando la arena blanca, el mar azul y el suave movimiento de sus cuerpos luchando contra la corriente de las olas; y luego, aún dentro del mar, de pie sobre la arena y rodeados de agua por encima de su cintura, abrazados se dieron un beso que recompensó el esfuerzo de tan buenos nadadores y que alegró más a los dos. Por un par de horas la mexicana y el español tomaron un buen baño de mar para revitalizar el cuerpo y recuperar el estado de ánimo que les permitiera retomar la vida con más energía en los días siguientes, claro que la presente ocasión no fue el periodo vacacional que los dos hubieran deseado, sino sólo la oportunidad de asolearse en la playa y nadar juntos en el mar. Minutos después sintieron hambre y sed y Osvaldo por su parte invitó a Raquel a comer en el restaurante rivereño para festejar el inicio de su relación. Saliendo del mar, ambos se secaron con la toalla el agua que empapaba su piel y buscaron con la mirada a Andrea y Nicandro que aún se hallaban mar adentro, al verlos Osvaldo le hizo una seña a su primo de que irían a comer y le indicó que los alcanzaran en el restaurante cercano, a lo que aquél asintió.

Para comer, no fueron lejos, la cercanía del restaurante respecto al paraje donde se hallaban veraneando les facilitó instalarse rápidamente en una de las mesas, tras acudir honorariamente cada uno a los sanitarios para asearse las manos, el cuerpo y limpiarse la arena de sus trajes de baño en su respectivo vestidor: ella en el de damas y él en el de caballeros. Enseguida Andrea y Nicandro entraron al restaurante para tomar una mesa cerca de ellos. “¿Cómo va todo?”, preguntó Nicandro. “¡Muy bien!, respondió Osvaldo. Y cada pareja retomó el hilo de su propia conversación particular. Durante la comida, en la que pidieron una copa de vino blanco, un cóctel de mariscos, una entrada de moros y cristianos, un filete de pescado blanco, una rica agua de piña y al final una tacita de café y un mojito cubano, Osvaldo aprovechó para platicarle a su novia su interés de ir a verla en México, en la primera oportunidad, y de invitarla a España para visitar la hacienda vinícola y conocer a sus padres, tan pronto le fuera posible a ella. Cuestiones que Raquel escuchó soñadoramente, pues ya no sabía si estaba despierta o dormida y si su novio era de carne y hueso o era un personaje de ensueño; porque de uno u otro modo la realidad rebasaba todo lo que ella había imaginado hasta ahora, y lo que no supuso antes fue que Osvaldo se interesaría por ella más de lo pensado, y de que el amor por él fuera más grande de lo que ella misma había supuesto. “Todo esto es más de lo que imaginé”, le dijo a Osvaldo y agregó “yo vine aquí por ti”, admirado Osvaldo escuchaba lo que ella le decía. “Antes de venir a la isla, ya sabía que te iba a encontrar, es más recuerdo clarito tu nombre en mi sueño; incluso cuando te vi en El Malecón de inmediato supe que eras tú, el joven que vine a buscar a La Habana; en mi sueño estabas conmigo en la playa y los dos enamorados uno del otro, tal y como lo platicamos hace rato; también te recuerdo más o menos como te soñé, no igual pero eres el mismo de uno de mis sueños de hace unas semanas; y por eso volé a Cuba porque yo ya sabía que aquí te conocería”, le confirió. “Pero esto es más de lo que pensé”, remató. “¿Qué nos depara el destino?”, se preguntó él mismo. “Tú sueñas y a mí me adivinan la suerte”,

completó él su corta reflexión. “Mas a mí me agrada todo lo que está pasando entre nosotros, ¿y a ti?”, dijo Osvaldo y sonrió complaciente. “A mí también me ha gustado conocerte y que me quieras”, expresó tiernamente Raquel. Y los dos callados se mantuvieron en silencio por unos instantes, pues no había nada que agregar que no manifestara su mutuo sentimiento de amor. En la mesa de junto, Andrea y Nicandro platicaban animadamente y a lo mucho se dirigieron a ellos para brindar por su encuentro: “¡Salud!”, les dijeron sus acompañantes y ellos alzaron su ‘copa’ para hacer el brindis de rigor. Luego en la sobremesa Raquel bebía un sorbo de café, Osvaldo tomaba un trago de ron y los cuatro escuchaban la música una rumbita tropical, cuya melodía orquestaba un grupo de ocho artistas vestidos de traje con saco y pantalón de color gris claro, camisa blanca, moño negro y sombrero blanco presentando una primera y segunda voz, una guitarra, un bajo, un bandoneón, dos bongoes, una tumba, unas maracas, un guiro y un dos, instrumentos con los que Osvaldo le dio fondo musical a una letra romántica que nuestros enamorados guardarían para sí, sobre todo al regreso: “Bajo la luna en La Habana / y en la mirada de tu alma / me vi en tus ojos castaños / y sentí el amor de tu corazón / a la orilla del mar y en la arena de la playa / la noche me movió a darte un beso / y a la luz del sol y un cielo azul / y al vuelo de una gaviota blanca / sobre un barco en el océano / me diste tu respuesta a mi declaración / no importa si mañana te irás lejos / a dónde vayas también iré / ahora que sé de ti / y de tu amor por mí / no importa si he de cruzar el Atlántico / e ir a una tierra lejana / a México o el mundo/ pues quiero que seas mía / y yo vivir para ti”. Raquel leyó el espontáneo poema de Osvaldo y, tras leerlo, le dio un beso a éste y guardó la letra de la canción en su bolsa café. Entonces tuvieron menos que decirse, lo habían dicho todo por ahora; porque horas más tarde se separarían, sin querer y sus pasos los llevarían lejos uno del otro. Así que el tiempo, la distancia y sus aspiraciones personales serían algunos de los primeros obstáculos a salvar para continuar el romance que habían iniciado apenas ayer.

La sobremesa no fue muy larga, media hora más tarde pagaron la cuenta y salieron del lugar, los cuatro se fueron juntos en el auto alquilado por los dos españoles. El itinerario de Varadero a La Habana fue más llevadero por la conversación y las confidencias de Andrea a sus tres acompañantes, no así para Raquel que ya sabía algunas de las cosas que su amiga contaba nuevamente, mismas que a Osvaldo y más a Nicandro les llamaron la atención sobre su joby, afición o vocación artística: Andrea les comentó acerca de su buena posición económica, su ausente necesidad de trabajar en algún oficio para mantenerse y, por ende, su inclinación a desempeñarse en sus propios intereses personales y profesionales, dentro de los que figuraban en primer lugar los de índole artística; así les habló de su actuación en el teatro, el doblaje y su hábil talento de imitación de artistas, personalidades y sujetos comunes como Raquel o cualquier otra persona en su fisonomía, modo de ser, hablar y caminar; claro que desde un inicio, antes de crear el doble de un sujeto, sabía con precisión si podría doblarlo o no, y esta posible sugerencia de representar a su amiga fue la que despertó la curiosidad de sus recientes conocidos. ¿Sería o no que Andrea fuera capaz de verse como Raquel? Los dos españoles no entraron en duda, sólo preguntaban y aceptaban que las dotes artísticas de

Andrea podrían ser los que ella expresaba y quedaban satisfechos. Al llegar a La Habana nuestros visitantes se pusieron de acuerdo en ir bailar a un centro nocturno, por lo que los dos españoles pasarían por ellas al sitio donde se hallaban hospedadas, así que ellas prácticamente se fueron a la Villa Panamericana. Cuando llegaron a su hotel aún era temprano, 5:00 pm; no obstante el tiempo se les fue rapidísimo, descansando un rato y durmiendo una hora de siesta, después se ducharon y arreglaron, antes de que sus amigos llegaran por ellas a su habitación, para disfrutar la noche de que aún disponían en su último día en Cuba.

A las 7:30 pm Osvaldo y Nicandro arribaron al hotel de la Villa Panamericana en donde se hospedaban las mexicanas, preguntaron por ellas en la recepción, dándole sus nombres y su número de habitación a uno de los recepcionistas, quien les informó que allí estaban; dicho lo cual los españoles se encaminaron a la habitación. Andrea les abrió la puerta y ellos pasaron, Raquel con un beso y un abrazo saludó Osvaldo, Nicanor saludó con un beso en las dos mejillas a Andrea y los cuatro se sentaron en la pequeña sala a detallar los pormenores del vuelo de las mexicanas a México en la madrugada; de modo que ellas les pidieron que a la medianoche las acompañaran al aeropuerto José Martí, los españoles estuvieron de acuerdo y Raquel y Andrea convinieron de que en unos minutos arreglarían su equipaje para salir al centro nocturno a bailar y disfrutar las pocas horas que les quedaban juntos. Ellos les dijeron que no había prisa y las esperaron sentados en la salita, prendiendo el televisor para ver y escuchar lo que se decía o no de la isla y comentando cosas sueltas. Concluida aquella pequeña labor, nuestras amigas se dijeron “listas”. “¿Adónde vamos a ir?”. “A El Tropicana”. ¿Cómo ven?”. “Allá pensábamos ir nosotras”. “¿Pues qué bueno que nosotros vamos con ustedes!”. “Me alegra”, dijo Osvaldo. “A mí también”, dijo Raquel. Entonces se dispusieron a partir. “Pondré las maletas en el auto”, dijo Nicandro. “Me parece bien”, dijo su primo. “Yo te ayudaré”, mencionó Andrea.

Mientras Andrea y Nicandro bajaban el equipaje al auto, Raquel y Osvaldo se asomaron al balcón de la habitación, desde donde vieron el mar azul, una noche clara y un firmamento de nostalgia que los atrapó sin querer y sin que ellos tomaran en cuenta que esos minutos corrían veloces, pues abajo los esperaban sus compañeros de viaje. A pesar de ello, a los dos les dio por platicar, Raquel dijo: “allá está México”, señalando a la izquierda del océano; Osvaldo dijo: “allá está España”, señalando a la derecha del Atlántico, y ya no fue necesario que ella preguntara: “¿irás a México?” y que él dijera: “¿vendrás a España?”. Parecía que los dos sabían o esperaban demasiado de ellos y no había el menor indicio de duda acerca de lo que harían uno por el otro; por ejemplo, la confianza de ella era tal que daba por supuesto un respeto mutuo entre ambos y ningún mal o buen pensamiento se les ocurrió ni a él ni a ella, como el de aprovechar el espacio y el tiempo que les restaba para cometer alguna acción que faltara a su persona, sus valores y expectativas; dicho de otra manera, en este momento ella lo veía como un caballero y él la trataba como una dama, ella quería su compañía y él deseaba acompañarla, ella se sabía respetada y él sabía que deseaba respetarla, y por ende podían estar juntos en la habitación, disfrutando únicamente de su presencia, de sus palabras y

de su afecto. No obstante, Raquel sugirió “¿nos vamos?” y Osvaldo afirmó “¡vámonos!”. Acto seguido él tomó el equipaje de ella y ambos bajaron a la recepción para encaminarse a la calle, donde los aguardaban Andrea y Nicandro; ahí Osvaldo reacomodó el equipaje en el auto, tras lo cual los cuatro subieron al mismo y salieron rumbo al Tropicana a celebrar la fiesta de su feliz encuentro y próxima salida de la isla, en este sábado a punto de concluir.

En el centro nocturno la noche dio comienzo temprano, a las nueve pm inició el show que daría lugar a una pléyade de artistas: cantantes, ballet, músicos, rumba y son. Mexicanas y españoles brindaban por ellos con un vaso de agua mineral, Raquel sentada junto a Osvaldo y Andrea al lado de Nicandro le dedicaban especial interés a la cena que Osvaldo les invitó a todos: una sopa de pescado, camarones a la mexicana, ensalada mixta, jugos naturales y de postre una riquísima nieve de rompope, y sólo al final pidieron para ellos dos un mojito helado para amenizar la velada en el Tropicana. A las once pm el show estaba en su ambiente cuando los cuatro decidieron trasladarse al aeropuerto José Martí, en cosas de minutos se hallaron en el auto viajando moderadamente hacia dicho sitio; los españoles iban sentados adelante y las mexicanas en los asientos posteriores del vehículo. A Raquel le pareció oportuno llamar a casa, “Bueno”. “Madre”. “Sí”. “En un rato salimos a México”. “Está bien”. “Nos vemos allá, a las seis de la mañana”, “De acuerdo, las esperaremos en el aeropuerto de la Ciudad de México”. Ya en la sala del aeropuerto de La Habana, Osvaldo y Nicandro aguardaron a que ellas abordaran el avión que las llevaría a su tierra, en tanto ambas checaron su documentación y pagaron algún impuesto por el viaje; después los cuatro sentados en las bancas se entretuvieron en una charla de espera, antes de que a ellas las llamaran para pasar a la aeronave cubana. Entretanto a Raquel, en una ocasión, le dijo una de las turistas, que también volaría en el mismo avión: “si busca a su esposo, allá está”, mientras Osvaldo había ido por y regresaba con un refresco para la sed de las dos mexicanas. Él no era su marido pero a ella le llamó la atención la relación que esa señora hacía de ellos dos, y aún más, en una segunda ocasión, cuando les pidieron que depositaran sus maletas, otra turista también le mencionó la misma idea “su esposo está allá en la fila del equipaje”; ella le comentó estas expresiones y coincidencias y los dos simple y llanamente sonrieron de que los creyeran ‘esposos’. Pero era la hora de partir y en unos minutos ellas tendrían que estar ya en el avión, por lo que la despedida fue inmediata, Raquel y Osvaldo se dieron un beso de ensueño, no de esposos; de modo que otra turista dijo: “así me besaba mi esposo cuando yo era su novia”. Andrea se despidió de mano de Nicandro, “hasta luego”, dijo ella, “suerte”, dijo él. “Te veré en México”, le dijo Osvaldo a Raquel. “Te hablaré a España”, le dijo ella. Y las dos caminaron por el pasillo que las dejaría en la puerta del avión. Ellos salieron del aeropuerto, tomaron el auto y regresaron a La Habana. En el asiento del avión, Raquel le comentó a su amiga, “voy a dormir un rato”, “yo también”, respondió ella. Raquel con los ojos cerrados agregó “sólo espero que al despertar esto no sea uno más de mis sueños”. “No lo es”, le dijo Andrea y también cerró los ojos para dormir.

UNA LEYENDA VIVA

Oswaldo miraba al horizonte un campo de nubes blancas, *El Columbus* trazaba a toda marcha su viaje a Santamar; el joven español iba con la promesa de ver a Raquel en México, la leyenda viva de su corazón, la joven mexicana que, sin saberlo ni creerlo, sentía el mismo amor por él. Él volvía a casa con una declaración suya, un sí de ella y una necesidad de esperar para verla de nuevo. El tiempo en la isla martiana había sido demasiado corto y había corrido aún más deprisa, debido a que la visa de Raquel ya no le daba ni un minuto más de permanencia en Cuba. El encuentro sentimental de los dos debía hacer una imprevisible espera; el amor que no espera tenía ahora en contra el tiempo, la distancia y este desencuentro no deseado por ella que regresaba a México y por él que volvía a España. Mientras tanto sus sentimientos y añoranzas se irían con ellos y los recuerdos serían otro de los souvenirs de viaje; máxime que el celular de ella no respondía a los repetidos llamados del otro y de que el avión se alejaba del barco tanto como el cielo se alejaba del mar, por más que ellos quisieran estar cerca uno del otro, no sólo con el pensamiento sino en cuerpo y alma. Pues las circunstancias de la vida también pesan en los destinos humanos y los inician y culminan como no imaginamos, así que ella y él esperarían llegar a casa para hablarse hasta el otro lado del océano.

La noche caía fresca sobre un Oswaldo en mangas de camisa, el viento fresco del océano Atlántico enfriaba su rostro y mecía sus cabellos, su mirada fija no se dirigía a España, y menos a Santamar, sino contemplando el alejado rostro de Raquel y también sus besos, su risa, su voz, sus manos, su encanto y la promesa de ser novios desde donde estuvieran. Aunque él tuviera que ir a América y ella visitar Europa; pues para quienes se aman no hay imposibles y para ellos la vida haría realidad su noviazgo si el amor mutuo se conservaba y crecía a pesar de la lejanía geográfica, familiar y cultural. Su amor no era la historia de un día, según Oswaldo. Un día la historia contaría su amor, de acuerdo a ella. Estos eran las remembranzas de Oswaldo Santamar en un buque que transportaba en cubierta a la misma trovita cubana que él había conocido en su primer día en Cuba, cuyos trovadores habían decidido salir de la isla a probar fortuna en España, Inglaterra, Alemania o donde fuera que para eso se sentían cantantes y lo eran; a la vez que amenizaban a los viajeros trasnochados con una última canción, la *Leyenda del Che*, y los acordes de las dulces notas musicales de una guitarra, un bajo, una armónica y un bongo embellecían la letra de la misma: “*La mirada altiva / el rostro noble / el corazón generoso / América te recuerda / defendiendo la libertad / desde tu natal Argentina / por los caminos de la historia / en tu paso por México / con la V de la victoria / bajando de la Sierra Maestra / a la ciudad Habana / para ver libre Cuba / y barajando en tu boina / un as del futuro / que la muerte no pare / la lucha de una nueva América. Ese día que el mundo / te diga “presente” / el Che no estará / sin la visión de un nuevo Che / que no es el Che / que es otro Che / porque la vida cambia / y también el Che / Pero el Che no estará / si no está la justicia / el Che no estará / si el pueblo no*

decide su destino / el Che no estará / si la poesía calla / el Che no estará / si el hombre nuevo / es aún el ideal de una utopía / sin el Che / Con el Che / viene a pesar de todo / una patria nueva / en un póster / en una playera / en una canción / en una efigie / en una bandera / en una leyenda / pero tarde o temprano / en el corazón de un pueblo / y en una patria nueva. ¿Quién es el Che? / Una leyenda viva". Y con el último verso de la canción callaron las voces, las guitarras y la nostalgia de un público juerguista entregado a recordar una de las grandes figuras de la historia cubana.

Al inicio de la partida del barco hacia España el capitán Santos Galicia hizo acto de presencia en el festejo de los viajeros noctámbulos. Vio a Osvaldo Santamar y brindó con él por los días pasados en la isla, por la partida a la tierra española y la nostalgia que calaba en el ambiente marino y ante el mal de amores de su amigo prefirió callar más que hablarle de lo que al amante le aguarda en la espera por ver a la amada que no está y se va lejos de uno. Porque para entender algo así, no hay mejor consejo que el de uno mismo y si no al tiempo Osvaldo también lo sabría sin que se lo dijera nadie. Por lo que lo dejó en su soledad, a sabiendas de que en esas no hay mejor compañía que la del mismo amoroso vinculado a aquello que desea recordar, memorar, añorar como si no estuviera solo, sino alimentado con sus sentimientos. Y el capitán se fue a parar al lado de la gaviota blanca a platicarle del clima, el tiempo, el viaje, de Selene y de sus añoranzas en el viaje a Santamar. Osvaldo y Nicandro siguieron brindado entre ellos y con otros pasajeros por los momentos vívidos en La Habana, aunque poco tenían que decirse, puesto que la travesía no daba mucho que contar todavía. La trovita por su parte tocó y cantó interminablemente toda la noche como si la música no se le agotara ni los temas se le repitieran, lo que auguraba de antemano su cantado éxito en las calles de las grandes ciudades que visitarían a lo largo y ancho del viejo continente.

La noche terminó y con ella la juerga de este par ibérico que tras el trago de la última copa se despidieron de los demas trasnochadores. Osvaldo fue a parar al camastro de su camarote; pero no durmió, pasó la noche desvelándose de amor, callando por amor, cantando falto de amor, soñando con un solo amor, despierto en la madrugada y al alba e insomne cuando apenas salía el sol. Estaba mareado por la cascada de imágenes de Raquel junto a él en los últimos días vívidos en Cuba y por las dulces copas de vino bebido para calentar el cuerpo y no entumecerse a la intemperie en la cubierta del barco. Iba al vaivén de *El Columbus* en las heladas aguas de los mares europeos, bajo la caricia fresca del lento viento pegándole en su rostro sereno, con un ánimo apacible y una mirada fija en el recuerdo de la mujer que podía alejarse para siempre de su vida, si él no iba pronto a su lado. Quería verla antes que ella se olvidara de él y más si él ya no la viera de nuevo; tampoco le gustaba la idea de saberla a ella tan lejos de su corazón, con lo que en el lento itinerario su alma iba en otra parte y fuera de la ruta atlántica hacia su natal España. Mientras recordaba a Raquel, Osvaldo no supo a qué horas se quedó dormido y tampoco a qué horas despertó; no había bebido mucho, pero la desvelada y la llovizna de la madrugada hicieron su efecto, causándole un profundo letargo, a diferencia de Nicandro que tomó vino como para no olvidar la

alegría de volver a casa y al calor del hogar anhelado. Cuando despertaron los dos españoles subieron al restaurante, sin arreglarse, para pedir el desayuno: pidieron un agua mineral y un ron en las rocas para aliviarse la resaca, luego jugo de naranja y una ensalada de fruta el primero y el segundo café americano y unos molletes y carne asada; y reposada la sobremesa, se retiraron al camarote para seguir descansando, ya que después el clima en el mar sufrió un notorio cambio, una leve llovizna empezó a caer intermitentemente durante el día y estuvo nublado hasta el anochecer. Por lo que los pasajeros prefirieron resguardarse en sus habitaciones, viendo televisión, escuchando música, leyendo un libro o revista, o entreteniéndose con algún juego de mesa. Así transcurrió ese día hasta que llegó la nueva noche. Entonces los más dispuestos acudieron a presenciar el espectáculo nocturno en el restaurante bar y ahí estaban presentes nuestros dos amigos disfrutando de una reparadora cena y memorando las experiencias más agradables de su viaje: los lugares visitados, las alegrías y satisfacciones de los dos, los encuentros con Selene, el capitán Santos y las mexicanas Raquel y Andrea, y platicando lo que harían en unos días al llegar a su tierra; en tanto un desfile de números artísticos tenía paso en el escenario del salón, desde un mago con su arte de prestidigitación, una cantante juvenil y encantadora que le recordaba a Raquel, además de ver a una bailarina y un ballet de marinos que escenificaban una historia musical.

—¿Parece que te has enamorado de veras?

—No parece, estoy enamorado.

—¿Y ella te ha aceptado?

—Sí, es mi novia.

—¿Les va a durar ese noviazgo?

—¿Por qué no?

—¿Y qué vas a hacer?

—Todo ha sido muy rápido, por el momento tengo que esperar a llegar a Santamar y entonces empiezo a arreglar esta situación inusual de tener una novia en México y por mi parte vivir en España.

—No le veo salida.

—La va a tener; uno de los dos puede mudarse a vivir en el otro país.

—¿Y quién lo hará?

—Apenas lleguemos, lo trataré con ella desde la casa; para empezar, tan pronto pueda, pienso ir a México a visitarla.

—¡Caramba, esto es muy en serio!

—No te convences, ¿verdad?

—No tío, sólo falta que pienses en casarte.

—Pues sí.

—¿Sí?

—Sí, el matrimonio es lo que puede arreglar la situación de vivir tan lejos.

—Vaya que te pegó duro el amor.

—¿Y a quién no le marea el amor? ¿Te has enamorado de alguien?

–No todavía no, pero...

–No hay pero que valga; cuando te enamores, sabrás que para el amor no existen barreras.

–Lo supongo.

–Un trago.

–No, gracias.

Después del show los dos salieron a cubierta a tomar un café en una de las mesas de afuera del restaurante y refrescarse un poco con el sereno de la tibia noche que arrullaba el mar y a dar una vuelta por *El Columbus* antes de ir a dormir; y ya en el camarote recostados cada quien en su cama, para distraerse un poco jugaron una partida de cartas por un rato. Después Osvaldo solo, puesto que su primo dormía ya, repasó las fotos que se había tomado con Raquel en El Malecón, Varadero, La Habana Vieja, el Meliá Cohiba, el aeropuerto José Martí, etc., y aun no se convencía de si soñaba o si su amor era una realidad. Igual le daba vueltas al hecho de que si ella lo recordaría y seguiría siendo su novia cuando llegara a México, porque de nuevo estaba lejos Santamar y todavía tardaría cierto tiempo para tomar un teléfono, marcar su número y comunicarse con ella para reafirmar su noviazgo, o darse cuenta de que todo había terminado entre los dos. La noche se le hizo larga hasta que le ganó el sueño y se vio en la hacienda de sus padres, sentado en uno de los mullidos sillones de la sala con el auricular en la mano y llamando desde ahí a Raquel a su casa y cuando ella le contestaba, Osvaldo recobraba el sentido y, en un abrir y cerrar de ojos, se borraba su imagen, sin hablar con ella. En esa zozobra se durmió hasta la madrugada.

A un día de su arribo a Santamar Osvaldo y Nicandro se encontraron con el capitán en el lado izquierdo de la proa cuando ellos se dedicaban a mirar el intenso azul del mar sobre un movedizo tapete de olas y un lejano horizonte que los separaba de una tierra que no se avistaba todavía.

–¡Buenos días, capitán! –mencionó Nicandro saludándolo de mano.

–Buenos días, muchachos! –respondió Santos Galicia.

–¿Cómo está, señor? –dijo Osvaldo saludándolo a su vez de mano.

–¡Muy bien! ¡Mejor que ayer! ¿Y ustedes cómo les va, qué se han hecho?

–Por el momento esperar ansiosos el arribo a Santamar –dijo Osvaldo.

–Me lo imagino, muchacho, me lo imagino –comentó el capitán– y a su edad la espera es fuego que quema para quien no sabe sobrellevarla. Aunque ya no es necesario que desesperes, esta noche llegaremos a Santamar y pronto estarán en casa.

–Yo por mi parte me empeño en disfrutar este viaje de placer que se acabará en unos días y no se repetirá –añadió su primo Nicandro.

–Es lo mejor, muchacho, al mal tiempo buena cara y más que en la madrugada dejó de lloviznar y el barco es suyo para recrearse de la manera que más les interese; ¿no les gustaría una nadadita en la alberca? ¿O darse una simple asoleada para broncearse un poco o matar el tiempo mirando al cielo y admirar las nubes que van y

vienen? ¿Y además gozar de tanta belleza femenina que nos rodea en este viaje?

–No siga porque este viaje ya no lo terminó ahora y me convierto en pasajero exclusivo de *El Columbus* –expresó Nicandro.

–¡Bah, no es para tanto! –le dijo su primo Osvaldo.

–Bueno, los dejo, voy a seguir con mis deberes mientras se ponen de acuerdo en los dilemas de la vida.

–¡Hasta luego, capitán! –dijeron los dos.

En la tienda del barco se le ocurrió a Osvaldo comprar un celular para llamar a Raquel, no fuera a ser que el suyo ya no sirviera, aunque el nuevo aparato tampoco le permitió comunicarse con ella, a la vez que todo indicaba que ella no lo llamaba o de igual manera no podía enlazarse con él. Las últimas horas en *El Columbus* se fueron raudas para Osvaldo que decidió tomar las cosas con más calma. Pasó jugando un encuentro de voli en la alberca con los demás pasajeros. Fue al gimnasio a desestresarse haciendo ejercicio parte de la mañana. Tomó un refrescante baño y se dedicó a reposar en su camarote un buen rato antes de empacar sus cosas para pisar Santamar.

Al atardecer *El Columbus* arribaba al puerto de Santamar, detrás un sol anaranjado descendía poco a poco antes de ocultarse, en cubierta los pasajeros estaban listos para bajar a tierra, entre ellos Osvaldo y Nicandro con las maletas en las manos miraban el movimiento normal en el lugar: un remolinar de gente se hallaba en las calles que confluían en el puerto, el paisaje era halagador, no podía ser más atrayente, una verde y fresca arbolada se extendía por la avenida principal y una bandada de pajarillos volaba de follaje en follaje agitada por un suave viento y la luz de la tarde que aún doraba sus hojas. La despedida con el capitán Santos Galicia fue efusiva con un abrazo, un apretón de manos, unas cálidas palabras y una mirada serena y confiada por parte del marino y una sencilla condescendencia de parte de Osvaldo y Nicandro.

¡Suerte, muchacho!

¡Suerte, señor!

En tierra los trámites en la aduana transcurrieron sin contratiempos, en la calle frente a aquélla, un automóvil de la hacienda vinícola de Osvaldo esperaba a los dos primos para conducirlos a casa, pues antes de su llegada éste había hablado para que los esperaban y allí nuestro personaje recibiría una sorpresa, cuando ellos llegaban al auto, sus padres bajaron del mismo para recibirlos personalmente.

–¡Bienvenido, viajero!

–¡Padre, qué sorpresa!

–¡Cómo les fue de viaje!

–¡Muy bien, madre, muy bien!

–Pero vayan subiendo al auto porque se hace tarde –propuso el padre.

–¡Ay, qué prisa, si tenemos todo el día! –Cortó la madre.

–¿Qué tal, José, cómo está? –saludó Osvaldo al chofer.

–Bien, gracias, ¿y usted? –contestó José mientras conducía el auto a la hacienda

–Descansado y renovado para continuar el trabajo con más ánimo –respondió

Oswaldo.

–Veo que les cayeron bien las vacaciones –asintió el padre de Oswaldo.

–Y de qué manera, padre. ¿Verdad primo?

–¡Excelentes, tío, excelentes!

–¿Y de Cuba, qué me cuentan?

–Mucho y nada –dijo Oswaldo.

–¿Y eso que significa? –aseveró el padre.

Entonces Oswaldo Santamar en grandes trazos comentó a su primogénito el momento actual que experimentaba la isla de Fidel a la par que lanzó algunas de las vivencias de él y su primo a la largo de su viaje, desde su partida en *El Columbus*, las atenciones del capitán Santos Galicia para ellos, la magia y el encanto de Selene, la belleza y la hospitalidad de La Habana, su patrimonio cultural, su historia socialista, sus lugares de recreo como el mar, la playa, los restaurantes, centros nocturnos, museos y tours en bus por plazas, escuelas, comunidades, centros de trabajo, etc., y el encuentro contado con anterioridad por una maga viajera de él con una bella joven, que recién había conocido en El Malecón y de la cual les empezaría a contar tan pronto llegaran a casa. Y en efecto, así ocurrió, una vez que la familia Santamar se aposentó en la gran sala de la hacienda para continuar con la sobremesa, después de terminar la opípara comida con la que se les dio la bienvenida a los dos viajeros, la madre degustó una exquisita y aromática taza de café de Cuba que Oswaldo le había obsequiado y el hijo, el padre y Nicandro se llenaron las copas con un fresco y dulce ron cubano recién destapado que aquél le había traído del viaje a su padre. Fue entonces que Oswaldo refirió la historia de su encuentro con una muchacha mexicana que también acudió a Cuba a tomarse unos días de vacaciones y por azar del destino, se encontraron de casualidad frente al mar contemplando el último eclipse de luna a la orilla del océano Pacífico, donde se conocieron y enamoraron hasta declararse su amor y comprometerse en un noviazgo no común; pues el amor que es un sentimiento que nace entre un hombre y una mujer sin mediar más que el corazón, tenía ahora la distancia, el tiempo y la vida social como las circunstancias a salvar y no podrían quitarlas de un plumazo. Ambos tendrían que sortear esas pequeñas grandes dificultades de su incipiente relación, decía Oswaldo con una firme certeza que ponía perplejo al padre y sonriente a la madre en torno a lo que su vástago contaba como si lo ocurrido en los últimos días fuera todo lo que hay en el mundo y nada nuevo hubiera por venir; y el vástago cerró dicha historia, diciéndoles que se hablarían por teléfono y se visitarían mutuamente en la primera ocasión que las circunstancias les fueran propicias.

RING, MÉXICO

- Bueno, sí, diga, con quién desea hablar.
- Señorita me comunica a México con Raquel Jiménez T.
- Me da su número, por favor.
- 55830411
- Permítame un momento, enseguida lo comunicó.
- Bueno, sí, la señorita Raquel Jiménez T.
- Ella habla.
- Tiene llamada desde España, ¿se la paso?
- Sí, muchas gracias.
- Raquel.
- Osvaldo.
- ¿Cómo estás, guapa?
- Esperando tu llamada.
- ¿En serio?
- Noche y día.
- Creí que no te acordarías de mí.
- Y yo pensé que no me llamarías.
- Pero ya sabes que sí.
- ¿Me mandas un beso?
- ¡Mua!
- Otro.
- ¡Mua!
- Uno más
- ¿No son muchos besos?
- No, apenas van dos.
- Luego vas a querer tres, cuatro y por teléfono no saben.
- No importa, quiero saber que tus besos son para mí.
- Todos son para ti.
- ¡Monumental, nena!
- ¡Adulador!
- ¿Y qué tal, cómo les fue de viaje a tu Andrea y a ti?
- Muy bien, regresamos sin contratiempos, ¿Y a ustedes?
- Nada importante, un poco de llovizna antes de llegar a Santamar; pero el mar se mantuvo tranquilo y arribamos al puerto sin zozobra. Después en casa todo estuvo bien, ya me esperaban y querían saber las buenas noticias que llevaba de Cuba, y les conté de ti.
- ¿De mí?
- Sí.
- No lo puedo creer.

–¿Por qué no?

–¿No es muy pronto para hablarle a tus padres de lo nuestro?

–Puede ser; pero para mí lo nuestro es algo serio.

–Para mí también; pero yo aún no hablé con mi padre. Apenas he platicado con mi mamá de mi relación contigo en Cuba y a mi padre todavía no, porque no sé si entienda que el amor una lo puede encontrar en cualquier parte y en cualquier momento. ¿Tú qué piensas?

–Totalmente de acuerdo; aunque tú sabrás cuando se lo dices.

–Cuando llegue el momento.

–El momento es ahora.

–No estoy segura de ello.

–Me mandes otro beso.

–¿Otro nada más?

–Para saber que me quieres.

–Te quiero.

–Te extraño.

–Yo también.

–¿Cómo quisiera estar contigo?

–A mí me pasa igual.

–Me paso el tiempo pensando en ti.

–Y yo, te recuerdo mañana y noche; pero estás muy lejos de mí. Y así estaremos tú en tu país y yo en el mío, los dos con nuestro amor por teléfono, o por carta o postal, o internet o fax; y viviendo de recuerdos y de sueños, de lo bonito que fue habernos conocido y hecho novios en Cuba; y ahora hablarnos salvando la distancia y el océano, el tiempo y la geografía como si estuviéramos juntos otra vez. ¿No te parece?

–Sí, estamos tan lejos uno del otro y tan cerca sólo con tu voz y la mía, y ni quien se imagine las largas horas de vuelo o de barco que median entre nosotros.

–¿A quién se le ocurre una cosa así? ¿Por qué mejor no te buscas una novia en Santamar y te olvidas de mí?

–No, no vamos a estar siempre lejos; yo iré a México a verte lo más pronto que pueda. Ya te diré cuándo. Cuando te pedí que fueras mi novia, lo hice porque te amo y a mí me interesas tú y el amor que siento por ti.

–Me dejaste sin palabras, pensé que te ibas a olvidar de mí cuando estuvieras en España; pero veo que no y ya empiezo a creer que tu amor por mí es algo serio, muy serio.

–Me pasaría la noche hablando contigo; pero quizás no tengas tanto tiempo como yo.

–Si tengo tiempo, mañana no tengo nada que hacer; me voy a levantar a las nueve o diez de la mañana, ¿Y tú?

–Yo sí me levantaré a las cinco am, así me duerma a la una o dos de la mañana.

–Bueno, entonces ya no te desvelo y te hablo otro día más temprano. ¿De acuerdo?

–No, no quiero que cuelgues tan pronto; apenas empezamos a hablar.

–¿De qué quieres hablar?

–De lo que quieras.

–Lo que sí le di a mi papá fue la botella de vino que me regalaste. Le gustó, dice que está muy bueno y se lo está chiquiteando para que no se le acabe pronto; comenta que tiene un sabor diferente a otros vinos y que son más agradables que los del país.

–Mira, no pensé conocer a tu papá a través de uno de mis vinos. ¿Quieres que le mande otro?

–No, podría pensar otra cosa y no deseo por ahora que se entere de ti.

–No me parece tu idea de no decirle nada a tu padre. En mi casa por lo menos ya te conocen a través de las fotografías que traje y esperan que te presente pronto con ellos. Coinciden conmigo en que no sólo eres atractiva, sino además inteligente, sensible, risueña, decidida y sincera; y piensan que nuestro sentimiento es verdadero, que no es algo pasajero ni un arrebato de jóvenes o adolescentes entregados a la aventura de soñar o vivir el amor repentinamente.

–¿Y qué les pareció que sea tu novia?

–Me dieron el visto bueno y dijeron que ya era hora de que alguien como tú me flechara porque eres muy guapa, lista y capaz de realizarte por ti misma.

–No lo creo, es mucho lo que dicen de mí.

–¿Ah, y me preguntan cuándo vienes con nosotros a casa?

–¿No es muy pronto todo?

–Acá todo es más sencillo, tú y yo somos novios y mi familia quiere saber de ti.

–Bueno, por el momento no puedo ir a España; quizá en las próximas vacaciones vaya a verte y a conocer a tus padres.

–Me encantaría; aunque seguramente antes de que vengas a España, yo iré a verte a México.

–¿En serio?

–Sí, un día de estos estaré en tu casa para salir contigo y conocer tu país.

–Bueno, te voy a esperar.

–Cuando llegue a México, te hablaré.

–Vendrás solo o con tu primo.

–Solo; Nicandro se quedará en mi lugar para ayudarlo a mi padre en la empresa vinícola.

–Me parece mejor; aunque si viniera Nicandro, yo podría hablar con Andrea para salir juntos.

–No, a mí me interesa estar el mayor tiempo contigo porque voy a México y vuelvo a España en unos días; no podré tardarme mucho allá.

–Te entiendo, no te podrás ausentar mucho de tu trabajo en la hacienda.

–Exacto.

–Pues por acá te espero; te va a gustar México, nuestra comida y la música y...

–Y tú...

–Y yo.

- Te hablaré de nuevo.
–Esperaré tu llamada.
–Antes de terminar de hablar, escucha esta melodía que te habla de mí.
Raquel escuchó la música y la letra de *Vivir un sueño*:

*“El día menos pensado
el día que no te cuento
voy a encontrarme contigo
casi a la orilla del cielo*

*El día menos pensado
el día que sólo espero
voy a llegar a ti
para robarte un beso*

*El día menos pensado
el día que no está lejos
voy a pedirle a tu alma
que sea yo tu dueño*

*El día menos pensado
el día que no imagines
vas a saber tu misma
lo que es vivir un sueño”.*

- ¡Es muy bonita y me hace sentir contigo de nuevo a tu lado en Cuba!
–¿Sigues ahí?
–Sí, ¿por qué?
–Creí que habías colgado.
–No, pensaba.
–¿En qué pensabas?
–En verte otra vez.
–Sería increíble, ¿no?
–Sí y ya quisiera que vinieras.
–Déjame arreglar el viaje y allá te veo.
–Todavía no termino de creer que sea tu novia.
–Pero si crees que soy tu novio, ¿verdad?
–Sí, lo que vivo me hace creer en ti.
–No lo olvides.
–No, lo tendré en cuenta.
–Bueno, me despido.
–¡Chao!

-Habla con tus papás.
-¿Sobre qué?
-Diles que iré a pedir tu mano.
-Nooo.
-Sí.
-Aún no me lo pides a mí.
-¿Quieres casarte conmigo?
-No.
-Cierra los ojos y dime sinceramente lo que dice tu corazón.
-Ya lo sabes.
-Piénsalo.
-No es necesario.
-Espera que vaya México y me das la respuesta.
-Está bien; lo hablaremos acá.
-¡Chao!
-Te mando un beso.
-Yo te envío otro.
-¡Buenas noches!
-¡Hasta luego!

UN ESPAÑOL EN MEXICO

Era sábado. Cerca de las siete y media de la noche, el sol se había ocultado y la oscuridad empezaba a poblar el cielo de la ciudad de México. Por una ventana de la casa, Raquel observó la llegada de su novio hasta su puerta y corrió a arreglarse una vez más al tocador de su recámara. “Mamá: bajaré enseguida; por favor, puedes abrir la puerta”. “Está bien; no grites, allá voy”. Toc, toc, toc. La madre escuchó el toquido en la puerta y se dirigió a abrir, no sin antes acomodarse también el cabello. Osvaldo Santamar era un joven alto, apuesto, blanco, ojos castaños, pelo ondulado, simpático y seguro de sí mismo y para la madre de Raquel no podría ser otro, sino él quien estaba frente a la puerta de su casa. “Pase”, dijo, conduciéndolo a la salita de tono café claro. “Tome asiento, ahorita viene Raquel”. “Muy amable, señora”, respondió él. “Graciela T. de Jiménez, joven”. “¡Ah, usted es...”. “La mamá de Raquel”. “Encantado de conocerla, yo soy”. “Osvaldo”. “Sí”. “Viene de...”. “De España”. “Y sólo para ver a mi hija”. “Sí, señora”. “Usted y mi hija se conocieron en...”. “Cuba y desde entonces quise visitarla en México”. “Qué bien, ¿eh?; no me hubiera imaginado una cosa así”. “Y a qué se debe que venga a verla hasta acá”. “Bueno, Raquel me...”. “Aquí estoy ya...”, dijo ella haciendo acto de presencia en la sala, “¡Bienvenido!”, agregó y le dio un fuerte abrazo, además de saludarlo con un cálido y discreto beso en la boca. “¡Hola, por fin te veo de nuevo!”, le dijo él con una alegría y un brillo lleno de vida en los ojos. Raquel era la misma, pero él la veía más guapa y no precisamente por el vestido con flores en negro y gris desvanecido que resaltaba su esbelta figura. “¿Cómo te fue de viaje?”, le preguntó ella haciéndole una seña de que se sentara en el sillón junto a ella. Él vestía ropa informal, una camisa blanca con líneas verticales color verde claro, un pantalón de pana café oscuro y unos mocasines café claro. “Ella es mi mami, la adoro”, presentándola a Osvaldo. “Mucho gusto, señora, yo soy...”. “Él es mi novio, mamá”, expresó tomándolo de la mano y recargándose en su hombro. “¡Ah, ahora sé porque llegó hasta aquí”. “Quiero que ella sepa lo que la amo y lo que estoy dispuesto a hacer por su amor, además de que deseo corresponda a mis sentimientos”, enfatizó él. “Desea un vaso de agua”, inquirió la madre. “Por favor”, expresó Osvaldo. En eso se abrió la puerta de la casa y entró hasta la sala el padre de Raquel, “papá te presentó a Osvaldo”, dijo ella de pie. “Mucho gusto, mi nombre es Osvaldo Santamar”, enunció él también de pie y saludando al padre de mano. “El gusto es mío, joven. ¿Y a qué se debe el honor de su visita a esta casa, pequeña Raquel?”, aseveró el padre y preguntó a su hija. “Osvaldo vino desde España a verme, papá”, indicó la hija. El padre, Ángel Jiménez Uribe, miraba curioso e intrigado al joven por la razón de la visita a su casa. Así que Raquel tuvo que agregar: “Él es mi novio”. Por su parte, Osvaldo no quiso quedarse atrás por lo que él adujo: “Ella es mi novia”. Y los dos se sonrieron, tomaron de las manos y abrazaron para reafirmar no sólo lo que le decían al padre, sino sobre todo lo que ambos sentían uno del otro. “Me lo imaginaba, algo supuse desde que entre al verlos sentados en la sala, pero quise confirmarlo con mi pregunta. Puesto que esta ha sido su

presentación en esta casa, joven, ¿qué le parece si pasamos a cenar?”, adujo el padre. “¿No es muy temprano aún, papá?”, interrogó la hija. Pues si es así, entonces conversamos un rato y después pasamos al comedor, ¿de acuerdo?”, inquirió otra vez el padre. Por lo que antes de cenar Raquel y Osvaldo accedieron a contarles a ellos las peripecias vividas en Cuba, sus entrevistas por teléfono y el interés de él de verla en México –como ocurría ahora–, y sus planes de vacacionar unos días en el país para luego regresar a su tierra con su familia. Media hora después pasaron a la mesa para cenar y en la sobremesa se sirvió un exquisito vino de Santamar, que el español llevaba para la ocasión; platicando largo y tendido acerca de bellos lugares nacionales no conocidos por Osvaldo, que podrían visitar juntos durante la semana que él se hospedaría en el DF. Concluida la visita nuestro personaje se despidió tanto de los padres como de su novia y fuera de la casa, en la avenida San Cosme tomó un taxi para volver al hotel Sol Meliá donde pasaría unos días mientras estuviera en México.

El domingo lo aprovecharon Raquel y Osvaldo para hacer un recorrido por la ciudad de los palacios en uno de esos carros turísticos que durante su viaje le comentan a los paseantes efímeras estampas coloniales, modernas y actuales de nuestro país acerca de lugares, monumentos y la importancia cultural de antiguos y nuevos edificios, así como de famosos personajes que influyeron en los principales episodios de la historia mexicana. Culminado el paseo, a la pareja le dio por andar a pie y de la mano por Chapultepec, planeando a la vez el itinerario de unos días de asueto para el español por el sureste mexicano y para ella la oportunidad de realizar sus actividades de trabajo e investigación escolar. Posteriormente fueron a comer a uno de los restaurantes lujosos de Reforma, de disfrutar de uno de los shows artísticos de moda, además de contemplarse y disfrutar de su mutua compañía; pues el amor sólo cobra su valía más grande si él y ella están presentes y ellos lo sabían más que nadie, de modo que ahí se les fue la tarde entre besos y abrazos, miradas y silencios, pensamientos y voces que los unían, comunicaban y motivaban a alentar su noviazgo. Optando en la tarde noche por regresar a casa de Raquel, donde nuevamente Osvaldo pasó otro buen rato al lado de ella, mientras la madre tomaba una taza de café, Raquel un té, el padre y él un vino y conversaba con los tres acerca de España y sus más caros anhelos. El visitante cenó nuevamente con la familia Jiménez antes irse a descansar a su hotel. El lunes temprano con una maleta en el hombro cada uno, Raquel y Osvaldo salieron a un tour por la vieja ruta Maya, visitando Chichén Itzá, una de sus ciudades antiguas, acudiendo previamente a San Cristóbal de las Casas, en Chiapas, para llevar a cabo un reportaje periodístico que ella entregaría en la universidad, después de este viaje breve de seis días y siete noches. La pareja culminó dicho periplo en la suave arena blanca de una ensoñadora playa de Cancún, durante una ardua y cortísima semana que ella aprovechó también para escribir notas, fotografiar sitios, visitar poblados, filmar videotestimonios y grabar sus impresiones sobre esta exuberante e imponente región que se defendía a muerte para no desaparecer en sus raíces milenarias a manos de las garras y las fauces de los grandes oligopolios neoliberales y globalizadotes norteamericanos. Para la labor de

investigación Raquel llevaba una laptop alquilada con la que redactaría los textos periodísticos que pudiera recoger esos días en torno al movimiento indígena zapatista. Así en el viaje, ella leyó por internet los comunicados del EZLN, la reacción de la sociedad civil mexicana y la respuesta oportuna de la solidaridad mundial de diferentes países a los alzados de Chiapas; fue en San Cristóbal de las Casas donde conoció de propia mano el sentir de la gente y los motivos políticos por los que ellos luchaban y entraron en contacto con uno de los baluartes de la información periodística del lugar, el periódico *El Tiempo* fundado por Amado Avendaño; además conversó con connacionales y extranjeros que tenían en común dar su respaldo a la causa zapatista y no ingresó al corazón de la zona rebelde, dado que en el plan no había contemplado esa visita relámpago a la selva Lacandona y dejaría para una mejor ocasión la oportunidad de entrar a territorio dominado por los pueblos en rebeldía.

En esos días maravillosos de paseo en el sureste mexicano y de descubrimiento entre Osvaldo y ella, cada uno los vivía como si nada de lo que ocurría pudiera repetirse en el futuro, y ambos deseaban interiormente detenerlos en su memoria. Así Raquel y Osvaldo vieron una cálida mañana entre palacios mayas, se tomaron una foto bajo el cielo y el paisaje del Chichén Itzá; la presurosa mañana los alcanzó en la pirámide del sol donde se dieron un largo y delicado beso ante la grandeza de Quetzalcoatl; el fuerte calor del mediodía los recibió sobre la alfombra verde en el patio de pelota y ella le dijo: “te amo” y a los dos les dio por mirarse a los ojos y guardar un silencio para hablarse con el pensamiento: “me quieres decir algo?”, preguntó ella; “no, nada”, dijo él. “¿Nada?”, interrogó ella. “Es increíble lo que es el amor”, afirmó él. “Yo también pienso lo mismo”, agregó ella. “Que un sentimiento nos una y nos haga pareja y nos dé una energía y un aliento de vida que no teníamos antes de conocernos y que nos impulse a ser, estar y lograr lo que queremos vivir es lo increíble; “¿lo habías vivido antes?”, discurrió él. “No, creo que no”, aseveró ella. “Desde niño lo sentía por una niña y me la pasaba pensando que ella fuera mi novia y no lo lograba, pues el valor no me alcanzaba para hablarle y con el tiempo la familia de la niña mudaba de casa y entonces ya no sabía de su paradero y me quedaba de nuevo sin el amor que recién había descubierto y me interesaba sobremanera ese sentimiento que no todos mis amigos conocían. Después, cuando adolescente, el amor regresaba a mi vida con otra muchacha que despertaba también mis sentimientos y de manera semejante, como cuando era niño, yo quería declarármele, pero tampoco lo conseguía; entonces me conformaba con soñar y querer ser su novio y, más tarde, por azares del destino la vida nos separaba definitivamente, la muchacha se iba por su lado y yo me quedaba en el mío, soñando, esperando, deseando encontrar el amor. Hasta que te conocí y aquí estamos yo para ser tu amor y tú para convertirte en mi amada. ¿Qué fue lo que pasó entre los dos que nos unió tanto?”, expresó él. “Ahora que estoy aquí contigo me olvido de todo, me olvido de quien soy y el momento que vivimos tú y yo es lo único importante, ni hay otra cosa que más valiosa que el amor que siento por ti y el amor que tienes por mí; es un sentimiento que nos eleva a la eternidad. Si estamos juntos para nosotros no transcurre

el tiempo y únicamente nos damos cuenta de la distancia cuando tú y yo nos separamos, por eso quisiera que siempre estuvieras a mi lado y yo al tuyo”, confesó ella y agregó: “no conozco Santamar, pero creo que está lejos y quisiera que te quedaras en México a vivir conmigo y si te fueras a España no desearía separarme de ti y me gustaría irme contigo. Lo supe cuando te vi en La Habana y platicaste conmigo en El Malecón. Lo confirmé cuando me hablaste de amor y me pediste que fuera tu novia. Lo reafirmé al oír tu voz del otro lado del Atlántico descubriendo que para nosotros no hay tiempo ni distancia que pudiera alejarnos una del otro. Lo sé por tu presencia junto a mí que nos hace vivir nuestro amor y nos mueve a descubrir una fuerza maravillosa, interior y poderosa de la existencia humana manifiesta en todo aquello que de la naturaleza nos rodea: en la luz del astro solar, en la vida única de las plantas y los animales, en la fértil tierra, en la danza del mar, en el milagro y las obras del hombre, y la fuerza y la armonía de los elementos de la naturaleza que para los enamorados son sublimes y hermosas porque el amor que uno siente se torna trascendente; de modo que si lo real existe, cobra su significado desde nuestro sentimiento de amar, pues lo esencial es lo que tú sientes y lo que yo siento y por lo que me sé amada, acompañada, buscada y deseada y sé además que soy la razón de tu vida y existir. Eso creo”– dijo mirando alrededor desde el observatorio astrológico de la ciudad.

El viernes. Osvaldo y Raquel en traje de baño caminaban por una blanca playa de Cancún bajo un cielo azul adornado de numerosas blancas nubes, un cálido sol resplandeciente, una fresca brisa marina y murmullo de olas acariciadoras que seguían discretas el paso y las huellas de estos dos amantes; el vestía un calzoncillo marrón que resaltaba su atractivo físico y su piel blanca, sus despiertos ojos y sus firmes músculos. Ella llevaba un bikini azul con flores blancas, un sombrero blanco y en la mano derecha una sombrilla azul que hacía lucir esplendorosamente su belleza, su encanto y su simpatía. Con el agua a medio cuerpo, los dos se miraban a los ojos y veían a la vez a la distancia un horizonte azul turquesa que semejaba ser el fin de toda la tierra; aunque ambos sabían que “allá está España”, dijo Osvaldo. “Acá esta Cuba”, dijo Raquel. Y enlazaban sus manos, se abrazaban, se besaban y miraban el cielo azul. “¿Qué ves?”, le preguntó él a ella. “Nada”, respondió él. “De repente me acordé del día que en Cuba fuimos a Varadero y vimos juntos a la gaviota blanca volar por el cielo como si celebrara nuestro encuentro y por un momento me imaginé si la vería volar de nuevo aquí; pero eso no va a sucederme otra vez”, añadió el español. “Hasta cierto punto, creo que las cosas ocurren una sola ocasión y sería increíble que pasaran dos o tres veces. ¿No?”, le comentó ella. “Opino igual y que tú y yo nos veamos aquí, no supone que de nueva cuenta una gaviota blanca vuele ahora sobre nosotros como una señal de este encuentro”, confirmó Osvaldo. Y siguieron nadando un rato hasta que al mediodía los dos se dirigieron hacia la mesa de un restaurante del lugar y después de una succulenta comida compuesta por pescado blanco, mariscos, sopa de jaiba, pan, galletas y dos deliciosas bebidas de piña colada; al final de la comida Osvaldo y Raquel optaron por reposar bajo la agradable sombra de una palapa hecha de bejuco y palma vieja de color

Grisáceo; de tal manera que sentados frente al mar, cada uno en una silla ad hoc se miraron un rato entre sí y luego de pie y abrazados pasaron el tiempo en silencio, meditando mutuamente su compañía y simplemente observando el ir y venir de las cálidas aguas del mar azul turquesa del Caribe. Así el sol del atardecer los vio de nuevo caminar sobre la suave arena blanca de la encantadora playa de Cancún, sitio donde ambos recostados a la orilla del mar se declararon una vez más su novel y recíproco amor y conversaron sobre el deseo de Osvaldo de casarse con ella si Raquel aceptaba el matrimonio, a lo que ella contestó “¿podría pensarlo un poco?” y a él le pareció correcto. Hasta que ambos se levantaron y partieron de la playa antes de que la oscuridad de la noche cayera y la luz de las estrellas los hallara en un momento más romántico y pleno de intenciones amorosas cual amantes primerizos. La última noche del viaje fue como la primera y las otras tantas noches que pasaron juntos, aunque esta ocasión prefirieron pasar la velada cenando, tomando una copa, ella una bebida sin vino, y presenciando un show artístico en el restaurante bar del hotel en que se hospedaban y desvelándose hasta la una o dos de la mañana. Luego casi de madrugada, a las cinco am, se levantaron para salir a México a las siete am, en el primer autobús que los dejaría en el DF. La travesía larga y memorable se acortó de una u otra forma por la siesta que la pareja durmió en el trayecto a la ciudad y al llegar a la terminal de autobuses pidieron un taxi que los llevó a la casa de la familia Jiménez T., de donde Osvaldo se siguió en el auto hasta las habitaciones de su hotel.

Por la tarde Osvaldo acudió a la casa de su novia para cenar con ella y sus padres con el propósito de despedirse y ultimar detalles entre Raquel y él acerca de una próxima visita de ella a España. La mesa con la cena puesta era una verdadera fiesta para ser un día sábado normal, la diferencia era la reunión y la alegría familiar que los hermanos Adolfo, Rogelio y Javier y los padres de Raquel, Ángel Jiménez Uribe y Graciela Terrazas, propiciaban ante la presencia y la inminente partida del novio de Raquel a su tierra. Lo importante era convivir y compartir los alimentos preparados por la madre de Raquel: arroz rojo, mole casero, tamales, tortillas recién hechas y aguas de sabores como la hija lo había sugerido para agasajar a Osvaldo. Durante la cena la plática, el humor y la risa de los comensales aderezó la sazón y el gusto por cenar y en la sobremesa se hizo pertinente un brindis para celebrar el momento; y aunque no se dijera con palabras o discursos, era la aceptación tácita o implícita del noviazgo casi formal entre Osvaldo y Raquel, ahora que los padres conocían un poco al visitante español y daban cuenta del interés real que manifestaba por su hija. Y efectivamente hermanos, padres y novios con la copa en la mano hicieron votos porque la relación sentimental entre éstos fuera un amor sincero, firme y duradero. Con ese deseo se despedirían el español y la mexicana, con esa sensación se quedaría ella en casa y con ese recuerdo partiría él de México hacia su patria; no obstante, los sentimientos viajan son más lentos que los avatares del corazón, y solamente éste es el vocero único de quienes se aman.

RING, ESPAÑA

Raquel Jiménez sentada en un sillón amarillo ha estado leyendo un libro, “La noche que cayó el imperio”, cuyas páginas se iluminaban aún más por la luz de una lámpara situada en un buró color vino. Su rostro y sus ojos se asombraban por los sucesos de la inverosímil historia de la citada obra y de los pasajes que más han llamado su atención tomó algunas notas en una libretita azul. Cerró la novela y la colocó en el buró. Entonces bebió una taza de té caliente de flores para la tranquilidad y el buen sueño, se estiró un poco, se relajó y viendo alrededor de su cuarto, descubrió colgado en la pared un retrato a colores de la persona amada, Osvaldo Santamar. Enseguida se puso de pie y fue a revisar varias fotos, postales, faxes, emails, cartas y obsequios recientes de él que tenía sobre la cómoda color vino. Era viernes por la noche, ella vio el reloj de pulsera negra que llevaba en la mano izquierda y, para hacer tiempo, decidió ordenar los diferentes papeles y documentos de su último trabajo de investigación periodística que estaban dispersos en el pequeño librero color vino colocado en una esquina de la recámara. Volvió a mirar el reloj y de inmediato descolgó el teléfono ubicado en el otro buró para marcar un número de larga distancia. El repiqueteo del aparato no tardó mucho y cuando le contestaron del otro lado, saludó:

- ¡Hola, amor!
- ¡Raquel, qué gusto que me llames!
- ¿Cómo estás?
- ¿Bien, y tú Osvaldo?
- Pensado en ti.
- No seas mentiroso.
- Créeme; deseaba escuchar tu voz.
- Ya llamé dos veces y no me contestabas.
- Pues es la primera vez que suena el teléfono.
- Hasta pensé que se te había olvidado mi llamada.
- Por nada del mundo; dijiste a las diez de la noche y aquí me tienes a la hora.
- Te mando un beso.
- Y yo otro.
- ¿Qué tal España?
- El clima está un poco raro...
- ¿Raro?
- Digo, el tiempo no es regular, llueve, hace frío o calor.
- En México igual, ¿eh?, el clima cambia a cada ratito.
- ¿Qué novedades tienes?
- Una sola.
- ¿Cuál?
- Salgo de vacaciones en la Universidad.

- ¡Qué bien, eh!
- Y voy a ir a España.
- ¿Cuándo?
- La próxima semana.
- ¿Qué día vendrás?
- El viernes.
- Te estaré esperando.
- Ya tengo las maletas listas.
- ¡Mucho mejor!
- Ya quiero estar allá contigo.
- Se me va a hacer muy larga la semana.
- A mí también.
- ¿Vienes en avión?
- Viajo en avión.
- Iré a recibirte al aeropuerto.
- ¡Eres muy amable!
- Podrías quedarte en casa.
- ¡Gracias!
- Me gustaría darte un beso.
- A mi también.
- ¿Y qué has pensado de mi propuesta?
- Todavía nada,
- Me gustaría una respuesta tuya.
- ¿Te parece si lo platicamos allá?
- Piénsalo; podríamos formalizar nuestro compromiso cuando estés acá.
- Sería muy pronto; por ahora sólo quiero estar de vacaciones contigo en Santamar.
- Ya comprometidos podrías mudarte a vivir en España para estar más cerca los dos.
- Es buena idea; pero aún quiero estar en México y después casarme.
- También podrías estudiar en una universidad de Madrid o Barcelona.
- No tengo los medios para hacerlo.
- Yo podría ayudarte.
- Me gusta valerme por mí misma.
- Cómo digas.
- De todas maneras mi propuesta de matrimonio sigue en pie.
- Deseo estar segura de mis actos.
- Para mí el amor que hay entre los dos es suficiente para unirnos.
- Yo también creo en tu amor y el mío; se ve en mis ojos, se oye en mi voz y se descubre en mi estado de ánimo; mas una boda es cosa de tiempo suficiente para conocernos mejor y saber el paso que vamos a dar. ¿No te parece?
- Por mi parte te conozco lo necesario, eres la chica que quiero y sé que

correspondes lo que siento por ti.

–Claro, pero cómo decirte: aún quiero estar soltera por un tiempo, realizarme como persona y posteriormente cuando esté dispuesta a contraer nupcias, cumplir contigo con las obligaciones de todo matrimonio, ¿me comprendes?

–No del todo; pero tú decides.

–Oye, a España va ir mi prima Adriana Terrazas Jara conmigo, ¿crees que también se pueda hospedar en tu casa o de antemano alquilamos una habitación en un hotel?

–De ninguna manera, las dos vendrán a casa, son y serán invitadas de mi familia.

–Acepto tu hospedaje

–Me va a encantar que estés con nosotros.

–A mi también me gustará pasar las vacaciones contigo y tu familia.

–Es más, le pediré a mi madre que te haga una comida especial.

–¡Muchísimas gracias, no esperaba menos!

–¡Mereces eso y más!

–No es para tanto.

–Oye, pues nos vemos la siguiente semana.

–¿A qué horas llegarán?

–A eso de las siete pm.

–Es buen horario, desde las seis estaré ahí.

–Estupendo, ¡chao!

–Un beso.

–¡Muam!

–¡Buenas noches!

–Que descanses.

–Sueñas conmigo.

–¿Con quién otro?

–Estaré contando los días para verte

–Yo igual.

–Clip.

–Clip.

Raquel siguió trabajando unas horas más sobre unos documentos escolares que debía de tener listos para el día siguiente, debido a su meticulosa dedicación de elaborarlos de manera completa, correcta y presentable. No obstante, para ambientar la noche y la actividad se acompañó con un poco de música prendiendo la radio y sintonizándola en su estación favorita. Por lo que a la nostalgia nocturna de las melodías románticas que escuchaba se le unió inoportuna distracción de sus pensamientos que traían a su mente la imagen de Osvaldo y su reciente platica por teléfono. Máxime que frente a ella había una serie de retratos de él que le recordaban algunos de los pasajes más agradables que habían pasado juntos en el corto tiempo que se conocían hasta ahora: entre otras, veía la última foto de la ocasión en que el español vino a México a visitarla. En esa imagen ambos se despedían, en la casa de ella, cuando él regreso a

España. De modo que terminó echándole un vistazo al álbum fotográfico de su paseo con Osvaldo a Chiapas y Cancún, relejó algunos pensamientos que él le escribió atrás de las fotos en esos días que vacacionaron juntos en el sureste del país, y miró y apreció los sencillos recuerdos que recibió de él en la zona Maya y en el mar del Caribe. Así como ya entrada en materia inventarió una lista rápida de lo que haría en la contratación del viaje a Europa en una agencia y de las cosas que alistaría para pasar algunos días en España. De ahí que en una hoja anotó: el domingo que se reúnen los tíos y la familia, convenir con su prima Adriana viajar a España; recoger en la semana el pasaporte tramitado anteriormente; llamar a la agencia para solicitar el viaje en avión directo a Madrid para el sábado a mediodía; ir al banco a cambiar divisas, de pesos a euros, el lunes venidero, después de retirar todos sus ahorros; y ultimar con su madre Gabriela T. de Jiménez los detalles del viaje a Santamar, planeando los días que permanecería allá, los lugares que visitaría, la ropa que llevaría, las maletas que podría cargar y las compras necesarias para su cuidado personal, etc.. Cada una de estas cosas las haría de martes a jueves, dado que la próxima semana sería su salida al viejo mundo desde la ciudad de México. “Santamar te va a gustar, el poblado es provinciano y marítimo; el puerto es bonito, con un mar verde esmeralda, un cielo y un clima del mediterráneo hermosos como los de México o los de Cuba. De vez en cuando voy ahí a la playa a nadar un rato, a refrescarme en sus aguas casi transparentes, a asolearme para llenarme de energía y a distraerme del trabajo cotidiano en casa. En realidad no paseo seguido, sólo cuando no acudo a trabajar a la empresa *La Fuente* ni tengo nada que hacer en casa, o no hay alguna reunión o evento familiar dominical. ¡Qué bueno que quieres venir a conocer a mi familia y a pasar unos días conmigo en España! En el país tenemos bellas ciudades como Madrid y plazas, museos, playas, campo y otros sitios turísticos que te van a interesar, empezando por el lugar en el que nací. Aquí las principales actividades son la agricultura, la pesca, la industria vinícola, el turismo y el comercio nacional e internacional, en el que nuestra industria familiar o casera juega un papel importante en la producción de los vinos, porque cada región produce los suyos con su propio sabor, calidad y nombre. Santamar está frente al gran territorio de La Mancha, al sur se halla el puerto del mismo nombre, al oeste y al poniente el resto de nuestro territorio. Como ves, es muy fácil ubicar mi región en el mapamundi y después de que llegues a España, se te hará sencillo saber el camino a la hacienda en nuestro poblado, cualquiera lo conoce por acá”. Así mientras memoraba lo recién sucedido a Raquel le parecía seguir oyendo a Osvaldo decirle lo anterior por teléfono durante su charla con él y, aún más, esa noche dormida no supo si soñaba o si todavía hablaba por teléfono con él.

UNA MEXICANA EN MADRID

En el aeropuerto de Madrid Osvaldo Santamar, el primer sábado de julio, acudió puntualmente una hora antes a esperar la llegada de Raquel Jiménez T. El vuelo recién aterrizado procedente de México estaba anunciado a las siete pm por una melodiosa voz femenina de la oficina de vuelos y todo sería cuestión de unos segundos para verla frente a sus castaños ojos café claros, y eso fue lo que ocurrió en breve.

–¿Esperaba a alguien?

–¡Osvaldo!

–¡Tan guapa como siempre!

Se tomaron de las manos

–¡Mmm!

Se besaron.

–¿Cómo estás?

–¡Mmm!

El beso fue doble.

–Bien, ¿y tú?

–¡Mejor que nunca!

–¡Mmm!

Otro beso más.

–¡Mmm!

Por un momento se olvidaron de los besos y Raquel presentó a su prima Adriana Terrazas Jara y Osvaldo hizo lo propio.

–¡Bienvenidas a Madrid!

–¡Gracias! –dijo la prima.

–¡Qué cortés! –dijo Raquel.

–¿Nos vamos? –sugirió Osvaldo.

Y los tres iniciaron la ida a la hacienda vinícola de los Santamar; afuera del aeropuerto los esperaba el auto de Osvaldo, por lo que tan pronto subieron al vehículo el chofer se puso en marcha hasta llegar a la casa de él.

–Papá, mamá.

–¿Qué te traes muchacho?

–No le digas nada, ves lo contento que está.

–¿Y a qué se debe que estés tan contento?

–De eso quiero hablarles, se acuerdan de mi novia.

–Sí.

–No me digas que...

–Sí, aquí está...

Enseguida Raquel salió detrás del biombo de madera pintado de motivos mediterráneos, el mar azul, arena dorada, altas palmeras y aves blancas volando en el cielo.

–¡Buenas tardes!

–¡Qué tal! ¿Cómo estás preciosa? Pero si eres igualita al retrato que nos enseñó mi hijo.

–Pero ¡muy buenas tardes! Que esto no pasa todos los días, Osvaldo pide una buena botella de vino para celebrar.

–Yo soy Raquel la novia de Osvaldo.

–Me llamo...

–Mi nombre es...

–Y esta es mi prima...

–Mucho gusto, yo soy...

–El vino ya viene, papá, y es el que te gusta más a ti.

–Pues que no se tarde y esté bien frío.

–Mira nada más y por qué no nos dijiste nada

–Quería darles la sorpresa.

–Nos hubieras dicho y le preparamos una bienvenida como se merece.

–No importa, las cosas espontáneas son mejor.

–¿Oye y ella es la que se parece mucho a Raquel si se disfraza de ella?

–No, la muchacha que es casi igual a mí es otra; de haber sabido que sabían de ella la invito para que la conocieran.

–Sólo era curiosidad nuestra; ¿qué tal si de repente empezamos a ver aquí en la casa a dos Raqueles y qué hacemos nosotros, quién nos dice cuál es la verdadera y cuál la postiza? ¿No?

–Sí, me lo imagino; pero no, a Osvaldo sólo quiero verlo yo y nadie más, y nadie más.

Juntos, sonrientes y amistosos, los padres Emilio Santamar Fuentes y Laura Ibáñez Arenas, el hijo Osvaldo Santamar Ibañez, el primo Nicandro Robledo Santamar, la novia Raquel Jiménez Terrazas y la prima Adriana Terrazas Jara pasaron a sentarse en la gran sala de color crema; el primo tuvo la amabilidad de acomodarse en un taburete y le cedió el sillón individual a la prima. Ya acomodados en la sala, destapada la botella y repartidas las tapas de jamón, queso y aceitunas, ellos se sirvieron un vaso de vino y ellas tomaron un vaso con agua simple, y se reinició la charla.

–¿Y bien, ya sabemos de su noviazgo por Osvaldo, pero quisiéramos oírlo de ti?

–Sí. ¡Mira que conocerse en una isla y hacerse novios! Sólo a ustedes se les ocurre. ¿No?

–Bueno, a nosotros no; fue más bien a nuestro corazón ¿o usted qué cree?

–Háblame de tú y sé que tienes razón porque el amor que tiene mi hijo es cosa del corazón, lo platique con él antes de salir de Santamar y no me lo creyó.

–¿Y usted qué opina?

–Mira que no nos has contado cómo se hicieron novios en Cuba y ya me pides que te diga lo que pienso. Anda, ¿cuéntanos qué pasó?, para saber si fue cierto lo que nos dijo Osvaldo o únicamente fue otro novelado de su imaginación.

Y Raquel empezó por relatar lo que ella presentía al ir a Cuba de paseo en tanto

los padres de Osvaldo se miraban entre sí aprobando su sentir y su presentir, y la prima de ella también escuchaba con mucho interés acerca del insospechado inicio de la relación de noviazgo entre un español y una mexicana fuera de la patria de cada uno. Durante la charla que duró un buen rato, Raquel respondió algunas dudas, inquietudes y preguntas que le hicieron los padres de Osvaldo hasta que todo les quedó claro. Después de una hora la familia invitó cordialmente a las dos visitantes a pasar al comedor. En la mesa los padres de Osvaldo no cabían de contento por la relación de su hijo con Raquel y ellos se trataban como si se hubieran crecido juntos desde niños; no obstante su niñez y adolescencia había sido distinta, cada uno en su casa, con su familia, en su país y haciendo caso a sus inquietudes personales de ser, de pensar, de vivir y de soñar. La historia de cada uno ha sido contada muchas páginas atrás, la de ella al inicio de la obra y la de él fue relatada un tanto en el capítulo tres y el resto se lo contará a Raquel de un momento a otro. Sólo habría que agregar que ni uno ni otra supusieron que se conocerían y que entre los dos surgiría un amor para ser escrito y/o leído, puesto que no es costumbre pensar que uno se va a enamorar de una mexicana o que ella amaría a un español. La comida fue un deleite: vino tinto, cóctel de frutas, sopa de fideos, guisado de ternera con su guarnición de alubias, agua de uva, helado de crema y pastel de chocolate, café de grano y una buena copa de ron cubano.

La noche en la hacienda era cálida y con un viento fresco que invitaba a salir a contemplar el cielo estrellado. Osvaldo sugirió a Raquel a caminar por el jardín de la casa, para platicar de sí mismos cosas de enamorados, admirar las estrellas y verse a los ojos tomados de las manos y abrasados darse un beso y luego otro y otro, sin contar los besos y sin pensar en el tiempo que corre, aunque ellos lo ignoren, porque esa es una cualidad del amor, los enamorados saben que para ellos no hay otra cosa más importante que su sentir y su presencia frente a todo pesa más que la propia realidad que les da sentido y razón de su existencia. “Con permiso, vamos al jardín”, dijeron cuando salieron de la casa. “Vayan, la noche es preciosa”, adujeron sus padres y la prima permaneció con ellos platicando sobre ella y también de México. Mientras tanto nuestros dos personajes sentados en una banca de vieja madera veían y oían el rumor de la pequeña fuente de agua que adornaba el camino de piedra de entrada a la casa; a la vez aromaban el olor a hierba que se desprendía del pasto, las plantas, las flores, los rosales y los árboles que rodeaban el hogar de los Santamar y disfrutaban del aire que acariciaba sus rostros como si ese elemento también celebrara su encuentro. Así se les fue la noche hasta que llegó la hora de ir a dormir y volvieron dentro de la casa. La madre de Osvaldo les indicó una habitación para ella y su prima, el primo se despidió de todos, los cinco se dieron las “buenas noches” y en la recámara ya entre las sábanas Raquel memoraba las palabras de su novio: “La vida en Santamar me ha sonreído desde niño, en casa la familia contó con todo para vivir y mi niñez ha sido de lo más agradable, entre el colegio, los amigos, los primos, los abuelos y sobre todo mis padres; siendo desde temprana edad, nueve o diez años que acompañaba a mi padre a la empresa vinícola del abuelo a supervisar el trabajo, el producto y las ventas de los vinos

que se producían día a día. Fue así como me interesé por dicho oficio y años después, a los doce o trece, ya desempeñaba ciertas tareas como checar la limpieza de las bodegas, el etiquetado de la fecha de envase, el empaçado de los vinos, el acarreo del producto para su venta fuera de la hacienda; años después, a los veinte, empecé a hacerme cargo del trabajo, desde el cuidado de la planta de uva hasta la salida de los vinos, y ahora en la actualidad, a los veintiséis años, conozco prácticamente todo el negocio desde el cultivo de la uva, la vendimia, la elaboración del vino, la supervisión de cada etapa del proceso, la contabilidad de la empresa, las finanzas, los impuestos, los pros y los riesgos del negocio, la organización del trabajo de la empresa, la limpieza de la hacienda vinícola, la contratación de empleados, el pago de los sueldos, la comercialización, la publicidad, la venta, los clientes, el gusto de los comensales y el tipo de vino que acompañaría bien su mesa, así como las posibles pérdidas y las esperadas ganancias de los productos de los vinos *La Fuente*. Mañana me gustaría que veas la hacienda para que conozcas la empresa de la familia”, “Esta bien, será la segunda empresa que conozca por dentro, desde la primaria no he vuelto a ir a ninguna otra. Cuando iba en tercer año, la maestra llevó a mi grupo a una fábrica de gomas y pasamos a cada uno de los departamentos de fabricación de la empresa; en la fábrica nos atendieron únicamente los empleados y ahí nos regalaron un estuche pequeño de gomas, pluma y lápiz con el que regresamos a la casa ese día. Mas en esta ocasión, nunca pensé que uno de los dueños sería quien me acompañe a visitar la empresa”. Fue así como se despidieron antes de irse a descansar cada uno.

A la mañana siguiente tras tomar un buen baño de agua caliente y enseguida del desayuno, en compañía de Osvaldo y su prima, Raquel y su novio visitaron la hacienda vinícola. Muy temprano acudieron a los extensos campos verdes de cultivo de la uva, los cuales se hallaban en medio de un valle rodeado de pequeños montes a lo lejos y bañados en una orilla por las aguas del río Delta del Ebro. En esa tierra fértil y generosa él le mostraba a ella los largos sembradíos de la vid, las buenas uvas prendidas a los racimos de cada planta y el cuidadoso amor que el español le dedicaba a veces, desde el amanecer hasta la puesta de sol, al barbado, la poda, el riego y la mano de obra que ve por su crecimiento y el buen estado de las viñas hasta verlas madurar y que les llegaran los ansiados días de la vendimia. Posteriormente de la visita a los viñedos y el corto retorno a la empresa vinícola, pasaron al interior de sus instalaciones para recorrerla en cada uno de sus salones, empezando por el de la preparación de la uva, donde se verificaba la selección de color, forma, tamaño, limpieza del fruto y la colocación de la vid roja o blanca en sus respectivos y grandes depósitos de prensado o machacado, para molerla a punto de mosto y luego el jugo o néctar se destina a un paciente proceso de fermentación que culmina en el vino y según el producto elaborado: el vino tinto se produce con la uva roja y a temperatura ambiente entre los 20 y 30° C; el vino blanco con la uva blanca o la roja y se hace en frío entre los 9 y los 18° C; el vino rosado con uva roja, o una mezcla de vino tinto y blanco; el vino espumoso se embotella a presión y/o va con dióxido de carbono; y al vino dulce se le añade licor y pasando la fase del

prensado de la uva, el zumo fermentable se coloca en toneles de rica y antigua madera de roble en bodegas oscuras y frescas protegidas del calor y la luz directa del sol; y puestos los barriles apenas se iluminan por la luz artificial y se exponen a la húmeda, la temperatura y el tiempo idóneos que coadyuven a producir el vino originario de la tierra de Santamar. Después las botellas de vino se colocan en posición horizontal para que el corcho se conserve húmedo, el líquido no entre en contacto con el aire, tiempo durante el que las botellas del vino no se deben mover físicamente por parte de los vinicultores, para que adquiriera un sabor más agradable, una calidad única y la textura, color y aroma de la región que los produce. Finalmente, es así como se obtiene la variedad de vinos de mesa *La Fuente* apetecibles al gusto de los lugareños, también de los iberos y hasta de los extranjeros de cualquier parte del planeta. Luego es de aquí del almacén de empaque y venta de los vinos desde donde se distribuyen al interior de España, al resto de Europa, Cuba, México o cualquier otro país que solicite nuestros productos. ¿Ves esta caja de tres botellas, un tinto, un blanco y un espumoso?”, inquirió el vinicultor a Raquel. “Sí”, respondió ella. “Pues en este momento saldrá directamente rumbo a tu casa para ser recibida en unos días en México por tu padre”, añadió él. “No; lo veo y no lo creo”, expresó ella. “Estos vinos estarán en tu mesa antes de que tú vuelvas a casa”, completó Osvaldo y ella simplemente sonrió y preguntó: “¿Le puedo poner una nota a la caja?”. “Claro, es un obsequio para tu papá”, contestó él y Raquel escribió en un papelito: “Gracias papá por confiar en mí; espero te gusten estos vinos que te envía Osvaldo, atentamente tu hija”, escribiendo su nombre, fecha y lugar y enseguida metió la hoja dentro de la caja color madera de los vinos *La Fuente*. Al terminar el recorrido que hicieron al interior de la empresa vinícola, Osvaldo tomó una botella de vino rosado y la sirvió en una copa para aromarla e invitarla a catarlo. ¡Ah!, y la mejor copa o vaso para el vino es la de cristal fino y sin tallar; aparte de que la copa no debe servirse llena sino a la mitad para apreciar su aroma. Posteriormente Osvaldo, Nicandro, Raquel y Adriana salieron hacia la hacienda a almorzar con sus padres y pasado el mediodía los cuatro se encaminaron a dar un paseo por las calles de Madrid. El paso de Raquel y su prima por la acera de la Gran Vía, una de las calles en Madrid, era el de dos mexicanas que por su belleza y simpatía llamaban la atención de españoles, transeúntes europeos y de otras nacionalidades; ambas caminaban admiradas de la populosa ciudad, sus bancos, comercios, edificios y la activa circulación de autobuses, coches, camionetas, motos, gente a pie y hasta en bicicletas que iban de compras y visitaban almacenes buscando regalos que llevar a la familia. Junto a ellas, Osvaldo y su primo Nicandro caminaban a su lado paseando por la puerta de Alcalá y platicando acerca de la nueva pamplonada que corría en las calles españolas con días y noches de fiesta, de la que su primo Nicandro le comentó a Osvaldo: “Te atreves a jugártela con los toros como el año pasado”. Ante dicho reto el vinicultor le contestó: “No primo, ahora deseo seguir viviendo; pues hoy tengo a quien amar”, y mirando a su novia, a la que llevaba tomada de la mano, le dio un breve beso como confirmando lo que decía. Pero además de inmediato agregó, “el año pasado perdiste y no te quiero volver a ganar”. Entonces aquél le reviró: “No presumas tío, me ganaste porque una tipa se me atravesó y si no

hago algo por ella el cornudo la agarra y ahorita no lo estaría contando”. Osvlado cortó: “Bueno, ahora se trata de divertirnos aquí y nada de entrarle a los astados de Pamplona, ¿de acuerdo?”. “No se diga más”, respondió el primo. La ida a las compras fue larga y tediosa, ver escaparates, artículos, precios y escoger lo que a la familia pudiera gustarle no fue una tarea placentera y dado que el tiempo se prolongaba irreversiblemente el par de primos prefirió esperar a que las mexicanas terminaran solas de adquirir los recuerdos para sus seres queridos que las esperaban en casa. Mientras ellos tomaron una cerveza acompañada de su respectiva botanita, como aperitivo antes de cenar con ellas en el bar del restaurante donde quedaron de verse a determinada hora. Una hora más tarde el par de mexicanas con sendas bolsas de compras concurren a la mesa de estos dos caballeros a compartir el pan y la sal de la buena cocina española una calle próxima a la puerta de Alcalá. Terminada la cena los cuatro se fueron a la casa de los Santamar. Ahí Osvlado amparado en la belleza del jardín, la tranquilidad de la noche y el ensueño de amar conversó con Raquel del único tema que más le importaba desde hacía semanas; bajo la enorme encina que crecía casi a la entrada de la casa, escuchaban la música que sonaba de su reloj de mano, observaban el cielo abrazados uno al otro, veían las rosas blancas que estaban a su lado, oían la caída de agua de la fuente situada enfrente, se sostenían la mirada y se devolvían el beso que recibían del otro, para después de un gran rato hacer las preguntas que aguardaban salir de su pecho nuevamente: “¿y qué has pensado de lo que platicamos por teléfono la última vez que te hablé a México?”. Raquel lo miró fijamente a los ojos, lo quería enormemente pero aún no había pensado la respuesta. Osvlado añadió, “¿te quieres casar conmigo?”. Ella enmudeció aún más, si un segundo antes calló, ahora no sabía qué contestar. Osvlado amplió su intención, “¿me gustaría saber tu respuesta para hablar con tus padres y con los míos y luego preparar la boda?”. Raquel continuó absorta, él le había pedido que reflexionara su propuesta de matrimonio; empero cuando la escuchó de sus labios creyó que no era cierto sino un simple decir. Para ella dicho compromiso podía ocurrir después, ya que apenas empezaban a conocerse en su persona, sus sentimientos y deseos y les faltaba apreciar las actitudes, los actos y los valores del otro; así como considerar las aspiraciones, la labor y las metas a lograr por él y acaso por ella. Ahora él la miró a los ojos, queriéndola como no imaginó que la amaría y lleno de suspenso por el posible sí y el nunca esperado no. Ella con sus manos apretó las manos de él, lo miró de frente y le dijo, lo que Osvlado ya sabía: “te amo, amor, y deseo que seas el novio que eres para mí y que yo siga siendo la novia que te quiere y que tú amas”. Osvlado intuyó que ella diría que no y la siguió escuchando para saberlo en sus propias palabras y no en un presentimiento que podría ser una equivocación. “Por ahora me interesa prepararme, continuar y terminar mis estudios universitarios; además de trabajar para sostenerme y ayudar a mi familia y vivir por ahora este noviazgo contigo por un buen tiempo para gozar mi juventud y mi soltería mientras pueda, y en unos años más daré ese paso que me propones aceptando ser tu esposa, si aún es posible el matrimonio entre nosotros”. Fue ahora Osvlado el que guardó silencio, no obstante mantuvo las manos de ella agarradas con las suyas y la besó y la abrazó aceptando la respuesta de Raquel y

concediéndole que mientras tanto serían novios y quizás con el tiempo el amor los llevaría al altar. “¿Qué piensas?”, cuestionó ella. “A mi lado como mi esposa podrías seguir con tu plan de vida y tus propósitos personales que me has contado y entonces digo que tú y yo podríamos casarnos, ¿qué me dices?”. “A mí me interesa salir adelante por mi misma y lograr mis metas sin ayuda, independientemente de cualquier persona o de un esposo; en este momento, tú eres lo más valioso para mí, más no podría admitir cumplir mis sueños como estudiante, trabajadora y mujer gracias a que mi pareja me sacó adelante. ¿Me explico?”. “No logro entender por qué si nos casamos, tú no serías independiente a mi lado; pero haremos lo que me dices. Para mí no hay ninguna duda acerca de ti, de tu amor hacia mí y del valor de tu persona como mujer con aspiraciones y con un afán de realizarse que está por encima de todo lo demás. Si lo que tu quieres es alcanzar tu proyecto personal con tus propios esfuerzos, adelante. A mí me se será fácil esperarte; pero podría intentarlo. ¿Te parece?”. “A mí también créeme que me sería difícil decirte hoy “me caso contigo” y que mañana no me sienta bien, por haber tomado la decisión que no quería, y que después no pueda continuar viviendo satisfecha en un matrimonio que aún no deseo. Y sólo desearía que a su tiempo sea contigo con quien vaya a ir al altar”, le dijo esto un poco apenada y se sonrojó por ese atrevimiento de confesar que ella también deseaba ese matrimonio; aunque éste fuera después. Minutos más tarde los dos se retiraron a sus respectivas recámaras, dándoles mutuamente las “buenas noches” al señor y la señora Santamar. Osvaldo todavía la despidió en la puerta de su recámara con un beso y un “que descanses” y ella le expresó su agradecimiento y comprensión con un “¡gracias!” y un “hasta mañana”.

Los demás días de Raquel en España fueron un sueño para vivirse porque ella ya estaba enamorada de Osvaldo y, sin embargo, cada día el amor crecía entre ellos como si no lo hubieran vivido anteriormente y cada uno trataba de enamorar al otro como si no lo estuviera. Para ello Osvaldo convino con sus padres que acompañaría a Raquel y su prima a pasear este fin de semana, recorriendo sitios de interés para que las dos mexicanas disfrutaran su estadía en España. De modo que la noche del viernes el vinicultor, Raquel, la prima y Nicanor concurren al concierto de Joaquín Sabina y Chabela Vargas en la nutrida plaza de Santamar; el sábado salieron a Madrid a presenciar el disputado partido de fútbol entre el Real Madrid y el Barcelona, cuya afición al equipo local había tenido Osvaldo desde niño y a Raquel también le gustaba ver dicho juego, aunque no tenía un equipo predilecto; y el domingo temprano se fueron los cuatro a la playa a darse un baño de sol, meterse por un rato al tibio mar y después protegidos bajo la fresca sombra de un parasol se sentaron alrededor de una mesa a disfrutar la leve brisa del Mediterráneo. Y el lunes tan pronto los dos primos tuvieron las maletas listas agarraron el primer tren para viajar con ella por la tierra de Miguel de Cervantes Saavedra, en cuyo itinerario Osvaldo aprovechó para platicar con Raquel acerca de una gran obra de aventuras y heroísmo de un nunca olvidado caballero denominado “*El ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*” que tras cuatro siglos de vida literaria todavía iba más allá de su pueblo dispuesto a sacrificar su existencia en

aras de un ideal de justicia, por lo que cuando el transporte más rápido de Europa pasó por la tierra de nuestro comentado personaje cervantino, Osvaldo dijo dirigiéndose a las dos mexicanas: “ahí ven ustedes los molinos, digo, los gigantes que el Quijote combatió ante su amenaza a la España feudal”, y la oruga de acero prosiguió su veloz marcha sobre el camino de metal hacia el castillo de los reyes medievales. “De niño crecí con el Quijote en una versión de literatura infantil que leí en los primeros años de colegio; en educación media básica los maestros de los cursos del idioma Español conversaban con nosotros acerca de varios pasajes de la obra para hacer su análisis correspondiente; y ya más dedicado a la lectura en el bachillerato me aventuré a leer por vez primera los dos libros que escribió Cervantes”, le confirió él entre otras cuestiones a Raquel. De tal manera que el viaje por España tenía mucho de interesante por el lado que nuestros personajes principales lo quisieran ver: el periplo de las dos parejas iría de ciudad en ciudad, de un poblado a otro, de un paseo a un descanso, de un museo a una plaza, de un hospedaje a un restaurante, de un jardín a un playa, de una conversación a otra, de una noche romántica a un nuevo amanecer y de un pasaje literario a otro de aquella gran obra universal que él le comentaba a ella. Y nunca antes le gustó a Osvaldo contar tanto de las provincias de su tierra como lo hacía ahora al lado de la guapa chica mexicana y a ella cada lugar le fascinaba la posibilidad de recorrerlo porque al lado de él podría ir donde acabara el mundo. De tal modo que ahí estaba el mapa, la patria y Osvaldo de guía para turistar aquí y allá por su tierra para cuando se casaran y Raquel se estableciera en España para visitar la Torre del Oro, la catedral gótica y el palacio musulmán del Alcázar o la residencia oficial de los reyes españoles, en Sevilla; y viajar por el mar frente a la Costa Brava y tomar un trago a bordo de *El Columbus*, si por ahí anduviera el conocido del barco, e ir hasta el puerto comercial y turístico de Santander; y también dejarse leer el futuro por el arte, el conocimiento y la experiencia de la andariega mujer españocubana del nombre de Luna, si ella acompañara en sus peripecias al capitán Santos Galicia; y recorrer la Costa del Sol y los puertos de Andalucía, o a pasar una tarde en toros en Málaga; y pisar el arco del triunfo de Cataluña, en Barcelona; y cambiar euros por pesos en Valencia para cubrir el regreso a la ciudad Azteca; y ver a la orilla del río Delta del Ebro la basílica de Nuestra Señora del Pilar, en Zaragoza, donde según él hasta podría ser su boda; y andar por la ciudad industrial de Bilbao o presenciar de día y de noche el ambiente festivo de los sanfermines en Pamplona; de escalar y esquiar en Los Pirineos, y respirar el aire de montaña y jugar con la nieve; y admirar la riqueza cultural de la universidad de Salamanca, un poco antes de volver al populoso centro de Madrid, para ir de compras a la tienda de souvenirs con tal de hablarle de la telefónica a su familia y tomarse un café en El Paraíso, o ir a comer y bailar a otro buen restaurante cerca de la puerta de Alcalá; y recorrer el museo de arte moderno y ver *El Guernica* de Picasso, *La Bioastracta* de Miró, *Las Meninas* de Velázquez y otras grandes obras del genio artístico de los españoles. O saltar de ahí a Francia, Italia, Alemania, Holanda y volver sólo si fuera preciso a México o a Santamar para seguir viviendo su amor. Pero todo esto era el atractivo turístico en los planes de viajero que Osvaldo le platicaba amenamente a

Raquel y eran los lugares imaginados por ella motivada por el deseo de viajar y conocer la gente y las culturas de este rincón del orbe pisado por primera y quizá la última vez. Lo que ya no fue imaginario, fue la confidencia de Osvaldo a su novia sobre un momento de la historia del pueblo español y también de la vida propia de su abuelo Alonso Santamar Rodríguez. “Por los años treinta en España el pueblo apostó a los ideales de vida y de lucha que mis compatriotas de aquella época soñaron para construir un gobierno y una sociedad que velara por los trabajadores. Mi abuelo Ricardo Santamar González, cuenta mi padre, luchó al lado de los campesinos que anhelaban su tierra frente a los latifundistas que los explotaban. El pueblo logró entonces la hazaña de forjar la República Popular, una patria donde la vida social, el poder, las leyes, la economía, la cultura, la educación, la salud, el bienestar, el humanismo y la libertad fueran una realidad presente y futura para los españoles. Sin embargo, la gente poderosa del país, los capitalistas nacionales, los políticos de la derecha, los clérigos alejados del pueblo, los militares vende honores y los personeros antisocialistas del mundo planearon derrotar a esa opción de izquierda y actuaron en contra de la voluntad y la soberanía española, atacándola sin conmiseración hasta derribar el gobierno de Nieto Alcalá Zamora y llevando al exilio a cientos de miles de luchadores a otros países de Europa y muchísimos otros a México. Mi abuelo sobrevivió a la sangrienta guerra civil y se impuso al destierro durante veinticinco años en Francia, de donde volvió a Santamar como un próspero viticultor, allá aprendió el oficio de producir los vinos y que le heredó a mi padre y a mí. Aquí mi abuelo puso un pequeño centro casi artesanal para elaborar los vinos, dándole trabajo a unos cuantos empleados y con los años a los lugareños les interesaron nuestros productos, por lo que mi abuelo y mi padre establecieron una empresa vinícola modesta que ha ido aumentando su producción, sus bienes y tierras aún rentadas por mi padre y a la par ha aumentado el número de gente que trabaja para nosotros. Volviendo al pasaje de la lucha, el arrojó español de defender su patria y la valentía de un gran número de luchadores internacionalistas, entre ellos algunos mexicanos, no resistió la embestida falangista de Francisco Franco, militar que fraguó lentamente el golpe de Estado desde los cuarteles y fue apoyado después por Adolfo Hitler, Benito Mussolini y hasta por el régimen norteamericano. Siendo una tarde de julio que Franco inició esa oscura noche de los militares en España, los obreros consiguieron detener los primeros ataques en las ciudades; pero los conservadores combatieron a fondo, ganando en Madrid la batalla final, y en defensa de su soberanía el pueblo español sucumbió ante esa guerra genocida que suprimió durante décadas las aspiraciones sociales de sus compatriotas del pasado. A tal acontecimiento alude la pintura de Picasso, *El Guernica*, cuyos dibujos, colores y sensibilidad artística hacen cobrar vida en la memoria individual y colectiva el valor, la tenacidad y la conciencia de los españoles por preservar el gobierno y el modo de vida socialista conquistados años atrás. Con ello el destino de los españoles cayó en las garras de una feroz dictadura militar que envejeció gobernando España, hasta que se recobró actualmente un rostro civil y una figura democrática que oscila de un poder de derecha a un aparente régimen de izquierda, por lo menos hacia fuera, es decir, ante el mundo”.

SI/NO

El amor no tiene un derrotero único. La amada no suele terminar en brazos del amado y amar para éste no es una acción tan sencilla para alcanzarla a ella siempre. A veces, son tantas cosas las que le suceden al amor de los amantes, que –pese a amarse innegablemente– el amor no siempre es lo que prevalece entre ellos y para resolverse una u otro a tomar una decisión menor o definitiva que sea un “sí” frente a un “no”, suele ocurrir lo inimaginable entre ambos: una palabra expresada o no dicha a tiempo, un detalle amoroso o sin afecto, una ausencia u otro motivo llegan a interponerse entre los dos, y esto sucedería en la vida de Raquel y Osvaldo porque los sentimientos de una mujer y un hombre son un puente frágil que es necesario saber cruzar juntos y andar al mismo paso.

No obstante Osvaldo vibraba de felicidad junto a Raquel porque el amor a una mujer es una dicha que engrandece al hombre que vive y disfruta ese sentimiento y él lo sabía: ella estaba ahí frente a él, sentada en una banca de la plaza de Santamar, bajo las grandes y verdes ramas de un trueno, ante un kiosco pintado de blanco y en el interior de éste una banda de viento tocando música folclórica de la región. Más allá se veía la sucesiva caída del agua de una fuente de piedra rosa y parejas y adolescentes y niños que caminaban alrededor del jardín de la plaza, mientras los dos tomaban un delicioso helado, ella de vainilla y él de licor, y conversaban acerca de sus impresiones en los recientes días de vacaciones de la mexicana en la patria de Cervantes. Entonces ella expresaba lo que le parecía el poblado y cuál era su opinión sobre la familia Santamar y él le interrogaba acerca de si a ella le gustaría quedarse a vivir en España, trabajar en la empresa vinícola e incluso estudiar acá su carrera de periodismo, titulándose en unos años y luego buscando una chamba en los medios para reseñar con tinta y papel el mundo y sus acontecimientos, actuales y futuros, entre los que están contraer nupcias con él, radicar en España y visitar seguido México para ver a los padres de la novia. Y le hablaba también de sus vivencias a sus veintisiete años, de sus recuerdos infantiles más memorables cuando jugaba soccer en el deportivo central y de su primera comunión en la iglesia a los ocho años, de su participación artística en un bailable del colegio elemental y de referir sus intrépidas acciones de púber cortejando a una de sus compañeras del colegio secundario, misma que dejó de ver después de que salieron del tercer grado; y sobre todo de confiarle de sus íntimos y verdaderos propósitos de joven hogareño, casadero, enamorado de ella y mal correspondido en su apresurada declaración de amor sin luna llena. Obviamente llegado este punto, Raquel omitió interesarse demasiado en el tema y en forma displicente le recordó la invitación que él le había hecho para ir a comer a un buen restaurante cercano a la plaza principal y luego también le propuso regresar a casa, para arreglarse para acudir al concierto largamente esperado del señor del rock en español, Joaquín Sabina. Al que asistieron en medio de una muchedumbre desatada por escuchar su música internacional, entonar sus canciones

regionales y recrearse con sus aires de artista de la pluma y el verso, que sólo él sabe escribir e interpretar como nadie con el inconfesable propósito de hacer más romántica la vida, la historia y los líos de amor y desamor de los enamorados españoles y de los no españoles. Todo al aire libre, bajo una noche tibia de cielo oscuro y estrellas brillando al fondo, y Sabina arriba de un escenario espectacular por sus luces de colores, su sonido estupendo, sus músicos del alma, sus instrumentos afinadísimos, sus elogiados coristas y su equipo maestro de experimentados ingenieros electrónicos dirigiendo el concierto para el goce y disfrute de la juventud provinciana y fuereña. Fue así que escuchando una a una de las elocuentes letras de Sabina, ellos dos se cantaron a dúo su mutuo amor y se aconsejaron vivirlo, uno para el otro, por encima de ideales y fronteras, de arrebatos y desencantos, de dudas y errores, de costumbres y temores, de lo que puedan decir y lo que pueda pasar, de familias y consejos, de tropiezos y desencuentros. Pero esto no era otra cosa más que un posible estribillo que Joaquín no ha escrito y que nuestro par de personajes refrendaron como si fuera suyo bajo una noche negra, fría y de llovizna menuda que, pese a amenazar con parar el evento musical, permitió que éste concluyera felizmente para todos los presentes. Horas después del concierto a nuestro par de invitados, Raquel y Osvaldo una vez en la casa de la familia Santamar no les quedó más que decirse uno al otro: “buenas noches”, “hasta mañana”, antes de irse a dormir.

El sábado fue el último día de vacaciones de Raquel en España. Osvaldo la invitó a pasear en la bellísima playa del puerto de Santamar. El sol, español al fin, permitía una mañana fresca, húmeda y soportable para los bañistas tempraneros; el cielo azul pálido, seminublado y casi llorón propiciaba una atmósfera cargada de lluvia contenida que no tuvo hora para caer. Los dos, sentados en la arena, se contemplaban en silencio, platicaban viendo el océano y hacían su propio mapa del mundo: “allá está México”, decía la mexicana, “acá está Cuba” señalaba el español. También se dieron el tiempo suficiente para disfrutar de la brisa, el mar y la playa, Raquel aprovechó el momento para broncear a Osvaldo, aunque el sol no lo ameritase y él también deslizó sus manos con una delicadeza inimaginable por todo el hermoso cuerpo de Raquel como si no quisiera concluir de broncearla. Entonces pasados unos minutos, de entre lo nublado, el sol salió radiante como si por lo menos dos enamorados lo necesitaran en la playa para adorarse y no bastara la mirada de ambos; sino que se requería, además de su propio fuego personal, un baño de luz del astro celeste, más la dicha del luminoso y cálido sol minutos después volvió a mitigarse tras un telón de amigables nubes llovederas. Luego con sus cuerpos envueltos de arena y besos Osvaldo y Raquel andando de la mano, se metieron los dos a nadar en la orilla del mar casi sin percatarse de los demás, ni de una lancha que daba vueltas más allá de la orilla o de una pelota gigante que llegaba hasta ellos, ni de los gritos de los niños por el ir y venir de olas o del rumor de las aguas porque la vida iniciaba y terminaba en ellos. Mientras Osvaldo la abrazaba por la cintura y le preguntaba: “¿te casas conmigo?” y ella le contestaba “todavía no”. Un rato más tarde la pareja caminaba en la playa y abrazada o de la mano e imprimía las huellas de sus pies sobre la blanca arena mojada por el perpetuo oleaje de las frías aguas

del mar verde esmeralda que se extendía desde la orilla hasta más allá del horizonte y luego se correteaban mutuamente pues al alcanzarse uno al otro, él recibía un beso y ella otro; y él iba detrás de Raquel para decirle “quédate en España” y ella corría para contestar “no puedo”. La hora de comer les dio a los dos un respiro, un impasse, para que en el restaurante el “sí” de él y el “no” de ella tuviera el suficiente interés como el tema único durante la comida y después en el reposo de la sobremesa, para lo que Osvaldo encargó un vino dulce, sirvió dos copas, puso una copa en la mano de Raquel y brindaron por su amor. Ella pidió una sopa de crema, una fuente de mariscos, una ensalada de mejillones, galletas y agua fresca de sabor para ambos y compartió con él cada platillo; mientras degustaban la comida, la música romántica del lugar ambientaba el momento, para que no sólo ellos sino también las demás parejas se expresaran, una vez más, un “te amo”. Tras la comida, Raquel y Osvaldo sentados un poco más juntos, se abrazaban, se besaban, se miraban a los ojos y saboreaban un helado de vainilla ella y él bebía una taza de aromático café. Pasando tan bellos instantes juntos él optó por decirle: “quédate un día más en Santamar” y ella le respondió “mañana tengo que volver a casa”. Los dos lo entendieron así, por ahora sus días de romance juntos llegaban al final y la vida para los dos volvería a su curso normal por un tiempo más, hasta que las circunstancias les permitieran encontrarse de nuevo; Osvaldo regresaría a su trabajo de vinicultor en la empresa familiar y Raquel a estudiar en Ciudad Universitaria el lunes siguiente de que llegara a México. Aún así la entereza y el ánimo de ambos les ayudó a los dos a seguir disfrutando contentos las últimas horas de las vacaciones de Raquel en Santamar y bailar sueltos o tomados de la cintura, como lo hicieron en Cuba y en México, platicando y riendo, con el mismo ritmo de baile o moviéndose cada quien por su lado, y mareados, cansados y sin aire al final de la pieza musical. “Tengo sed”, dijo él y pidió un vaso con agua mineral. “Ya no puedo bailar, dijo ella y se sentó a la mesa. “Vámonos a casa”, cerró él. Entonces salieron del restaurante enseguida que Raquel pasó a arreglarse al tocador. Ya en la hacienda de los Santamar la tarde noche transcurrió con el sosiego de los padres de Osvaldo, la inquietud del hijo y las prisas de las dos mexicanas por preparar sus maletas para partir mañana al nuevo continente.

El domingo las dos mexicanas regresarían de España a nuestro país. Por el mediodía Raquel se despidió de Osvaldo en el aeropuerto de Madrid, los dos se dieron un fuerte y largo abrazo, se dijeron emocionadas palabras al oído y un beso de esos que no se apagan tras el adiós de los amantes. Todo estaba listo para que las dos primas abordaran el avión. Él no quiso tocar el asunto del matrimonio por si Raquel hubiera cambiado de parecer. De la mano de él, iba ella hacia la entrada del pasaje rumbo a la aeronave: “Gracias por todo, amor”, dijo Raquel. “Fue muy agradable tu visita a Santamar”, expresó él. “¿Nos volveremos a ver?”, preguntaron ambos intentando descubrir la respuesta, pues los dos intuían que algo no andaba bien en esta relación de noviazgo, pues en la novedad del amorío aún no descubrían lo que esperaban uno del otro. Enseguida los dos se miraron a los ojos y guardaron silencio, sin acertar a contestarse. Esta vez no era el amor lo que los distanciaba o el qué pasara entre

nosotros ni lo grande del mundo, tampoco la lejanía de sus domicilios ni sus países y costumbres, ni sus familias y posiciones y menos su oficio e idiosincracia. Más bien era la manera de verse, tratarse y cortejarse mutuamente desde un interés distinto en el que hablar de una boda entre ellos, aún no podía convertirse en una intención común y compartida por las razones conocidas. “Sí, nos veremos”, afirmaron viendo a la mirada del otro, sin estar seguros de lo que se prometían y quizás albergando en este instante la duda de si se verían o no posteriormente. Así transcurrió la despedida entre ellos. Raquel se fue a México y Osvaldo regresó a la hacienda.

Sí o no fue la gélida disyuntiva que surgió entre Osvaldo y Raquel en esos días que pasaron juntos en España. Raquel lo percibía ahora que la prima dormitaba en el asiento de a lado y ella iba pensando en el avión, mientras volaba sobre el Atlántico rumbo a México, cruzando un cielo rodeado de nubes blancas y contemplando un cielo azul lejos de su mirada y Osvaldo ya no estaba a su lado para influenciarla a aceptar su proposición de matrimonio. Aparentemente las diferencias entre los dos estaban resueltas desde el principio de su noviazgo; pero no. Raquel era una muchacha segura, firme y decidida en lo que pensaba, decía y hacía y raramente vacilaría en torno a una idea, una acción y una elección suyas, y esta era una de esas ocasiones. A lo que habría que añadir que en el amor, el corazón y los sentimientos se pueden poner por encima de las más grandes e importantes decisiones humanas y también en las de una mujer frágil, desarmada y titubeante como ahora le ocurría a ella. Osvaldo en el camino a casa meditaba cauteloso, sereno y aprehensivo acerca de cómo tomaría la respuesta que Raquel le había dado días atrás y a la que de entrada no sacó ninguna conclusión respecto a seguir el noviazgo que había iniciado con ella, y en ningún momento sufrió un desosiego en su sentir personal ni se percató de la actitud latente que tomaría en los días y semanas posteriores a la partida de su novia a México. Al no ser aceptada su proposición, Osvaldo no sabía con exactitud si seguir o romper con Raquel, pues el “no” de ella lo alejaba de su anhelo primordial de realizar sus más hondos sentimientos de enlazarse con la mujer de su vida, y ella lo era. Ciertamente que no estaba en los planes de su novia firmar el acta matrimonial en el futuro inmediato. Esto constituía el pequeño gran dilema existencial de la pareja hispanomexicana, que los distanciaría, lo quisieran o no, de manera inconsciente y deliberada y ella lo presentiría aún más al llegar a su casa.

NO

Horas después en México, la alegría de los padres de Raquel al verla fueron el mejor recibimiento: las sonrisas, los besos y los abrazos a la hija y de ésta hacia ellos les devolvieron a los tres la dicha familiar. Sus padres, Graciela Terrazas de Jiménez y Ángel Jiménez Uribe, la extrañaron como si ella se hubiera ausentado largo tiempo de casa, siendo notorio que a ellos les había hecho falta su presencia en el hogar. Aunque cansada un poco por el viaje, Raquel venía radiante de energía, con un estado de ánimo hasta las nubes y una efusividad extra que era una buena carta de presentación acerca de cómo le había ido en España. Así que conminó al padre y a la madre a sentarse en la sala y, sobre la mesita de centro, enseguida abrió las maletas que llevaba para darles un bello recuerdo traído de España, reservando los respectivos obsequios de sus hermanos porque éstos andaban ahora fuera de casa. “¿Y qué tal, cómo te fue?”, preguntó su madre. “Bien mamá, muy bien”, contestó ella. “Me alegra mucho que te haya ido bien; por las noches, a veces, no dormía por la intranquilidad de no saber cómo la estabas pasando; pero me alegra que todo haya ido bien”, dijo su padre. “Gracias papá y a ti mamá por comprenderme y dejarme ir a España”. “¿Y de él qué nos platicas?”, inquirió su madre. “Osvaldo está bien, les envía saludos y a ti un beso mamá”, dijo ella sonriendo y agregó: “Y a Adriana y a mí nos fue muy padre con él y su familia. ¡Gracias papá y a ti mamá por dejarme ir a España”. ¿Y dónde se hospedaron siempre?”, cuestionó el papá. “En su casa sus padres nos invitaron a pasar bajo su techo todo el tiempo que estuvimos en España; por cierto también les mandan saludos y un regalo que les traje de su parte”, dijo ella y se los entregó en propia mano. “¿Si gustan pasamos al comedor para cenar?”, propuso la madre. “Vamos”, dijo el padre y ella a la vez. La cena fue frugal, leche y pan, para ella, en tanto sus padres se sirvieron los platillos que habían preparado para esta noche; a sus hermanos no los esperaron ya que los tres habían ido a una fiesta y volverían un poco tarde, o más bien de madrugada. En el comedor Raquel conversó con sus padres sobre los sucesos sobresalientes en sus vacaciones, refiriendo sus ideas acerca de los papás de Osvaldo, de su relación con él, de la compañía de su prima, de lo que le pareció España y de los lugares que visitó y de sus impresiones del viaje a Santamar, la hacienda vinícola y ¡oh! también aludió la pretensión de su novio de casarse con ella. Esto último, la idea de si Raquel accedía a unir su vida con la de él, dejó boquiabiertos al señor y la señora Jiménez T. “¿Y qué vas a hacer?”, interrogó su padre. “¿O qué le dijiste?”, indagó su madre. “Una proposición así es algo muy serio y tal vez no la has meditado lo suficiente, hija”, comentó de antemano su progenitor. “¿Habrá boda?”, quiso saber su mamá. “Sé lo importante que un joven tan apuesto como él pretenda que yo sea su esposa y sé que tuve tiempo suficiente para reflexionar lo que Osvaldo me pidió en Santamar, Más aún no se me quita la idea de que soy joven todavía para ir al altar. Me gustaría casarme y más con él; pero por el momento deseo seguir soltera unos años, dos o tres, ¿no sé cuántos?, y después pensar ya seriamente en el matrimonio”, les confió a sus padres y, sin dar pausa

a que el silencio de sus padres se rompiera expresando ambos sus respectivas opiniones, entonces continuó: “Todavía quiero estudiar la carrera de periodismo y comunicación y trabajar por mi cuenta para mantener mis estudios; así como prepararme de manera independiente; pienso que si me caso ahora, ya no tendré la libertad que como mujer soltera disfruto ahora. Casada estaría al tanto de una casa, un hogar y de mi pareja, tendría que ver por mí y luego ver por mis hijos; aunque la familia llegaría después”. Sus padres la escuchaban y la iban entendiendo sin alcanzar a decir esta boca es mía y, por si no les quedara claro, completó de manera valiente y convencida: “Deseo ser libre aún, tomar mis propias decisiones y valerme por mí misma para lograr lo que quiero ser, realizar mi proyecto de vida que como mujer, trabajadora y estudiante tengo, y que el día de mañana sea una profesionista preparada por mí misma y que un posible esposo no interfiera en lo que yo quiero ser. Esto lo sé aún antes de conocer a Osvaldo y convertirme en su novia y por eso tengo duda de ser su esposa ahora”. “¿Y él cómo tomó tu respuesta?”, preguntó su padre. “Creo que no está muy convencido; pero comprendió mi manera de ver las cosas”, le respondió su hija. “Esperemos que sea así”, opinó su madre. “¿Y cómo quedaron entre tú y él”, inquirió nuevamente su papá. “Para ser franca, todo está en veremos”, expresó ella. “¿Qué quieres decir con eso?”, planteó su mamá. “Bueno hemos quedado como novios; pero lo que no sé, es si conservaremos nuestra relación”, confió ella. “¿Por qué?”, preguntó su mamá. “¿Porque quedamos de hablarnos, mas eso lo sabremos después; presiento que nada asegura que sigamos de novios, pues Osvaldo desea casarse conmigo y yo aunque lo amo, no quiero casarme todavía?”, afirmó ella y añadió: “¿Cómo ven?”, preguntó sin querer a sus padres y éstos se quedaron de una pieza, sin acertar a darle una idea clara. “Vives un situación difícil y no sé cómo la vayas a resolver”, aludió su padre. “Raquel, espero que estés segura de lo que quieres”, se dirigió a ella su madre. “Lo estoy madre; aunque hallar el amor y decirle “no” cuando el corazón dice “sí”, no es actitud tan fácil de sobrellevar. ¿Me entiendes?”, sentenció e interrogó la hija. “¿Y de qué manera, cómo que eres mi hija!”, enfatizó su madre. Para sus primogénitos, Raquel había llegado a México; pero ella todavía seguía en España y sin querer recordaron sus lejanos días de noviazgo entre ellos, se miraron discretamente y se sonrieron para sí. Una hora de la noche casi había transcurrido, desde que la hija llegó, optando entonces ésta por irse a su recámara. “Bueno, ¡buenas noches!, me voy a descansar. ¡Hasta mañana, papá; nos vemos mañana, mamá!”, y se despidió de los dos con un beso en la mejilla.

La noche fue corta y plácida, Raquel estaba de nuevo en casa, se dio un baño rápido y luego cayó como un tronco, durmiendo en su propia cama y de un solo sueño despertó al día siguiente cuando su madre tocó a la puerta de su recámara: “Hija, son las diez de la mañana; el desayuno se enfría, ¿no te vas a levantar?”, y se retiró a la cocina. Si Raquel la había escuchado en un rato estaría con ella en el comedor. Así fue, minutos después hija y madre estaban sentadas a la mesa, desayunando y conversando las noticias.

–¿Qué soñaste? –preguntó la madre.

–Sí soñé; pero no recuerdo qué –contestó la hija.

–Bueno así sucede, uno no siempre recuerda sus sueños.

–¿Cómo estás, mamá, y qué has hecho en mi ausencia?

–He estado bien y me dedicado un poco más a tus hermanos y a tu padre mientras paseabas en España.

–¿Y qué me cuentas de ellos?

–Pues las cosas ahí van; cada quien realizando sus actividades y en ocasiones comentando entre nosotros lo inusual de tu noviazgo con Osvaldo.

–Ya lo creo, no es el noviazgo común.

–En efecto y tu padre a veces está preocupado por ti, platicando conmigo qué será de ti, si tu relación con él va a llegar algún lado o si todo va a terminar y ya.

–¿Y tú qué crees?

–Raquel, espero que todo salga bien para ti, es lo que más deseo; de lo demás les toca a los dos decidir que pasará entre ustedes dada la situación por la que pasan, la cual no es sencilla de resolver. Los amores no pueden estar tan lejos y aguardar tanto tiempo sin verse.

–Sí, así lo creo.

–¿Y tú qué vas a hacer ahora; después de tanto viaje...?

–Empezaré por limpiar mi recámara y ordenar mis cosas, para planear mis siguientes actividades en la escuela y el trabajo.

–¿Cuándo reinicias la escuela?

–Ya, el lunes siguiente.

–¿Y trabajo?

–Ese puede esperar.

–A ti se te hace todo tan fácil.

–Mamá, no siempre hay que preocuparse; además hay tiempo para buscar un nuevo empleo y comenzar a trabajar. ¿No lo crees?

–Como digas; cada quien sabe lo que tiene que hacer.

–Eres muy buena al entenderme– dijo Raquel besando y abrazando a su madre que se sintió correspondida y mimada por la hija y lo último que le respondió fue:

–¡Aduladora!

De inmediato las dos se levantaron de la mesa, la madre acudió a la cocina a atender la limpieza de la misma y Raquel se marchó a su recámara.

UNA BANDERA EN EL MUNDO

“El rostro oculto del zapatismo, sin embargo, fue más visible que el de los poderosos de la nación mexicana y tal vez del mundo. Los pueblos mayas, zapatistas, chiapanecos, indígenas, revolucionarios, libres y milenarios poseen una visión de la vida, de la sociedad y del hombre, manifestando una palabra y un pensamiento claro, explícito, local, global, firme, verdadero, honesto, justo y resuelto a defender sus ideales sociales. Por los que se levantaron en el primer minuto del día primero de enero de 1994, recurriendo al internet como un nuevo símbolo y lenguaje comunicativo de los pueblos que luchan por conquistar sus derechos históricamente perdidos en los pasados cinco siglos a manos de los viejos colonialistas y los nuevos modernizadores. Con su alzamiento libraron una guerra informativa sin tregua y durante la madrugada de ese día cientos de ellos con las armas en las manos se lanzaron por entero a decir ¡basta! en la principal plaza de San Cristóbal, Chiapas, agitando una nueva bandera en México por una sociedad libre, justa, igualitaria y democrática que todavía no ve su triunfo.

“El rostro social de la lucha de los zapatistas es uno sin máscaras como pudiera pensarse a simple vista, esto es, cuando ellos hablan de democracia aspiran a lograr una forma de vida que dé respuestas a los distintos problemas de la sociedad latentes en el país. Asuntos en los que para los chiapanecos y en muchos otros estados de la república no hay la solución que se demanda a viejos conflictos de tierras, injusticias individuales y colectivas y olvidos del Estado hacia las comunidades; aunque de esta situación tengan noticias añejas tanto las autoridades locales correspondientes como el mismo gobierno federal. Empero el interés político de los zapatistas no sólo es de vida sino también de gobierno. Para elegir el gobierno, ellos demandan que se respete a cabalidad la voluntad popular a la hora de nombrar a sus gobernantes en el caso de los poderes federales, estatales y municipales y admitiendo a aquellos que los pueblos indígenas se den a sí mismos a través de la figura jurídica adecuada, sin menoscabo de las formas de gobierno constitucionalmente establecidas. Y a la vez plantean que la sociedad detente tanto el derecho a retirar de su cargo a los gobernantes que no cumplen con los reclamos de la comunidad como el de nombrar a nuevas autoridades que si respeten las leyes y los mandatos populares de gobierno. Eso sería un acto de justicia social en el que las leyes no sólo se cumplan para todos los mexicanos y todos los asuntos de la nación, sino que la forma de vida de los pueblos indígenas necesita y demanda que sus principios de gobierno y cultura también sean elevados a rango constitucional y se respeten como ley por todos los gobernantes de México. Aunado a lo anterior, un reclamo de dichas poblaciones históricamente marginadas es disfrutar de la libertad que no han tenido, que no tienen y por la que están dispuestos a luchar a costa de su sacrificio, de su vida y de su futuro como ciudadanos y mexicanos libres que son para reivindicar su albedrío de pensar, de actuar y de decidir su propio modo de vida, para alcanzar verdaderas condiciones de igualdad. En contraste con la tremenda desigualdad en la que existe

actualmente la mayoría de ellos y a partir de la cual exigen su derecho a la tierra, el trabajo, el techo, el pan, el agua, la salud, la educación, la información, la autonomía y el respeto a su cultura y su forma de gobierno se convertiría en una nueva realidad. Lo que les traería, aparte del bienestar, la posibilidad de concertar la paz que tampoco disfrutaban mientras no ejerzan y cuenten con aquellos derechos sociales e individuales que ya tienen el resto de los mexicanos. Aspiraciones legítimas para las que no hay ninguna razón por poderosa y jurídica que obstaculice que los pueblos indígenas mexicanos consigan un mejor nivel de vida y ocupen un lugar reconocido en la historia del país.” –Así discurrió Raquel frente a un mediano grupo de estudiantes y el maestro del curso de “Ética, comunicación y realidad”. Durante la exposición del tema Raquel mantuvo una actitud serena, con el suficiente conocimiento y adecuado manejo de la información que les presentaba a sus compañeros de clase, mediante la proyección con un cañón del material didáctico elaborado en power point; siguiendo puntualmente un guión y resaltando el contenido a través de los textos y las ilustraciones con las que se apoyaba a lo largo de la perorata. El interés de los universitarios no se hizo esperar, el cual se notó por la constante toma de notas por parte de los presentes durante los quince o veinte minutos que duró la sesión. Al final las preguntas, las respuestas, el intercambio de opiniones, dudas, simpatías y fobias sobre el zapatismo polemizaron sobre su fuerte presencia en el país y sus posibilidades reales de alcanzar sus profundas aspiraciones históricas y sociales, así como lo volvieron un asunto que iba más allá de lo meramente académico. El tema había sido lo mejor abordado por Raquel de una manera interesante y sentida totalmente a favor de la causa indígena mexicana y eso nadie podía pasarlo por alto ni dentro ni fuera de la universidad, según el mismo maestro de la clase. De ahí la pregunta que éste dirigió a continuación a sus alumnos, para ser respondido como el examen del día: “Dado un tema actual como el expuesto por Raquel y vistas sus complejas implicaciones políticas, económicas, sociales, éticas, jurídicas e históricas, ¿cuál es entonces el papel de un comunicador que tiene como oficio y vocación principal llevar, a sus informados, la información tal cual, de lo que ocurre en cualquier parte del orbe, incluido México?”. A simple vista la cuestión no fue sencilla de contestar para el grupo, puesto que esa pregunta tenía varias caras, aristas y diferentes visiones del quehacer propio de un buen comunicador, máxime que los viejos y nuevos estudiosos de la comunicación se hallaban no sólo al borde sino ya de lleno en franca era de la globalización.

En dicha actividad Raquel se atareó otro tanto de tiempo antes de salir del salón y ganar los jardines, para cruzar el campus universitario y andar las calles que la llevarían al metro. Para ella el examen estaba aprobado, no había duda, la exposición acerca de la lucha indígena le había gustado al grupo y al maestro y este par de cosas eran motivos suficientes para sentirse satisfecha; mas no era ese asunto lo que atraía su espíritu, mientras se dirigía a casa Raquel iba inmersa en sus sentimientos, pues uno era su plan de vida, educarse, ser profesionista, disfrutar sus años juveniles y otro el sentir de su corazón y feminidad, el amor, la pareja y su destino. Le daba vuelta en la cabeza el recuerdo de una persona, un nombre, un afecto, un deseo y una necesidad. ¿Y Osvaldo?

Más que un pensamiento, era abstraerse involuntariamente del mundo y de lo que la rodeaba, añorándolo y sintiendo la nostalgia de su ausencia y de volver a pensar el momento, la decisión y el motivo de que él se fuera por un lado y ella por el suyo. Aunque su separación era una cuestión sumamente conocida, a ella le pesaba –lo quisiera o no– el hecho de no aceptar ser su esposa y de seguir siendo una soltera hasta que ella decidiera dejar la soltería. Sobre ella también rondaban primordialmente las sentidas vivencias de los dos en aquellos días de paseo por San Cristóbal, la rebeldía indígena de la selva Lacandona, las ruinas mayas, las soleadas playas de Cancún, la comarca de Santamar y su periplo a España en el viejo continente. El tiempo empleado en llegar a su casa en Rivera de San Cosme se le hacía poco para pensar en Osvaldo; tampoco las calles, la gente y el tráfico la distraían de la idea de querer verlo. ¿Qué hacer ante esa situación? Él en España y ella en México. Cada uno en sus aspiraciones personales. Ella dispuesta a prepararse, a seguir soltera, a vivir por su cuenta con su vocación social hasta que decidiera casarse un día y, aun así, ya casada conservar su manera de pensar. Pese a lo breve de lo que aquí se cuenta, Raquel había llegado a la puerta de su casa y entrado a la sala donde colocó su bolsa negra de mano y se enfiló a la cocina en la que encontró a Gabriela T. de Jiménez “Hola, mamá”, expresó. “Hola, Raquel, ¿cómo te fue en la universidad?”, “Bien, muy bien”, dijo con alegría. “No lo parece del todo; aunque te creo. ¿Te pasa algo? Te veo desconcertada”, le preguntó y comentó su mamá. “No, nada; me acordé de Osvaldo”, le confió la hija. “Lo supongo”, enfatizó la madre. “Y vieras que difícil es llevar los recuerdos a cuestras, como si no fueran una cosa del pasado, sino de hoy y de los días que vienen; aunque éstos todavía no llegan, ¿me entiendes?”, analizó Raquel. “Te entiendo”, valoró su progenitora y le sonrió. Raquel guardó silencio y la madre preguntó: “¿Te sirvo de cenar?”. “No”, respondió la hija y agregó: “Me voy a descansar a mi recámara”.

Raquel pasó la noche sin conciliar el sueño. Primero se sentó en el sillón para relajarse y vislumbrar qué hacer ante la situación indefinida que estaba viviendo. Entonces prendió la radio para escuchar música y vio otra vez las fotos que tenía de él, relejó los pensamientos que Osvaldo le había escrito y recordó los momentos que ambos habían vivido a la fecha. Así sola divagó largo rato acerca de él, repasando los acontecimientos de las semanas anteriores: no había recibido una llamada suya en un mes y cuando ella le había telefoneado a España, no tuvo la fortuna de que él se hallara en casa. Raquel desconocía que Osvaldo le marcó a su número telefónico y al no responderle la llamada, creyó que ella no deseaba hablarle. De ahí que el último viernes no volvió a marcarle. Y ella en una repentina reflexión se dio cuenta que Osvaldo no daría el primer paso y que ella tendría que darlo porque si ninguno hablaba, todo se acabaría entre ellos. Nada más que a Raquel le cabía la responsabilidad de darle salida a su rompimiento, dado que el noviazgo se hallaba en peligro de terminarse, debido a la determinación personal de ella de posponer las intenciones de él. Y ese paso era algo más que llamarle y hablar con Osvaldo acerca de lo que con el correr de los días en México había pensado Raquel. Sobre todo en esa noche larga y sin sueño. Al fin tuvo claro lo que haría y, sin más, en un tris tomó lápiz y papel para trazar un breve y

contundente texto. Estimados padres: cuando lean esta nota no estaré aquí para platicar directamente la decisión que anoche he tomado, les hablaré o escribiré en su oportunidad cuando haya resuelto esta indecisión mía que me agobia; pues no quiero vivir pensando que no llevé a cabo lo que necesito hacer sin demora. Atentamente, su hija que los quiere y no los olvidará donde se encuentre. Besos. Escrito lo anterior se animó a acostarse en la cama. La emoción de que le amaneciera pronto, para ir en busca de su destino, le impidió cerrar los ojos y no pudo dormir sino hasta la madrugada. Cuando salía el sol ella estaba profundamente dormida. Se levantó somnolienta de la cama, abrió el guardarropa y eligió la muda que se pondría: un vestido azul claro y estampado de flores blancas y sus prendas interiores. Enseguida guardó, sin prisa, algunas prendas más en la maleta café y checó sus documentos, identificación, pasaporte, tarjeta de crédito, dinero y metió todo en su bolsa de mano. Por impulso tomó el teléfono y dudó en llamar o no, y colgó el auricular. Se dio un baño en la regadera y fue arreglarse frente a la luna de la cómoda color vino. No tardó en maquillarse, peinarse, lavarse los dientes, ir al baño y bajar a la cocina a tomar un ligero desayuno: una taza de té y unos waffles con mantequilla y mermelada. La madre ausente le facilitó salir de casa, sin dar una explicación acerca de este repentino cambio en su vida personal, que en realidad ya le llevaba meses. Pues no podría seguir soportando el alejamiento y la ausencia de su novio si ella no aclaraba las cosas, más ahora que había tomado una nueva decisión. Raquel puso la nota en la vitrina de la cocina para que su madre la viera fácilmente y partió al aeropuerto, donde compró un boleto de avión y esperó un par de horas antes de volar a España. Tras lo cual la aeronave despegó y Raquel ya en el aire prefirió tomar una siesta mientras cruzaba el océano Atlántico para arribar a Madrid. Aquí tampoco se animó a hablarle a Osvaldo a su casa y volvió a colgar el teléfono público que tenía en la mano. En esta ciudad la cosa no fue distinta, después de comer en la terminal de autobuses, había que esperar la corrida de un vehículo que la dejara a la orilla del puerto de Santamar. El camino allá se le hizo largo y en ocasiones acudía a ella el temor a regresarse y titubeaba de llegar o no hasta la hacienda, pues no sabía cómo la recibiera el vinicultor. Sin embargo, pasado cierto tiempo la ciudad dio lugar a que el campo fuera el paisaje de la carretera y después el autobús empezó a transitar frente al océano, para Raquel finalmente llegara al puerto y como todos los pasajeros descendiera ahí. ¿Cuál sería su sorpresa que al salir de la estación de autobuses contempló frente a ella un barco conocido, *El Columbus*. Sin más, encaminó sus pasos hasta el trasatlántico, subió a la nave y la recorrió. Las novedades eran gratas, ella venía de México a reencontrarse con Osvaldo Santamar y él había viajado en ese barco a Cuba, por lo que para ella era como el presagio de que pronto lo iba a ver. Claro que las personas no siempre se vuelven a encontrar. La mexicana memoró ahí el encuentro de ambos en la isla, donde se conocieron; hasta ahora no había pasado mucho tiempo del viaje de Osvaldo a Cuba, sería cuestión de un año atrás, días más, días menos. Pero eso no era todo, lo que ella no sabía es que el mismísimo vinicultor vendría esta tarde a *El Columbus* a dejar un pedido de vinos *La Fuente* y tendría la oportunidad de sorprenderlo.

EL CIELO EN SANTAMAR

Después del “por ahora no deseo casarme” de Raquel, la vida de Osvaldo perdió brillo, cobró otro sentido y el correr del tiempo se tornó una manera un tanto fría de afrontar el presente. El cielo en Santamar se volvió gris, la luz del sol se opacó, el ánimo de Osvaldo decayó y su agenda diaria, llena de actividades, no le atraía en lo más mínimo para asumirla con toda entereza, disposición y cabalidad. Aunque no dejó de cumplir ni un compromiso de la misma, las siguientes semanas se vieron rodeadas de desencanto. Los días en el hogar no eran lo mismo, le faltaba la presencia de su novia en la hacienda y la charla que cada semana entablaba con ella por vía telefónica, llamándola desde Santamar hasta el DF. Tampoco tenía la esperanza de que Raquel sería su esposa en una fecha próxima. A él le había desilusionado que su amada no pensara aún en el matrimonio. En ese trance, el ir de mañana a la empresa vinícola y volver por la tarde a la hacienda carecía del atractivo de tomar el teléfono y hablarle a su novia a su casa. Las pocas veces que le telefoneó, de última momento colgaba la bocina. Pues él no admitía bien a bien la decisión de ella, de esperar quién sabe cuánto para responderle: “aceptó”. Quizá para él era preferible terminar una relación que por ahora no les permitiría realizarse como pareja; pero de esto no estaba seguro. Por ende se distanció de su novia, sin querer, procurando distraerse con los amigos en el jardín de la comarca, durante las noches en la plaza y tomando una copa de vino dulce para pasar la velada; tratando de disfrutar los paseos andando de su casa a la plaza principal, solo o acompañado de su primo Nicanor; mas nada le daba la suficiente energía para sobreponerse al recuerdo de la reciente visita de ella en la casa de sus padres, México y Raquel le parecían lejanos. Estas y otras vivencias cavilaba Osvaldo descansando en un sillón del estudio contiguo a la sala de la hacienda en la que sus padres veían el partido de fútbol entre el Barcelona y el Real Madrid. Éstos apasionándose en cada jugada, saboreando una copa de vino frío por el posible triunfo de los madrileños y comentando la acertada relación de la citada pareja; sin imaginar que la pareja estaba cerca de la separación ni suponer que su hijo no se resolvía a la disyuntiva de buscarla, hablarle y proponerle a su novia que accediera a su declaración de matrimonio, en vez de que el tiempo continuara alejándolo de ella. El fútbol, su juego favorito, y el hecho de que el Real Madrid fuera arriba en el marcador no lo sacaron de estos devaneos y sin razonar una u otra conclusión sobre dicho asunto, se levantó del estudio y pasó por la sala donde estaban sus padres, alegres por el triunfo y la bebida, para despedirse de ellos e irse a descansar a su recámara.

Luego recostado Osvaldo en su recámara le daba igual ver el cuadro de una fotografía de Raquel, que adornaba la cómoda caoba. La veía como era: bella, alta, esbelta, ojos cafés claros, risueña, piel blanca, cabello castaño y ondulado, mirada firme, actitud resuelta, expresiva y segura de sí misma. Por algún motivo no la había retirado de ahí y en las noches de desvelo las imágenes de ella se repetían en su conciencia como si Raquel estuviera en un lugar de su corazón. Tal y como la conoció

en Cuba, a la orilla de El Malecón al detener su auto para que Raquel levantara su pañoleta tirada en la avenida y recibiendo, en cambio, una encantadora sonrisa y un “gracias”. Presentándose luego con ella, a la espera de una la noche iluminada por la luna, bajo la fresca brisa nocturna y la suave cadencia de mar que unía tierras lejanas y parejas cercanas, y avistando en repetidas ocasiones un faro de luz amarilla que recorría sin cesar el cielo negro. Los dos disfrutando de su platica, contemplándose mutuamente y recordando sobre todo el deseo de sus labios al besarse, Raquel y Osvaldo, en la penumbra del flechador eclipse, largamente esperado por una multitud de paseantes que se había dado cita en el lugar. Acontecimiento que un día después le hizo decir a su corazón, a la orilla del mar, “¿quieres ser mi novia?” y ella musitó “sí”. Osvaldo oía música bajita en la grabadora repasando en la memoria cuando él le habló una primera vez a México y la visitó en su casa, dándose cuenta lo mucho que la amaba; allá conoció a su familia, cenó a su lado y con sus padres y hermanos, y un domingo de la mano de ella deambuló de día por la ciudad de los palacios. Él y ella viajaron después al sureste a la antiquísima San Cristóbal, en Chiapas, y abrazado a su cintura turistearon un fin de semana en la cálida playa de Cancún y el mar Caribe y ahí le pidió que fuera su esposa, pero ella aún no deseaba dar ese paso. Entonces al concluir sus vacaciones Osvaldo volvió a España aguardando hasta ahora esa respuesta que lo perdía por ella. Después cuando su novia vino a la hacienda, Osvaldo no se desprendía de sus miradas, sus sonrisas y sus palabras; valoraba lo que su presencia amorosa significaba para él, Raquel había llenado la hacienda de la felicidad de ser amado y su compañía lo hacía vivir y sentirse diferente --aunque él era el mismo. Sus idas a la plaza del poblado, sus compras en las tiendas, sus visitas a los museos, sus paseos por las calles de Madrid y las noches en la hacienda, la suave y bella playa y el hipnotizante paisaje del puerto, aunado a su explicable afán de pasar la vida al lado de ella y él no ser capaz de consentir la actitud de Raquel de seguir soltera, no lo dejaban tranquilo ni un momento. Había perdido el sosiego, su novia era su calma. Y se interrogaba solo, “¿Qué podía faltarle a Raquel si con él tendría todo? ¿Qué le faltaba a él que deseara su novia?”. Nada, ni una u otra cosa. Raquel ya le había hecho saber que ella no estaba preparada por dar su mano y por lo que se ve Osvaldo tampoco estaba listo para asumir la vida con todos sus desafíos y, sin duda, llegar a ella era un nuevo reto que no comprendía. Al mismo tiempo que la decisión sobre su futuro inmediato no estaba en sus manos, por lo que Osvaldo se negaba a sentir y vivir de manera lúcida su propio amor y de ser lo suficientemente paciente para volver realidad el amor por ella.

A la hora de levantarse, cerca del alba, Osvaldo estaba despierto antes de que sonora la melodía de su reloj despertador de mano. Su mente permanecía insomne en la madrugada por la fuerza del amor que Raquel, distanciado de ella, le provocaba todavía; pese a la posibilidad de que cada uno podría continuar la vida por su lado a la espera y la búsqueda de un verdadero amor que respondiera a lo que cada quien anhelaba. Pues los deseos e intereses de ambos no se correspondían y, más bien, se liaban en un conflicto que los separaba casi sin remedio. Así le llegaba la noche, así le amanecía el día, sin saber si esperar a que a Raquel le llegara el momento de decidirse a casarse con

él cierto tiempo después o a que entonces un día de éstos ella aceptará la propuesta de matrimonio que Osvaldo le hizo tras iniciar su reciente relación de noviazgo. En las mañanas durante el desayuno con su familia Osvaldo poco decía a sus padres sobre ella y mucho menos les informaba de su reciente situación; sin embargo, éstos esperaban que una fecha cualquiera su primogénito les dijera la grata nueva: “Raquel y yo nos casamos, ¿quieren ser los padrinos de la boda?”. Pero la noticia tardaba o no llegaría, e íntimamente la madre de Osvaldo suponía que Raquel era el amor de su hijo y con ella podría ir a la iglesia; aunque, sin que nadie la supiera, hacía votos porque él recobrará el anhelo de vida que perdía día tras día, lo cual era inocultable para ella.

Por otra parte al pasar los días revisando sus cosas personales en los muebles de su recámara, si en el buró color caoba de casualidad hallaba guardado un mensaje que ella le escribiera en cierta ocasión, no lo releía ni le daba la menor importancia y seguía en pos de los documentos requeridos; si de repente oía sonar el teléfono, omitía contestarlo temiendo que fuera Raquel y él no supiera qué decirle; tampoco se atrevía a enviarle una rosa a México con una nota para reanudar la relación sentimental que se había iniciado entre los dos y que estaba rota quién sabe por qué; menos marcaba su número telefónico para plantearle: “es necesario que hablemos de nosotros”. Pero no, había un acuerdo implícito entre ambos y la certeza de que la vida no marcharía favorablemente para los dos, seguía enfriando su posible entendimiento como pareja y los dos se abstendían de dar cauce a su amor que no esperarían; porque así lo sentía el corazón que no sabía de fronteras ni silencios, ni tibiezas. Mucho menos Raquel entraba a tema en las pláticas de Osvaldo con Nicanor, fueran éstas en las oficinas de la empresa vinícola, en la plaza central del poblado, en la calle durante la entrega de un pedido de vinos o en el jardín de la casa de los Santamar; pese a que el primo en una ocasión le dijera lo contrario y Osvaldo no conviniera que hablar de ella todavía le era vital y no una mera cuestión del pasado, o un amor por olvidar. Pero la tozudez de él en sus sentimientos iba más allá de lo que aún podía hacer por el lejano amor que amenazaba con cancelarle los maravillosos sueños que había empezado a vivir a su lado y ante su rompimiento inesperado con ella no sabía cuál sería el siguiente paso a dar: retroceder y continuar su noviazgo o dejar éste por la paz.

Así para Osvaldo la falta de Raquel en su vida era evidente en todos los momentos del día: en la empresa vinícola, en una junta de administración, pasando lista al personal, recorriendo los vergeles, supervisando los salones de vinificación, observando la actividad en las mesas de embotellado, checando la temperatura en las bodegas del producto, cuidando el empaquetado de los pedidos, esperando la carga de las cajas, estando al frente de la venta de los vinos y autorizando la salida del transporte fuera de la hacienda; lo mismo le ocurría en sus idas al banco para depositar o traer la partida de efectivo con que se pagarles la quincena a las decenas de empleados de vinos *La Fuente*. También le ocurría durante el descanso de los domingos en la sala de su casa o en la banca del jardín en la plaza del poblado, en la cálida playa del concurrido puerto de Santamar o al ir al restaurante del barco *El Columbus* y platicar un rato con el capitán

Santos Galicia acerca de las novedades en el mundo o de su reciente viaje allende el mar; Osvaldo seguía nervioso, intranquilo, sin sosiego de espíritu y poco hilaba un pensamiento o sostenía una atenta charla que permitiera afirmar que él estaba allí y ahora, o que pisaba suelo firme y supiera el tiempo exacto que transcurría más allá de su corazón. Pero no, su semblante y su andar, su voz y sus respuestas no aseguraban nada de lo último aquí dicho, sino que su talante y su mirada como sus gestos y sus actos pretendían evitar dar señales de que el vinicultor se sobreponía a un desamor de esos que no pasan pronto y que significan una gran pérdida irreparable para el alma. Circunstancia que ningún ser viviente con dos dedos de frente se atrevería a enfrentar por su propia decisión: el amor es todo en la vida, él lo sabía y nada lo podía cambiar.

Semanas después, sin embargo, para Osvaldo Santamar había que seguir adelante, a eso estaba dispuesto, por lo que el derrotero de su historia continuaría a partir de entonces. De la mañana a la noche él había vuelto a ser el joven emprendedor de siempre: activo, locuaz, competente. Osvaldo procuraba que en la familia las cosas salieran bien, y sus padres, Emilio Santamar Fuentes y Laura Ibáñez Arenas, podían confiar de nuevo en su pericia para solventar el menor problema en la hacienda. Con los amigos ya no trataba a alguien triste, desencajado y ensimismado en un conflicto interior del que únicamente se recuperaría si había de por medio la pasión de una mujer como Raquel Jiménez T. Ni más pero tampoco menos. En la empresa vinícola la actividad productiva marchaba sobre ruedas desde que Osvaldo Santamar dio visos de estar ahí presente no nada más físicamente, sino emocional e intelectivamente. Sus mismas vivencias personales cobraron un creciente lucimiento y empezaron a ser más atractivas tanto para él como para quienes lo rodeaban. Se había medio repuesto de un mal de amores y esto no era poca cosa, pues últimamente había reaccionado en cuerpo y alma para mejorar sus estados de ánimo, su confort espiritual, su equilibrio emocional, sus ideas ecuanímes y su trato y aspiraciones sensatas con la vida, el amor y el destino. La desdicha por Raquel empezaba a quedar atrás y el recuerdo de un amor no correspondido quedaba tan lejano como la otra orilla del mar. Así libre de las ataduras del amor de una joven que no quería ser amada como él lo había deseado, a él le quedaba un camino nada más, andar la existencia con deseos de vivirla sin flaquezas ni temores y dudas. Para eso había templado su alma y el coraje para vivir no le faltaba como antes. Ahora pasaba tranquilo los días, sin sobresaltos ni desalientos sentimentales; tenía apetito a toda hora del día y su ánimo de reír era visible en todo momento. Hasta parecía que el amor le sonreía, aunque era a la inversa: él sonreía al amor, a su amor y al amor que todavía sentía por ella quién sabe cuánto tiempo más. Pues en la vida podía ocurrir cualquier cosa, menos ser vivida. El tono de su voz era alegre, como si hubiera descubierto el secreto de vivir; su mirada apacible transmitía esa serenidad, dormía completas sus noches y sus siestas vespertinas después de la comida. Si durante la noche en el fin de semana, viernes, sábado o domingo sonaba el teléfono en su recámara se atrevía a contestar: “diga”, sabiendo de antemano que le diría entonces a su novia. Empero en las llamadas nunca coincidieron, puesto que las veces

que ella le llamó, Osvaldo no respondió el teléfono. Por otra parte sus desvelos se debían únicamente a las aspiraciones y tensiones del día anterior por motivos de trabajo en la empresa *La Fuente* que bajo su responsabilidad ocurrían por las demoras normales en sus faenas, planes e iniciativas novedosas de empresario vinícola, dado que un hito comercial crecía en la región y ahora todos querían exportar más y ser conocidos no sólo en el resto de Europa, sino en todo el mundo, incluido México. Y hasta podía creerse que para Osvaldo era el comienzo de una nueva vida y la historia de la búsqueda de un nuevo amor, y no había motivos para negar ni una ni ambas cosas. En esa labor, su atención más bien se concentraba en lo que lo rodeaba, sus padres, Nicanor, sus amigos y las chicas conocidas y no conocidas con las que ocasionalmente cruzaba una palabra, una sonrisa y posiblemente un interés por alguna de ellas. Precisamente, para comerciar los productos de vinos *La Fuente* Osvaldo preparaba la entrega de un pedido que le había hecho el capitán Santos Galicia y que en unas horas más tenía que llevar a *El Columbus*, pues éste zarparía con la tarde noche, qué casualidad, a La Habana, Cuba. Así que alistado el flete, se dispuso a entregarlo él mismo. ¿Y por qué no?, ahora que disfrutaba de una tranquilidad inusitada, podría lanzarse otra vez a la mar en otro viaje turístico, para tomarse una semana o dos de vacaciones, recorriendo de nuevo la tierra, el pueblo, la playa y los sitios visitados el año anterior; y en una de esas hasta podría conocer a otra mujer sin importar su nacionalidad, sino su juventud y atractivo físico que de una u otra manera hiciera surgir entre los don un amor como el vivido en el viaje pasado. En esas y otras cosas pensaba Osvaldo, cuando uno de los ayudantes le dijo, “ya llegamos”. “Pues adelante, a descargar, estacionense ahí frente al barco, hagan la entrega de vinos en la recepción de artículos, mientras cierro el trato de la compraventa en la sección de pagos y aquí nos vemos al rato para regresar a la hacienda. Si se van por ahí, no más no se tarden mucho porque se quedan en el puerto”.

SÍ

Uuuuuuuuu, ululaba la sirena de *El Columbus* atracado en el puerto de Santamar rodeado del agua verde esmeralda y de la rica variedad marina de algas, arrecifes de coral, tortuguitas, peces negros, blancos y de colores, piedrecillas y arena dorada que daban fondo al enorme casco del barco del capitán Santos Galicia. Los marinos no hacían más que una actividad de rutina al probar la máquina y la potencia de la nave, así como darle el requerido mantenimiento antes y después de viajar en cada una de sus travesías por el insondable océano. El movimiento de pobladores del lugar era algo común no sólo por la carga y descarga de productos comerciales, el arribo y la salida de viajeros y de naves viajeras, además del continuo alistamiento de las tripulaciones respectivas de cada barco. A su vez no resultaba extraordinario que muy cerca de la nave del capitán Santos Galicia se hallara de nueva cuenta nuestro personaje Osvaldo Santamar, que había traído de su hacienda una nueva remesa de vinos Ronsant y que había sido cargada en dicho barco. Así que hechas las cuentas con el encargado de compras, dado el pago de la remesa del vino y cubiertos otros gastos menores de estibaje, ahora el vinicultor se disponía partir a su casa a través del camino de tierra de una larga avenida arbolada por la que había llegado al puerto; en cuyos árboles se distinguían las aves del lugar revoloteando en sus respectivos nidos y detrás de ellos se observaba en el paisaje agrícola a un grupo numeroso de campesinos cuidando una variedad de cultivos, entre otros la uva verde, que daban un gran colorido de vida a la región y a sus habitantes. Mientras Osvaldo organizaba al personal para el regreso, veía el camino de ida y pensaba quién sabe en qué, tal vez recordando cosas, viajes, encuentros, despedidas y personas; fue entonces que se le ocurrió voltear hacia el anchuroso y tranquilo verde y hondo mar como lo hacía en otras tantas veces que estaba frente al Atlántico, percibiendo ahora que arriba en lo alto del cielo azul de *El Columbus*, coincidencia o no una gaviota blanca se elevaba por el aire volando lentamente, pero nunca imaginó que dicha ave le avisaba nuevamente de la presencia importante de una figura femenina que con paso firme, serena y segura descendía de la nave varada a la orilla del agua y, en cuestión de segundos, se dirigiría irremediablemente hacia él. Tampoco supuso que la muchacha sería ni más ni menos que Raquel Jiménez T., hasta que visualmente la fue identificando poco a poco a la distancia, quien más cerca de él y ante su mirada incrédula corrió a su lado a abrazarlo. A Osvaldo le dio un vuelco el corazón, la sangre le aceleró en las venas, el pensamiento se elevó muy alto y el amor dormido por ella reaccionó de inmediato; no obstante, la espero sin moverse ni un milímetro del sitio en el que estaba parado, para recibirla en sus brazos, alzarla por la cintura y darle una vuelta en el aire para verla al rostro y besarla en los labios. Ella se dejó besar y abrazar. “¡Regresaste!”. “Sí”. “Creí que no volverías”. “Yo tampoco creí venir, pero es más fuerte el amor. El corazón y el alma me llenaron la mente de recuerdos y durante los pasados días no me dejaron estar en paz en ningún lado; por lo que todo este tiempo tú y Santamar empezaron a rondarme en los

sentimientos, en mis sueños y en mis añoranzas; y aunque no hubiera decidido venir a buscarte, porque de querer quería, me convencí que de no hacerlo, me pasaría la vida pensando en que era yo la que tenía que dar este paso. Y por más que supuse que te alegraría mi presencia aquí contigo, también me invadió la duda de que ya me hubieras hecho a un lado de tu vida, de que me impidieras volver contigo o que un nuevo amor ocupara tus días y tu sentir, en el lugar mío. Aunque me alegra que gracias a ti, eso no sea así. Así durante varias veces despertaba por la mañana viéndome aquí a tu lado, hasta que decidí venir y mis pasos me condujeron a tu lado. Cuando me vine, el tiempo se me hacía demasiado largo y la distancia me resultaba interminable; pero ya estoy aquí, amor, para vivir todo lo que no hemos vivido, para no volver a dejarnos el uno del otro, para estar contigo y ser para ti la mujer que quiero ser.” A Osvaldo le brillaron los ojos, lo decía todo con la mirada y con sus manos asidas a las de ella, sencillamente sonrió; volvió a abrazarla fuerte contra su pecho y le dio un largo beso para satisfacer la prolongada ansiedad provocada por la ausencia y la separación habida entre ellos. “Nunca pensé encontrarte otra vez y menos en mi propia tierra; cuando te fuiste ni una vez me figuré buscarte, te vi tan segura de tu partida que no creí volver a verte y tampoco pasó por mi mente tu regreso conmigo. Estoy tan asombrado que verte me parece un sueño; te veo a mi lado y no lo creo. Yo creía que te había perdido para siempre y aun no sabía qué hacer de mí. Pero bueno, es hora de ir a casa, ¿nos vamos?” “A eso he venido, para ir contigo.” Con la dicha del reencuentro el camino a la hacienda fue un recorrido memorable, en el auto Raquel y Osvaldo iban abrazados y tomados de las manos, intercambiando breves noticias sobre ellos, sus padres y los amargos días pasados una sin el otro. Por lo pronto no les fue necesario hablar acerca de su manera de pensar que los había separado y que quedaría latente en cada uno durante los años venideros. La imprevista reconciliación les producía un regocijo extraordinario para reiniciar su vida amorosa y la provincia española era el sitio ideal para proponerse ser felices –al contrario de lo que antes creía Raquel. Su entrada a la hacienda también fue inverosímil, ni el padre ni la madre de Osvaldo le concedían un poquito de verdad a lo que veían sus ojos, la novia de su hijo entraba con él de su brazo y eso les daba la idea de que pronto habría boda en puerta. Avizorando dicho acontecimiento el señor Emilio Santamar y la señora Laura Ibáñez se miraban, sonreían y entre ellos terminaban las discrepancias respecto al empeño de Osvaldo por Raquel. De antemano sus padres coincidían que la vida deparaba también ciertas sorpresas a los vivientes y ésta era una de ellas; pues pensaban que el amor posible y a la mano de su vástago no sería únicamente un vago recuerdo en la familia, sino toda una realidad a partir de hoy. Ante lo que, según la madre –al platicar los cuatro sentados en la blancos y grandes sillones de la sala, sus padres y ellos– había que ir ya pensando en la fecha, el salón, la ceremonia civil, los invitados, las invitaciones, los preparativos en la hacienda, los responsos religiosos, la iglesia, el vestido de la novia, el atuendo del novio, la recepción de los padres de Raquel y la petición de mano, el convite y la fiesta del próximo matrimonio, la casa, la dote y el viaje de luna de miel a México, o aún más lejos. Así que el compromiso estaba hecho, según el padre, para quien la pareja se quería de

corazón y habían hecho la elección correcta que los llevaría a vivir como pareja. Convirtiéndose luego en una nueva familia cuyos futuros hijos casi los veían nacer, crecer y jugar junto a ellos –sus abuelos– por los patios, jardines y campos de la hacienda vinícola, agregando a su tiempo un nuevo álbum de fotografías de los Santamar, en una secuencia casi lineal: desde la petición de mano a los padres de la novia, el compromiso por la iglesia, la firma del acta matrimonial, el baile nupcial, el viaje de boda, los recién casados, la ama de casa y el jefe de familia, el embarazo, el parto y el nacimiento del junior. De lo aquí dicho platicaban y reían todos, el padre, la madre, Raquel y Osvaldo –ellas degustando un café, ellos bebiendo un ron– y los cuatro tranquilamente sentados en la elegante sala en la que probablemente sería la nueva casa de ella. Sin embargo, la boda en su oportunidad la acordarían los novios para llevarla a cabo. Pues de una u otra forma Osvaldo seguía pensando que ella había de dedicarse a la casa, el hogar y la familia y él al trabajo, la empresa vinícola y los negocios; en tanto ella consideraba aún y reafirmaba sus convicciones de que la historia la seguiría llevando hacia ideales, experiencias y dilemas en los que el mundo, la vida y el hombre merecían otro oportunidad para realizar su visión de la vida, de sus derechos existenciales y sus afanes sociales –puesto que otra actitud suya significaría cierto retroceso en el rol actual de la mujer del siglo XXI. En este trance, en tal diferencia y frágil entendimiento los dos se unieron, vivieron en España y dieron paso a una serie de nuevas vivencias que nunca más conocí; excepto la de aquella postal a colores que recibí una tarde en la oficina y que todavía conservo en un portarretrato colocado encima del escritorio. En la imagen aparece Raquel de cuerpo entero con unos ojos de felicidad y realización junto a Osvaldo que la abraza, y en su brazo izquierdo sostiene a Raúl que está sonriendo a la cámara y el es el primero de sus descendientes de casi dos años de edad con una carita de pícaro y una flor blanca en la mano derecha. Los tres fotografiados en el centro de la plaza de Madrid: los tres con vestimenta blanca y rodeados de una activa multitud solidaria de españoles, europeos y paisanos que agitan las banderas de los pueblos indígenas zapatistas y corean la lucha por una vida justa y digna para todos los mexicanos, anhelando allá y acá que la rebelión en Chiapas traspase más pronto que tarde la larga y fría noche de su historia.